

Bucaramanga 400 años

Historia, cultura y sociedad

Brenda Escobar Guzmán (compiladora)



Cátedra Low Maus

Universidad
Industrial de
Santander



Bucaramanga 400 años
Historia, cultura y sociedad

Memorias de la Cátedra Low Maus 2021-2

Bucaramanga 400 años

Historia, cultura y sociedad

Armando Martínez Garnica
Álvaro Acevedo Tarazona
Gimena Gutiérrez Martínez
Víctor Manuel Peña Melo
Raúl Mauricio Prada Solano
Sergio Andrés Acosta Lozano
Liliana Rueda Cáceres
Angie Daniela Ortega Rey

Memorias de la Cátedra Low Maus 2021-2



Universidad Industrial de Santander
Facultad de Ciencias Humanas
Escuela de Historia
Bucaramanga, 2023

Bucaramanga 400 años

Historia, cultura y sociedad
Cátedra Low Maus

Armando Martínez Garnica
Álvaro Acevedo Tarazona
Gimena Gutiérrez Martínez
Víctor Manuel Peña Melo
Raúl Mauricio Prada Solano
Sergio Andrés Acosta Lozano
Liliana Rueda Cáceres
Angie Daniela Ortega Rey

Brenda Escobar Guzmán, compiladora
Fotografía de carátula: Mauricio Olaya

© Universidad Industrial de Santander
Reservados todos los derechos

ISBN: 978-628-7549-17-3

Primera edición, junio de 2023

Diseño, diagramación e impresión:
División de Publicaciones UIS
Carrera 27 calle 9, ciudad universitaria
Bucaramanga, Colombia
Tel.: (60 7) 6344000, ext. 1602
ediciones@uis.edu.co

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin autorización escrita de la UIS.

Impreso en Colombia

Contenido

Presentación	7
El problema de la selección temática en una historia local: el caso de la <i>Historia básica de Bucaramanga</i> Armando Martínez Garnica	13
Colegios y universidades para la juventud de Bucaramanga y Santander Álvaro Acevedo Tarazona y Gimena Gutiérrez Martínez	27
La ciudad y las prácticas deportivas: los espacios para el deporte en Bucaramanga durante la primera mitad del siglo XX Víctor Manuel Peña Melo	53
El fútbol en Bucaramanga. De improvisar unos juegos nacionales a improvisar un equipo profesional, 1941-1951 Raúl Mauricio Prada Solano	89
Parques que revelan la ciudad Sergio Andrés Acosta Lozano	117
Casas bumanguesas: la arquitectura de la ciudad como fuente de archivo vivo Liliana Rueda Cáceres	133
La representación literaria de Bucaramanga a través de la narrativa novelística de Elisa Mújica Angie Daniela Ortega Rey	147

Presentación

La Escuela de Historia, en su compromiso por generar pensamiento crítico sobre las dinámicas sociales actuales en el entorno local, regional y nacional, asumió la organización de la Cátedra Low Maus en el semestre 2021-2, con el objetivo de profundizar en la historia, la cultura y la sociedad de Bucaramanga, en la celebración de los 400 años de la ciudad.

Los historiadores profesionales propendemos por aprovechar las conmemoraciones de este tipo de efemérides, no solo para profundizar sobre el conocimiento del pasado, sino también para proponer reflexiones sobre el presente y contribuir a la proyección de futuros que garanticen una sociedad más equitativa e incluyente. De hecho, como lo constata la llamada historia pública, al estudiar conmemoraciones de hitos históricos, más que ganar conocimiento sobre el pasado conmemorado, las celebraciones se convierten en ventanas para comprender cómo ha sido representado y reinterpretado ese pasado desde las preocupaciones de cada presente.

El temario propuesto para la Cátedra Low Maus 2021-2 nos permitió conocer sobre las diferentes condiciones jurisdiccionales que ha tenido Bucaramanga desde la denominación de “pueblo de indios” el 22 de diciembre de 1622 hasta su categoría actual de capital de área metropolitana.¹ También nos acercamos al desarrollo de la educación, local y regional²; a la configuración del paisaje urbano actual³ y a la construcción cotidiana de comunidad desde los

- 1 Conferencia de Armando Martínez Garnica y Gabriel Samacá. “Bucaramanga 400 años de Historia”, 25/11/2021. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/1788366184688813>
- 2 Conferencias de Álvaro Acevedo y Saúl Meza. “La ciudad y los proyectos educativos”, 18/11/2021. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/3031786497132372>
- 3 Conferencias de Liliana Rueda y Sergio Acosta. “Patrimonio arquitectónico y paisaje urbano de Bucaramanga”, 2/12/2021. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/615171866196404>

barrios.⁴ Se reflexionó sobre la tradición deportiva de la ciudad y sus impactos urbanísticos y sociales⁵. Desde la perspectiva cultural, se indagó sobre cómo ha sido representada la ciudad por la literatura⁶, las artes plásticas⁷ y músicas como la cumbia⁸ y qué tanto estas manifestaciones culturales han contribuido a configurar la sociedad bumanguesa. Por otra parte, desde un análisis de indicadores de desarrollo ciudadano, social y de salud, se planteó un análisis de los problemas actuales más acuciantes de la ciudad.⁹ La cátedra fue aprovechada para dar difusión a investigaciones producidas por la Escuela de Historia, por otros profesores y egresados de la Universidad Industrial de Santander y por investigadores y promotores culturales regionales. Se buscó llamar la atención sobre las posibilidades de contribuir desde la formación universitaria al conocimiento de diversas manifestaciones y procesos que han marcado el pasado e impregnan el presente de la ciudad para contribuir en la construcción de un espacio urbano que ofrezca oportunidades de buen vivir para todos los que lo habitamos.

- 4 Conferencias de Andrea Prado y autores del libro *Memoria Barriales en construcción*. “La ciudad a partir de sus barrios”, 17/02/2022. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/1217017428836167>
- 5 Conferencias de Víctor Peña y Raúl Mauricio Prada. “Deportes y construcción de ciudad: espacios y prácticas”, 13/01/2022. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/1399497367133236>
- 6 Conferencias de Angie Daniela Ortega y Juan Diego Serrano. “Bucaramanga: Ciudad y literatura”, 9/12/2021. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/1221322705022253>
- 7 Conferencias de Angélica Díaz y Roger Díaz. “Las expresiones artísticas en la historia de Bucaramanga”, 20/01/2022. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/989105818377425>
- 8 Conferencias de Julio Acelas y Jaison Neutra. “Un ritmo y sus contextos, la cumbia en Bucaramanga”, 27/02/2022. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/345354213911587>
- 9 Conferencias Yani León y Laura Rodríguez. “¿Cómo se vive en Bucaramanga hoy?” 3/02/2022. <https://www.facebook.com/UISenLinea/videos/310512364425052>

La presente compilación reúne los textos de algunos de los conferencistas que acogieron la invitación de publicar su conferencia. El capítulo de Armando Martínez Garnica “El problema de la selección temática en una historia local: el caso de la *Historia básica de Bucaramanga*” ofrece un interesante repaso por la historia de Bucaramanga resaltando las diferentes denominaciones jurisdiccionales que ha tenido la población, y hace una revisión de los principales relatos escritos que se han hecho de la historia de la ciudad. El texto es una invitación a explorar el libro dirigido por el profesor Martínez, titulado *Historia básica de Bucaramanga*, editado por la Universidad Industrial de Santander para la conmemoración de los 400 años de la ciudad.

El capítulo que nos presentan Álvaro Acevedo y Gimena Gutiérrez, “Colegios y universidades para la juventud de Bucaramanga y Santander”, construye un panorama de los desarrollos educativos en Santander haciendo énfasis en el siglo XX y en la experiencia de la creación y puesta en funcionamiento de la Universidad Industrial de Santander. El capítulo muestra los esfuerzos, a veces más coherentes, en otras ocasiones más fragmentarios, para fomentar la educación como factor de desarrollo regional y forma de ofrecer oportunidades de ascenso social a los jóvenes.

El tema educativo también aparece en la novedosa investigación de Víctor Manuel Peña, “La ciudad y las prácticas deportivas: los espacios para el deporte en Bucaramanga durante la primera mitad del siglo XX”, que se interesa por las concepciones de educación física y deporte como “agentes transformadores” de la ciudad. Desde esta perspectiva, estudia cómo esas concepciones fueron usadas como formas de distinción por grupos sociales emergentes que reclamaban una posición en la sociedad bumanguesa y unos lugares de sociabilidad en una ciudad que, a pesar del crecimiento observable en esa primera mitad del XX, mantenía dinámicas muy pueblerinas.

Esa distancia entre los deseos de modernización y una realidad aún muy rural se revela también en el trabajo de Raúl Mauricio Prada, “El fútbol en Bucaramanga. De improvisar unos juegos

nacionales a improvisar un equipo profesional, 1941-1951". El autor hace un recuento del surgimiento del club de fútbol Atlético Bucaramanga, inscribiendo tal surgimiento en un contexto más amplio de crecimiento urbano que presentó la ciudad desde los años treinta, momento en que aumentó la preocupación por fomentar en la ciudad prácticas que se pretendían ciudadinas, como el deporte, y en particular el fútbol. Sin embargo, el texto muestra que la organización de certámenes como los Juegos Nacionales o la creación de un equipo profesional de fútbol pasaron por vicisitudes difíciles que mostraban más obstáculos que logros en ese deseo modernizador.

Si los escenarios deportivos permiten estudiar el desarrollo urbano, otra vía de exploración de este proceso son los parques. Sergio Acosta recopila datos históricos de los parques más representativos del centro de la ciudad en su texto "Parques que revelan la ciudad". Los detalles que ofrece este capítulo sobre el contexto de aparición y construcción de los parques se complementan con la reflexión que nos propone Liliana Rueda en su texto "Casas bumanguesas: la arquitectura de la ciudad como fuente de archivo vivo", quien invita a entender la ciudad a partir de su arquitectura, en su caso enfatizando en diferentes casas de la ciudad. Recordando el libro de su autoría *En Cuerpo y alma. Casas bumanguesas 1778-1966*, Rueda llama la atención sobre la importancia de guardar la memoria arquitectónica de la ciudad por medio de archivos documentales, fotográficos y planimétricos, dado que las propias edificaciones tienden a ser efímeras pues las nociones de urbanismo y arquitectura cambian con el tiempo y suelen llevar a la demolición de las edificaciones. El texto es una invitación a repasar la historia de la ciudad a partir de sus casas, a continuar la investigación de esta historia usando una fuente poco explorada, como es la arquitectura, y a conservar archivos de arquitectos y constructores.

La otra vía de reflexión sobre la ciudad que se explora en esta compilación es la literatura. En su capítulo "La representación literaria de Bucaramanga a través de la narrativa novelística de Elisa Mújica", Angie Ortega Rey ofrece un recorrido por algunas de las

obras de la literata bumanguesa que se refieren a su ciudad natal. A partir de ellas, el lector encontrará imágenes de la Bucaramanga de la primera mitad del siglo XX y episodios que marcaron la experiencia vital como mujer de Mújica o que incidieron de tal modo en la vida de la ciudad que quedaron en el recuerdo de las personas que la rodeaban. El texto destaca la obra todavía muy desconocida de Mújica y cómo esta revela aspectos de la cotidianidad de la Bucaramanga que ella habitó, un poblado que se hizo ciudad de manera acelerada en pocas décadas.

En suma, con estas memorias de la Cátedra Low Maus, se busca mostrar diferentes vías por las que pueden seguirse haciendo exploraciones del desarrollo histórico de la ciudad para comprender su actual configuración y aprovechar así la celebración de la efeméride de los 400 años, en vistas de seguir construyendo juntos muchos más años en comunidad.

La Escuela de Historia agradece a la Vicerrectoría Académica por el apoyo en la organización de la Cátedra y en la publicación de las presentes memorias, a los profesores de la Escuela Fabio Vladimir Sánchez y Miguel Darío Cuadros por asumir la coordinación de la Cátedra, a los conferencistas invitados por compartirnos sus investigaciones y a las estudiantes del Doctorado en Historia Angie Daniela Ortega y Jency Katerine Díaz por la colaboración en la compilación y revisión de los textos para estas memorias.

Brenda Escobar Guzmán
bescobar@uis.edu.co
Profesora Escuela de Historia

El problema de la selección temática en una historia local: el caso de la *Historia básica de Bucaramanga*¹⁰

Armando Martínez Garnica
armandom09@gmail.com
Profesor emérito de la
Universidad Industrial de Santander

El 22 de diciembre de 2022 Bucaramanga estará conmemorando el cuarto centenario de su poblamiento. Durante estos siglos, se han sucedido en este sitio variados entes político-administrativos: pueblo de indios, parroquia de San Laureano, villa de San Laureano, cabecera de cantón, ciudad capital de un estado federal, cabecera del departamento de Soto, municipio, cabecera de la provincia de Soto y del departamento de Santander, núcleo principal de un área metropolitana. Exponer una historia de este poblamiento humano de cuatro siglos enfrenta dos problemas básicos: el de la investigación sobre lo que sucedió en este lugar y el de la exposición de lo significativo como historia.

La acción de *investigar* la historia de esta sociedad local es un problema resuelto desde las indicaciones metodológicas de Leopoldo Ranke¹¹: reunir las mejores fuentes disponibles y examinarlas críticamente, poner notas a pie de página para indicar de cual fuente se ha tomado la información, esquivar los

10 *Historia básica de Bucaramanga. Cuatro siglos de un poblamiento, 1622-2022.* Universidad Industrial de Santander, 2022

11 En el prólogo a su *Historia de los pueblos latinos y germánicos* (1824), Leopold von Ranke estableció que una exposición de cómo ocurrieron verosímilmente las cosas tenía que partir de las mejores fuentes disponibles, especialmente de relatos de testigos presenciales de los sucesos historiados, indicando al pie de cada página la fuente de la que se hubiere tomado información, pero sobre todo examinando con rigor crítico todas las fuentes reunidas. La ley suprema de un historiador era la exposición rigurosa de los sucesos, por muy condicionados y carentes de belleza que fueren.

anacronismos, escribir en tiempo pasado o participio pasado. Una vez realizada la investigación, hay que *exponer* rigurosamente las cosas tal como sucedieron en una trayectoria histórica y no lógica, por muy condicionados y carentes de belleza que hayan sido los acontecimientos. Todo depende, entonces, de la necesaria *selección* que debe hacer el historiador.

Esta selección es una necesidad y siempre tendrá algo de arbitrario, pues se trata de destacar, en *ese mar tormentoso* que es la historia de una sociedad, que comienza en el pasado más remoto y fluye hacia el más distante futuro, solo una serie de oleadas, tal como un pintor de marinas apenas selecciona unas cuantas olas para su cuadro. Esta selección del historiador está regida por un criterio personal para determinar qué es lo que vale la pena comunicar a los lectores, o bien, qué es lo que su época considera digno de ser remarcado de una época anterior (Burckhardt, 2011).

La elección temática para abordar la historia de Bucaramanga comenzó con la adopción del concepto de *res pública*. En tanto sociedad localizada en un lugar específico —un cono de deyección coluvio aluvial—, todo comenzó como una *república de indios*, resultado del cumplimiento de un auto proferido por un oidor de la Real Audiencia en 1622. Cuando esta peculiar república del orden estamental de la Monarquía Hispana fue extinguida, vino desde el primer día del año 1779 una *república de españoles*, mandada por alcaldes pedáneos, hasta que la revolución política que comenzó en 1810 permitió la formación de la villa de San Laureano, una *república autónoma* parcialmente, pues se puso bajo la autoridad de la Junta de Gobierno de la provincia de Pamplona. En lo que siguió de los dos siglos siguientes, la elección historiográfica se dirigió a *la cosa pública*, dado que Bucaramanga es un ente colectivo de naturaleza político-administrativa.

Las representaciones historiográficas anteriores

La representación historiográfica sobre el fenómeno del poblamiento del sitio de Bucaramanga solo comenzó en 1896 con don José Joaquín García (agosto 19, 1849 - diciembre 14, 1919),

cuando éste dedicó al gobernador Antonio Roldán y a dos hijos ilustres de la ciudad —Aurelio Mutis y Facundo Mutis Durán— sus *Crónicas de Bucaramanga* (García, 1896). Para entonces ya nadie recordaba que Bucaramanga había nombrado, entre los siglos XVII y XVIII, a un pueblo de indios mineros congregados por un oidor de la Real Audiencia, y dotado de tierras de resguardo. García solo oyó decir que en los tiempos de la conquista española habían existido unos cuantos ranchos de la tribu indígena de los laches, cuya insignificancia ni siquiera había despertado el afán conquistador de las huestes de soldados españoles que por allí transitaron.

Por ello, en su representación histórica habían sido los vecinos acomodados de Girón quienes, en su afán de temperar con sus familias los fines de semana, fueron edificando en la meseta casas de techo de paja para disfrutar de mejores fuentes de agua y un clima más fresco. Como en ninguno de los archivos de la villa decimonónica encontró el expediente de erección de la primera parroquia, correspondiente al tiempo en que el pueblo de indios ya había sido demolido por orden de un fiscal de la Real Audiencia, supuso que la posición irregular y la ninguna delineación que existía entre las distintas habitaciones del poblado que lo vio nacer indicaban que el poblamiento se debía a colonos de Girón. Por ello sus crónicas de Bucaramanga solo se extendieron desde los recuerdos que pudo recoger en su familia y desde la erección de la parroquia de San Laureano hasta el año 1895.

Sin embargo, en la entrega número 100 del *Boletín de Historia y Antigüedades* vino don Enrique Otero D'Costa a sorprender a todos con una nueva representación de la Fundación de Bucaramanga (Otero D'Costa, 1914). Gracias a sus lecturas de los expedientes del fondo Poblaciones de la sección colonial del Archivo Histórico Nacional, que entonces funcionaba en el tercer piso del edificio nacional de Santo Domingo, encontró el auto dado en Pamplona —el 4 de noviembre de 1622— por el oidor Juan de Villabona para ordenar la congregación de las cuadrillas de indios —que lavaban arenas auríferas en el río del Oro— en una nueva población que fue levantada en el sitio de Bucaramanga. “¿Se habría cumplido esta orden?”, se preguntó este paciente historiador de la Academia

Colombiana de Historia. Sus lecturas en el fondo Tierras del mismo archivo le dieron la respuesta: en el tomo 42 halló un expediente de un pleito por linderos, librado entre el cabildo de la ciudad de Girón y los indios del pueblo de Bucaramanga, y en él reposaba la *certificación* del cumplimiento dado a la orden del oidor en *visita de la tierra*. Pese a ser solo una certificación de una diligencia ordenada por un juez visitador, ese folio fue interpretado por este investigador como la *fe de bautismo* de su lugar nativo, la legitimación de su *nacimiento* como una de *las más antiguas ciudades de Colombia*. Pese a la crítica que podemos hacer a su interpretación de las fuentes que tuvo a su alcance, pues convirtió un “pueblo de indios congregados” en una “ciudad hispana antigua”, a la que posteriormente le diseñaría un escudo de armas con el lema *Montani semper liberi*, su trabajo de tres años de archivo le permitió ofrecer a sus lectores una extensa representación histórica sobre los orígenes del poblamiento del sitio de Bucaramanga bajo el título de *Cronicón solariego* (Otero D’Costa, 1922).

La reedición de esta obra por la Cámara de Comercio de Bucaramanga, en 1972, consolidó la perspectiva del origen del poblamiento de Bucaramanga en un pueblo de congregación de indios, una *república de indios* del ordenamiento segregado del Estado monárquico español en las Indias, que coexiste con una interpretación que lo convertía en *república de españoles*, cuyos actores principales vinieron a ser el minero Andrés Páez de Sotomayor, el presbítero Miguel de Trujillo y los indios mineros. Un conjunto de tres figuras de bronce que yace olvidado en la esquina occidental de la fachada del edificio de la Alcaldía de Bucaramanga, contratado a una artista por el alcalde Alfonso Gómez Gómez, da fe de esa interpretación. Su negativa a prolongar la escritura de su historia más allá del año 1630, en dos tomos más que ofreció —dado el cambio de sus ocupaciones cotidianas—, dejó sin resolver el tema de la demolición del pueblo de indios original por orden de otro visitador de la segunda mitad del siglo XVIII, y dio paso al nuevo poblamiento parroquial en traza ortogonal, cuya huella sobrevive hasta nuestros días.

La demolición del pueblo de indios de Bucaramanga, el retorno de las tierras resguardadas al patrimonio real y su posterior remate entre los vecinos que habían arrendado estancias a los indios — introducido mejoras materiales—, pudo haber arrojado otra *fe de bautismo* de Bucaramanga si hubiera aparecido en el archivo de la Arquidiócesis de Santafé, destruido durante el Bogotazo, el expediente completo de erección de la parroquia de Nuestra Señora de Chiquinquirá y San Laureano, los dos patronos tradicionales que hoy se han olvidado. La continuidad del tránsito de la *república de indios* (1622-1778) a la *república de españoles* (1779-1810) fue la jurisdicción del real de minas del río de Oro y Bucaramanga, ejercida por un alcalde mayor de minas que era proveído por la Audiencia. Como el cabildo de Pamplona había impuesto su jurisdicción hasta el río del Oro, gracias a pleitos que entabló contra los cabildos de las ciudades de Vélez y San Juan Girón, las cuadrillas de indios que recorrían los ríos del Oro, Suratá y Lebrija, así como las rancherías de las quebradas que recorrían la meseta de Bucaramanga, fueron parte de la jurisdicción de esa ciudad. Pero cuando se erigió la parroquia de Bucaramanga pasó la jurisdicción del cabildo de San Juan Girón, no sin pleitos, que eligió los alcaldes pedáneos hasta 1810.

La eclosión juntera del segundo semestre de 1810 en casi todas las provincias de la Real Audiencia de Santafé trajo consigo la espontánea declaratoria de *villa* para la parroquia de Bucaramanga, una decisión espuria de sus vecinos que solo duró hasta la restauración monárquica que se impuso tras el desastre del páramo de Cachirí, en febrero de 1816. El capitán Elías Sevilla pudo así describir a su paso por la parroquia de Bucaramanga, camino de Santafé con el Ejército Expedicionario de Tierra Firme, la buena disposición de los obedientes parroquianos. Un mes después de la batalla de Boyacá, los bumangueses volvieron a autoproclamarse villa de San Laureano, dándose sus propios alcaldes ordinarios y oficiales de cabildo, hasta que la vecina villa de San Carlos de Piedecuesta, que sí había obtenido título de villa por despacho de la Regencia de España, demandó con éxito la elección de los funcionarios del cabildo en 1823. Y fue así como, desde julio

de 1823, volvió Bucaramanga a la condición de parroquia, ahora en la jurisdicción del cabildo de la villa de San Carlos de Piedecuesta, con lo cual don Francisco Ordóñez y don José Antonio Serrano se resignaron a despachar en la condición subalterna de alcaldes pedáneos.

Sería la primera ley de ordenamiento territorial de Colombia, aprobada por la Legislatura colombiana de 1824, la que al fin permitió a los bumangueses declarar *villa* a su poblado, conforme a derecho. Ya como villa y cabecera del cantón de su nombre, disputó a Girón y a Piedecuesta la sede del colegio provincial, finalmente establecido en Girón con fondos de sus cosecheros de tabaco. Entre 1820 y 1850, Bucaramanga era solo *unum inter pares*, con Girón y Piedecuesta. Por ello fue que todas estas tres poblaciones se dieron sus respectivas constituciones municipales, cuando la Carta política de 1853 las autorizó para ello.

Las crónicas de Bucaramanga fueron proseguidas, para el período 1900-1945, por don Ernesto Valderrama Benítez (1895 – 16 de junio de 1961), en la tercera parte (“Sinopsis de la tierra en el siglo XX”) de su libro titulado *Real de Minas de Bucaramanga* (1947). Consultando tanto el Archivo del Concejo de Bucaramanga como el Archivo Departamental, así como su conocimiento personal de los acontecimientos y lugares, este cronista ofreció una colección de noticias seleccionadas sobre el acontecer local de las instituciones y sobre la oferta paulatina de los servicios públicos y bienes manufacturados. Antes de él, don José Fulgencio Gutiérrez había cubierto las crónicas de Bucaramanga para el período 1895-1941, publicadas en 1941 como parte de un libro conmemorativo de los Quintos Juegos Olímpicos Nacionales que se realizaron en esta ciudad (Gutiérrez 1947). Agregó pequeñas biografías de los bumangueses notables de todos los tiempos, un aporte sustancial para el conocimiento de este tema.

Más o menos para este mismo período llevó sus *Diarios* don Bartolomé Rugeles López (1860-1938), quien dio noticias de los sucesos locales y de su propia vida familiar entre los años 1899 y 1938. Gracias a Aída Martínez Carreño pudimos acceder a ellos (Rugeles López, 2005). Se trata de una crónica íntima del

municipio que incluye noticias políticas y sociales, comenzando con la guerra de los Mil Días, los precios del dólar y de las mercancías en el mercado, sobre todo café y sombreros, y de movimientos empresariales. Llevó el registro de matrimonios del grupo de distinción, de asesinatos y listas de los miembros de las asambleas departamentales y los concejos municipales, así como miles de noticias íntimas de la vida local.

La perspectiva progresista y optimista de los cuatro primeros cronistas mencionados comenzó a agotarse en José Fulgencio Gutiérrez, quien en sus relatos del período 1930-1941 insistió en los actos de violencia política que se habían dado en el seno de la Asamblea Departamental y en Santander, y se extinguió en la prolongación de las crónicas para el período 1946-1965 en la pluma de Roberto Harker Valdivieso (Noviembre 12, 1930 - Septiembre 24, 2011), tituladas: ... *y sucedió en Bucaramanga* (Harker Valdivieso, 1977). Como la fuente de este cronista fueron los diarios *Vanguardia Liberal*, *El Deber* y *El Frente*, y su perspectiva la de un militante partidista conservador, devoto del clero refractario, lo que *sucedió en Bucaramanga* parece sacado tanto de la página roja como la de sociales, así como de las notas necrológicas de esa prensa local y del noticiero de la burocracia gubernamental. Si bien es cierto que esas dos décadas coinciden con el tiempo de la *violencia bipartidista* que se hizo frecuente desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, la perspectiva pesimista del texto perdió de vista el desarrollo de las instituciones y los nuevos emprendimientos de los esforzados hombres que nos han antecedido en el tiempo.

Antes de esta variación de perspectiva, doña Ana Francisca Barón, directora de una escuela primaria de varones, había difundido en *La Escuela Primaria* una *Monografía del municipio de Bucaramanga* (Barón, 1923), que fue premiada con diploma de honor y medalla de oro en un concurso abierto por la Dirección de Instrucción Pública de la Gobernación de Santander, con motivo de la Fiesta de la Raza. Además de la utilidad de esta monografía para el conocimiento de los edificios, aguadas, empresas y casas comerciales en la antigua nomenclatura de calles y carreras, que

ella recorrió personalmente, la perspectiva optimista todavía se mantenía con fervor en su pluma:

Ha querido la Providencia que sus hijos vivan en admirable bonanza y hayan vuelto sus ojos hacia las industrias, principalmente a la de tabaco, que se impulsó notablemente desde 1903 y hoy constituyen una verdadera fuente de riqueza con el establecimiento de numerosas fábricas, que cuentan con famosas máquinas y en ellas se emplean gran número de señoritas y muchas jóvenes del pueblo que devengan honradamente su salario.

A pesar del título de su obra, *Nuevas crónicas de Bucaramanga* (Camargo Martínez, 1986), Ernesto Camargo Martínez no cubrió un tramo temporal del acontecer de esta ciudad, pues solo coleccionó arbitrariamente noticias sin perspectiva científica alguna, dado que su pluma se extravió por las sendas de la literatura.

La trampa de los anacronismos

Recorrer el acontecer de un poblamiento humano durante cuatro siglos es un camino plagado de riesgos de anacronismos. Un recorrido de cuatro siglos muestra que Bucaramanga ha sido de todo: pueblo de indios, parroquia de españoles, villa de ciudadanos, ciudad capital de uno de los nueve departamentos del Estado federal de Santander y del propio Estado durante cuatro años, municipio, y recientemente núcleo principal de un área metropolitana. Así que lo primero que hubo que hacer para la historia básica de Bucaramanga fue asegurar una delimitación cronológica precisa de las distintas entidades político-administrativas que se han sucedido en la llamada meseta de Bucaramanga, tal como queda ilustrado en el cuadro siguiente:

Sucesión histórica de los entes político-administrativos llamados Bucaramanga

Nombres de los entes	Tiempos
Pueblo de indios de Bucaramanga	—22 de diciembre de 1622 a 11 de julio de 1778
Parroquia de San Laureano y Nuestra Señora de Chiquinquirá del Real de minas de Bucaramanga	—1º de enero de 1779 a 31 de diciembre de 1810, subordinada al cabildo de San Juan Girón. —24 de febrero de 1816 a 31 de agosto de 1819, subordinada a la comandancia de armas de Piedecuesta. —1º de julio de 1823 a 30 de junio de 1825, subordinada a la villa de San Carlos de Piedecuesta.
Villa de San Laureano de Bucaramanga en las provincias de Pamplona, Soto o Lebrija.	—1º de enero de 1811 a 23 de febrero de 1816, subordinada al gobierno del Estado libre de Pamplona. —1º de septiembre de 1819 a 30 de junio de 1823, autónoma. —1º de julio de 1825 a 17 de abril de 1850: cabecera de cantón subordinado a la provincia de Pamplona. —18 de abril de 1850 a 21 de abril de 1854 y septiembre de 1854 a 31 de mayo de 1855: cabecera de cantón subordinado a Piedecuesta, capital de la provincia de Soto. —1º de febrero a 21 de abril de 1854: cabecera de cantón subordinado a Floridablanca, capital de la provincia de Lebrija. —1º de junio de 1855 a 24 de noviembre de 1857: cabecera de cantón subordinado a la provincia de Pamplona.
Ciudad de Bucaramanga en el Estado soberano de Santander y en el Departamento de Soto.	—2 de diciembre de 1857 a 14 de septiembre de 1861: ciudad capital del Estado federal de Santander. —21 de febrero de 1858 a 13 de diciembre de 1859: municipio constitucional. —1º de enero de 1870: Ciudad por disposición del decreto del 7 de diciembre de 1869, dado por el presidente de Santander. —25 de junio de 1859 a 30 de septiembre de 1887: capital del departamento de Soto. —24 de marzo a 6 de septiembre de 1886: sede provisional del poder ejecutivo del Estado de Santander.
Municipio de Bucaramanga en el Departamento de Santander	—7 de septiembre de 1886 a 2022: capital del departamento de Santander. —30 de septiembre de 1887 a 1937: capital de la provincia de Soto.
Municipio de Bucaramanga como núcleo principal del Área Metropolitana de Bucaramanga	—15 de diciembre de 1981 a 2022: núcleo principal del Área Metropolitana.

En cada uno de estos períodos político-administrativos existió un régimen público distinto, encabezado por una variopinta cantidad de funcionarios: alcaldes mayores de minas, curas doctrineros, alcaldes pedáneos, alcaldes ordinarios, concejos municipales, jefes políticos de cantón, gobernadores provinciales, presidentes de estado federal, alcaldes municipales y prefectos provinciales. La exposición tiene que dar cuenta de esos distintos regímenes y de la crónica aspiración del vecindario a elevar su condición política, dado que el poblamiento comenzó como una república de indios, siguió como una república de españoles, pasó a ser una pequeña república de ciudadanos libres con la independencia de la monarquía y se elevó a cabecera de estado federal durante cuatro años, para terminar como capital de uno de los primeros nueve departamentos administrativos del territorio nacional desde 1887.

Las figuras paradigmáticas de la *res-publica*

Una historia básica de Bucaramanga, fundada en el concepto de *res publica*, no se ocupa de miles de emprendedores privados de negocios e industrias ni de profesionales de la política ni de artistas plásticos. Pero la investigación aconsejó ilustrar cada una de las épocas con individuos seleccionados, figuras paradigmáticas entre sus contemporáneos. Entre los emprendedores se seleccionaron una docena de figuras paradigmáticas: Manuel Mutis Bosio, Juan Crisóstomo Parra, Georg Von Lengerke, David Puyana Figueroa, Reyes González Arciniegas, Apolinar Pineda Buenahora, Alfonso Silva Silva, Pedro María Buitrago Roa, Armando Puyana Puyana, Alfonso Penagos Mantilla, Rafael Parra Cadena y Rafael Ernesto Pérez Martínez. Lo mismo puede decirse de sus políticos de mayor notabilidad del tiempo republicano del siglo XX, cuando esta condición significaba velar por los intereses generales de la ciudad y de la región en medio de un reconocimiento nacional. Tanto los alcaldes como los concejales eran las figuras centrales de la vida política, pero en un mar de nombres es casi imposible seleccionar los más notables.

Para los propósitos de una historia básica de Bucaramanga solo se seleccionó un grupo básico de 20 políticos memorables por el impacto social que tuvieron entre sus contemporáneos, por su notabilidad y por su relativo buen nombre, con alguna dosis de arbitrariedad: Adolfo Harker Mutis, Alejandro Peña Solano, Pedro Elías Novoa Téllez, Alejandro Galvis Galvis, Gabriel Turbay Abunader, Mario Galán Gómez, Hernando Sorzano González, José Camacho Carreño, Luis Carlos Galán Sarmiento, Alfonso Gómez Gómez, Luisa Emma Mantilla de Romero, Abdón Espinosa Valderrama, Enrique Barco Guerrero, Ciro López Mendoza, Jaime García Parra, Jaime Serrano Rueda, José Manuel Arias Carrizosa, Jorge Sedano González, Carlos Toledo Plata y Rodolfo González García. Más fácil fue seleccionar los artistas más notables en la historia de la ciudad y de mayor impacto entre sus contemporáneos, pues solamente son siete nombres: Domingo Moreno Otero, Segundo Agelvis, Carlos Gómez Castro, Oscar Rodríguez Naranjo, Mario Hernández Prada, Jorge Mantilla Caballero y Beatriz González.

Capítulos de la historia básica

El primer capítulo de la *Historia básica de Bucaramanga* versa sobre el pueblo de indios de Bucaramanga, una *república de indios* integrada por cuadrillas de indios lavadores de arenas auríferas, cuya existencia comenzó el 22 de diciembre de 1622 y concluyó el 11 de julio de 1778. Fue el tiempo del laboreo de todos los ríos, quebradas y aventaderos, bien por indios, mestizos o colonos pobres. El cambio demográfico obligó a ponerle fin a su existencia, pues al cabildo de San Juan Girón no se le escapó que solo era de nombre un pueblo de indios.

El primer día del año 1779 comenzó su existencia la parroquia de san Laureano de Bucaramanga cuya dependencia política fue disputada, ante la indiferencia del cabildo de Pamplona, por el cabildo de San Juan Girón y el alcalde mayor de minas de Vetas y Bucaramanga. El segundo capítulo aborda esta institución parroquial, las disputas jurisdiccionales que suscitó, una selección de sus curas párrocos más notables —Miguel de Trujillo, el

maestro Adriano González, el maestro Martín Suárez de Figueroa, el doctor Juan Eloy Valenzuela y Mantilla, José Ignacio Martínez, Francisco Romero, José María Villalba, Lorenzo Rivera y José de Jesús Trillos— y las asociaciones de católicos del tiempo de la romanización de la Iglesia.

Cuando el Estado monárquico de los Borbones españoles entró en su mayor crisis por la invasión de las tropas francesas en 1808, se desencadenó la revolución en el mundo hispano. La eclosión de juntas de gobierno permitió la autonomía de los bumangueses, que se declararon *villa de San Laureano* y se dieron cabildo propio, cuya existencia sufrió dos interrupciones: el de la restauración monárquica de 1816-1819 y el de la incorporación a la jurisdicción del cabildo de San Carlos de Piedecuesta entre 1823 y 1825. Como el tiempo de esta villa se prolongó más allá de 1850, cuando fue incorporada a la primera provincia de Soto, el capítulo tercero da cuenta de esas vicisitudes.

La declararon ciudad cuando los constituyentes del Estado federal de Santander determinaron en 1857 que su capital sería Bucaramanga, dado su rango político preeminente. Esta condición fue conservada cuando lo perdió, pero a cambio se convirtió en la capital del nuevo Departamento de Soto, en sustitución de la provincia que desde 1850 llevó este nombre. El capítulo cuarto se ocupa de esta ciudad durante la experiencia federal, cuando la agenda de escuelas y caminos le asignó una de las escuelas normales nacionales de institutoras y el proyecto del ferrocarril que la uniría con el río Magdalena en Puerto Wilches.

Los capítulos quinto y sexto enfrentan toda la abigarrada gama de aspectos sociales y políticos que acaecieron cuando, como municipio, fue escogida como la capital del Departamento de Santander. Son muchos los temas examinados: la provisión de todos los servicios básicos, las empresas municipales, la vocación por la enseñanza técnica de lo práctico, la economía cigarrera y la urbanización de sus barrios y sus problemas crónicos. Finalmente, un epílogo enfrenta los retos de su futuro político como núcleo principal de un área metropolitana, viniendo de una asociación de

municipios y en la perspectiva de su transformación en una parte de un distrito especial, con Floridablanca, Girón y Piedecuesta.

El resultado de esta investigación, titulado *Historia básica de Bucaramanga*, fue publicado por la Universidad Industrial de Santander en el año 2021. Se estuvo atento a esquivar anacronismos y a seleccionar los mejores temas de relevancia pública, haciendo concesiones a figuras relevantes de su vida política, empresarial y artística. Serán las investigaciones temáticas particulares las que profundizarán en cada uno de los temas aquí seleccionados y en otros que no lo fueron, muchos de ellos ya en el mercado editorial de las instituciones universitarias. Y serán los nuevos historiadores los que, a la vista de las insuficiencias y ausencias de esta *historia básica*, emprenderán nuevos proyectos de investigación que las resuelvan.

Referencias

- Barón, A. F. (1923). Monografía de Bucaramanga. *La Escuela Primaria*, (1486), 559-576.
- Burckhardt, J. (2011). *Juicios sobre la historia y los historiadores*. Katz, Liberty Fund.
- Camargo Martínez, E. (1986). *Nuevas crónicas de Bucaramanga*. Academia de Historia de Santander.
- García, J. J. (1896). *Crónicas de Bucaramanga [1787-1895]*. Imprenta y Librería de Medardo Rivas.
- Gutiérrez, J. F. (1941). Historia de Bucaramanga. En C. Albarracín Tavera. (Ed.), *El libro olímpico de Bucaramanga* (pp. 25-62). Carlos Albarracín Tavera.
- Harker Valdivieso, R. (1977). ... *Y sucedió en Bucaramanga (1946-1965)*. Academia de Historia de Santander.
- Otero d'Costa, E. (1914). Fundación de Bucaramanga. *Boletín de Historia y Antigüedades*, (100), 204-210.
- Rugeles López, B. (2005). *Diarios de un comerciante bumangués, 1899-1938*. Academia Colombiana de Historia, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Cámara de Comercio de Bucaramanga.
- Valderrama Benítez, E. (1947). *Real de Minas de Bucaramanga [1901-1945]*. Imprenta del Departamento.
- Von Ranke, L. (1979). *Historia de los pueblos latinos y germánicos*. Fondo de Cultura Económica.

Colegios y universidades para la juventud de Bucaramanga y Santander¹²

Álvaro Acevedo Tarazona
acetara@uis.edu.co

Historiador, especialista en Filosofía,
magíster en Historia, doctor en
Historia y posdoctor en Ciencias de la Educación
Profesor titular, Universidad Industrial de Santander

Gimena Gutiérrez Martínez
gimena53@gmail.com
Historiadora egresada de la
Universidad Industrial de Santander

Los conceptos de educación y juventud siempre han estado interrelacionados desde el siglo XVIII, Siglo de las Luces o de la Ilustración, cuando nace la educación como una posibilidad de transformación social para el ser humano. De manera que, mediante el estímulo al deseo de aprender racionalmente y la enseñanza de hábitos, según una idea sobre el curso de la historia universal, es posible que el ser humano alcanzara la mayoría de edad para salir de la servidumbre o de la esclavitud. Así fue como, mediante reformas educativas, con planes de estudio por etapas, se perfeccionaron métodos de lectura, lenguaje y matemáticas que empezaron desde primaria, por intermedio de una educación pública estatal y gratuita en el ámbito nacional, universal y obligatoria. El siglo XVIII, considerado también el siglo pedagógico, sentó las bases y la fe optimista de que los seres humanos podríamos cambiar y mejorar

12 Este artículo es resultado parcial del proyecto de investigación “Calidad de la educación superior: caso departamento de Santander”, Código 2669, financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión de la Universidad Industrial de Santander.

con una educación que comenzaba desde la primaria y continuaba desarrollándose en otras etapas de la vida humana. Fue tan grande la influencia de esta concepción racional ilustrada universal de la educación que paulatinamente iría consolidándose también la educación secundaria obligatoria, la educación preparatoria para la universidad o bachillerato y la educación propiamente universitaria, hasta llegar hoy a considerarse que la educación es para toda la vida. Pero, sin duda, fue a mediados del siglo XX cuando esta concepción de educación racional y universal para cambiar al ser humano hacia mejor adquiere toda su dimensión e impacto como un hecho educativo mundial, particularmente cuando nace y se consolida el concepto de juventud como una categoría cultural, con fines y realizaciones propias y no solamente como una condición etaria de la naturaleza humana.

En Colombia una concepción racional y universal de la educación comenzó a considerarse desde la segunda mitad del siglo XVIII; y en el siglo XIX en la Constitución de 1821 se propuso incorporar el método lancasteriano para una educación pública estatal, universal y gratuita. No obstante, solo hasta mediados del siglo XIX, las reformas liberales comenzarían a considerar propiamente indispensable la educación en Colombia como posibilidad transformadora para todos los seres humanos, una educación para la libertad, sin dogmas de ningún tipo y no solo exclusiva de la Iglesia. Pero las constantes guerras civiles en el país, las pugnas bipartidistas y las disputas entre centralismo o federalismo como regímenes de conducción política del país, más una economía precaria, regiones incomunicadas y ausencia de un mercado interior, condujeron a que durante prácticamente todo el siglo XIX la educación no se implementase con los propósitos y alcances transformadores universales definidos en el siglo XVIII, pese a que se consideraba como prioritaria en casi todas las agendas de los gobiernos. Sobre todo, no fue posible implementar una educación que dialogase con los grandes avances de las ciencias modernas y de la Revolución Industrial especialmente de Europa,

más práctica y no únicamente dirigida a preparar gramáticos y abogados. Además, la educación era un privilegio para las familias pudientes.

En el caso del departamento de Santander, igualmente, el escenario de guerras y conflictos bipartidistas durante el siglo XIX hizo que solo hasta mediados del siglo se considerara necesaria una educación que contrarrestara los altos índices de analfabetismo y que vinculara a la población a una educación moderna, científica y tecnológica, con fines económicos y productivos. El Estado de Santander, creado por la Ley del 13 de mayo de 1857, con su radicalismo liberal, fue el laboratorio fallido de avezadas reformas en el concierto nacional que buscaban el federalismo, la educación laica universal, la profesionalización de los maestros a partir de la Reforma Instruccionista de 1870, la libertad de cultos, el libre comercio y el estímulo a la propiedad privada (Krabbe de Suárez, 1985). Un laboratorio alimentado con ideas y propuestas de avanzada para una época anclada en la tradición y el abandono estatal, entre contiendas y odios bipartidistas, y en un territorio, como en todo el país, con un marcado atraso económico y social. Signos de un atraso socioeconómico del país en general que quedaría más marcado tras la Guerra de los Mil Días, que inició cerrando el siglo XIX y continuó durante la apertura del siglo XX.

Como consecuencia de la última guerra civil del siglo XIX y de la fragmentación territorial que creó en 1910 los departamentos de Santander y Norte de Santander, el actual territorio santandereano dejaba ver las divisiones partidistas, una economía sumida en la pobreza, la devaluación monetaria y el analfabetismo, fenómenos que provocaron la migración de muchos santandereanos desde lugares distantes como la provincia de García Rovira y de municipios cercanos como Rionegro. Estos grupos de desplazados buscaron refugio en la capital, Bucaramanga, con la esperanza de resurgir de entre las cenizas de la guerra.

Escuela de Artes y Oficios de Santander: primeros intentos de una educación industrial para el departamento

El ascenso al poder de Rafael Núñez y la formulación del proyecto educativo de la Regeneración dieron pie a la creación de la Escuela de Artes y Oficios de Santander. Este esfuerzo se concretó con la Ley 121 del 11 de julio de 1887, la cual buscaba, bajo los principios de Enrique Pestalozzi, democratizar más la enseñanza, desarrollar aprendizajes desde las propias experiencias de los estudiantes e integrar a los niños de escasos recursos al mundo social por medio de un oficio.

Desde finales del siglo XIX existió en el municipio de Bucaramanga la Escuela de Artes y Oficios, y en ella sus protagonistas actuaron con la convicción de formar jóvenes para el desarrollo técnico e industrial. La ciudad de Bucaramanga tenía una tradición fabril sustentada en oficios técnicos como la talabartería, la carpintería, la sastrería y la herrería, los cuales se consolidaron con la apertura de la Escuela de Artes y Oficios en 1888.

Pocos años antes de la Guerra de los Mil Días, y con la apertura del gobierno de Rafael Núñez, varias comunidades religiosas establecieron algunos colegios católicos en la ciudad de Bucaramanga. Este fue el momento en que se fundó el Colegio de La Presentación en 1891; siguieron San Pedro Claver en 1897, el Sagrado Corazón de Jesús en 1901 y, finalmente, La Merced en 1915. Estos colegios de orientación cristiana y preocupados por mejorar la educación de la juventud bumanguesa se unieron a la inquietud estatal para establecer una formación principalmente de hábitos de comportamiento moral y religioso para un ciudadano virtuoso y respetuoso del orden.

Ahora bien, ante los fracasos del siglo XIX por tratar de implementar una educación técnica con fines económicos y productivos, en el departamento de Santander un primer paso, sin duda, fue la creación de la Escuela de Artes y Oficios, cuyo propósito era “formar artesanos instruidos en los conocimientos teóricos y prácticos de las artes y los oficios”, con una enseñanza gratuita que confería a sus estudiantes los grados de maestro, oficial

y obrero en cada arte u oficio¹³. La Escuela de Artes y Oficios fue creada con la intención de brindar oportunidades educativas a los jóvenes varones a partir del aprendizaje de un oficio práctico que les permitiera su inserción en la economía, a la vez que buscaba formar ciudadanos útiles, alejados del ocio y con una sólida formación religiosa que derivara en el bienestar social del departamento. Con estos objetivos, el 13 de abril de 1888 se dio apertura a la Escuela de Artes y Oficios de Santander, con clases prácticas y teóricas en las áreas de talabartería, guarnicionería, zapatería, herrería y carpintería. Además, los estudiantes tendrían conocimientos relacionados con lectura, literatura, escritura, aritmética, castellano, geografía, dibujo, perspectiva, religión, gimnasia, urbanidad, milicia, física, química, botánica, zoología y metalurgia; lo anterior, combinado con cinco horas de trabajo obligatorio en los talleres.

Pero el vertiginoso acontecer no daba tregua y en 1899, como consecuencia de la Guerra de los Mil Días, el instituto técnico fue clausurado. Ahora los jóvenes marchaban a los campos de batalla y el gobierno dejaba de lado todo aquello que no se enmarcara dentro del conflicto interno armado. Tuvieron que pasar varios años para que la semilla plantada por los pioneros de la educación práctica volviera a dar sus frutos, una vez pasada la guerra, y se establecieran de nuevo pequeños talleres para la producción de manufacturas.

En 1912 resurgió la Escuela de Artes y Oficios otorgando títulos académicos en Platería, Mecánica, Carpintería, Sastrería y Guarnición. De nuevo, la Escuela fue cerrada entre 1922 y 1926, debido a las dificultades económicas ocasionadas por el bajo número de estudiantes que ingresaban a ella. Tras una breve apertura, otra crisis se suscitó en 1929 cuando ingresaron ochenta y tres estudiantes y se retiraron treinta por causas diversas. El último

13 Véase Decreto del 20 de enero de 1888 por el cual se crea la Escuela de Artes y Oficios de Santander, citado por Hermano Florencio Rafael, *Historia del Instituto Superior Dámaso Zapata* (Imprenta del Departamento, 1963), pp. 11-14.

aliento para mantener en pie la Escuela de Artes y Oficios de Santander fue dado por Mario Galán Gómez entre los años 1932 y 1936. Él mismo se dio a la tarea de transformar esa Escuela de Artes y Oficios en una escuela industrial con orientación técnica para la formación de expertos en mecánica y mantenimiento de máquinas. Pero todos los esfuerzos por mantener abierta la Escuela de Artes y Oficios de Santander resultaron vanos. Con el tiempo cambiaría su denominación a Instituto de Artes Manuales y posteriormente sería conocido como Instituto Superior Dámaso Zapata.

Cabe señalar que para ese momento la economía en el ámbito regional experimentaba un cambio tras el descubrimiento de importantes yacimientos petrolíferos en las riberas del río Magdalena y la explotación petrolífera que iniciara la *Tropical Oil Company* en 1917. Aunque no se contaba todavía con la mano de obra necesaria y especializada para la extracción y comercialización del crudo, en 1951, cuando esta compañía norteamericana entregó a la nación la refinería, este sería uno de los principales motivos para vincular la región a la educación técnica e industrial y particularmente a la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol).

Instituto Industrial Dámaso Zapata: profesores nacionales y extranjeros precursores de la educación técnica

Desde mediados del siglo XIX la educación técnica en el país se reconocía como una necesidad y como una preocupación gubernamental, pues se consideraba que para lograr niveles de civilización y progreso debía forjarse en el país un sentido práctico de la educación, que a su vez promoviera valores ciudadanos como la disciplina, el orden social y la moralidad, sin descuidar la utilidad económica como fin último de esta educación.

Las nuevas necesidades económicas del país en las primeras décadas del siglo XX y el aumento de la población hicieron que los gobiernos se plantearan la necesidad de crear centros educativos técnicos y, a largo plazo, la constitución de universidades que vincularan la educación en diversas ramas de la ingeniería y las ciencias, con el fin de posicionar la economía del país en industrias

como la metalmecánica, la química y la producción petrolera, entre otras. Así surgió la necesidad de vincular a la juventud a proyectos educativos como el bachillerato industrial.

Para el caso santandereano, la propuesta de bachillerato industrial se hizo realidad en la antigua Escuela de Artes y Oficios que, tras algunos cambios de denominación, tomaría el nombre de Instituto Industrial Dámaso Zapata, como homenaje póstumo al insigne educador bumangués y líder de la reforma educativa de 1870, quien había sido director de Instrucción Pública en los tiempos del Estado Soberano de Santander y hoy reconocido como el educador más importante de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia. Pero esta iniciativa se vio empañada por la falta de personal capacitado en las áreas propias de la educación industrial. Para contrarrestar este inconveniente, se aprovechó la crisis causada por la Guerra Civil Española, pues el ingreso de ingenieros y docentes expertos en educación técnica ayudó a fortalecer los procesos educativos industriales.

Las dos guerras mundiales y la Guerra Civil en España ofrecieron una afortunada paradoja para la nación colombiana. La salida de europeos a raíz de las difíciles condiciones de vida de posguerra y de españoles que rechazaban abiertamente el régimen franquista desató una migración hacia diferentes países latinoamericanos. Colombia sería uno de esos destinos. La urgencia de huir de la guerra para establecerse con sus familias provocó que españoles llegaran a Colombia en condición de exilados.

Fue así como en 1941 llegaron a Bucaramanga los ingenieros españoles José y Julio Álvarez Cerón, quienes compartieron una visión educativa que coincidía con las necesidades económicas de la región. Julio Álvarez Cerón fue designado rector del Instituto Industrial Dámaso Zapata, cargo que desempeñó hasta el 15 de abril de 1948, cuando fue nombrado profesor de la recién fundada Universidad Industrial de Santander (Rueda Suárez, 2008). Álvarez Cerón fue el encargado de transformar el Instituto Industrial Dámaso Zapata al incorporar nuevas asignaturas y maquinaria moderna para establecer una novedosa pauta en la educación colombiana: la educación técnica con sentido académico-científico.

Con el apoyo económico de la Gobernación de Santander se adquirieron laboratorios de medidas eléctricas, de química y el laboratorio metalúrgico para el área de mecánica. Estos equipos fueron importados de Alemania, Francia y España. Con esta modernización se aspiraba a que los laboratorios e instrumentos fueran posteriormente utilizados por los estudiantes de una universidad industrial para el departamento de Santander, que había sido creada por medio de la Ordenanza 41 de 1940, aunque debieron pasar varios años antes de que el centro universitario se constituyera formalmente y contara con las autorizaciones debidas para su funcionamiento.

El apoyo de la sociedad bumanguesa a todas estas gestas se evidenciaba en el interés de los jóvenes por vincularse a la educación técnica y práctica en áreas como la mecánica, la electricidad y la fundición, con el interés de cursar, más adelante, estudios universitarios. El anhelo de la región era tener una universidad industrial que permitiera establecer empresas e impulsar la economía. Para ello, el Instituto Industrial Dámaso Zapata empezó la formación de jóvenes con doble titulación como expertos y bachilleres técnicos. La primera cohorte de egresados del Instituto data de 1947. Cada uno recibió su título como bachiller técnico y este se convirtió en el primer requisito de ingreso al proyecto universitario. Álvarez Cerón diseñó un plan de estudios para graduar técnicos y bachilleres técnicos. A su retiro, el Instituto Industrial Dámaso Zapata contaba con una nómina de cerca de 33 profesores, un promedio de 250 alumnos y una sede propia con excelentes laboratorios, talleres y equipos. El plan de estudios se había ajustado a un ciclo completo de enseñanza teórica y práctica que otorgaba el grado de expertos en cuatro años y en seis años el grado de técnicos industriales en áreas de mecánica, fundición, forja, electricidad, soldadura y galvanotecnia, que serían soporte para la creación de otras instituciones, principalmente la propia Universidad Industrial de Santander.

Mario Galán Gómez y el Colegio de Santander: una vida al servicio de la educación

Bucaramanga se proyectaba como una ciudad dinámica y las diferentes migraciones dieron como resultado un alto número de jóvenes que necesitaban vincularse a la educación secundaria. Como diputado a la Asamblea Departamental, Mario Galán Gómez hizo un balance del desarrollo educativo de los años treinta y cuarenta y concluyó que la ciudad seguía teniendo la misma cantidad de colegios de inicios de siglo, los cuales eran insuficientes para atender las demandas de una juventud que pedía ser formada y capacitada.

Para atender las demandas de la educación masculina existía el Colegio San Pedro Claver; esta institución de carácter privado recibía jóvenes pertenecientes a familias acomodadas de la ciudad. Era obvio que se necesitaba crear un colegio para los jóvenes de clase media. Galán Gómez, quien como secretario de Instrucción Pública construyó aproximadamente quinientas escuelas en las zonas rurales del departamento, tomó la decisión de establecer un nuevo instituto en formación secundaria para hombres en Bucaramanga. La finalidad de este nuevo centro educativo debía ser la formación académica para las clases menos pudientes, con subsidios brindados por el gobierno departamental.

El Colegio de Santander fue creado por la Ordenanza 37, expedida el 28 de abril de 1936, con el objeto de ser un instituto oficial de enseñanza “destinado a dar educación física, moral e intelectual a los jóvenes aspirantes a estudios profesionales”¹⁴. Su apertura se dio el 7 de agosto de 1936 en la sede de la antigua Escuela de Artes y Oficios de Santander, ubicada en la carrera 12 con calle 42, frente al Coliseo Peralta. Poco tiempo después, el colegio fue trasladado a una amplia casona ubicada en el costado

14 Véase Ordenanza 37 de abril 28 de 1936, citado en Humberto Ortega Moreno, *Memoria histórica del Colegio de Santander* (Litografía Claudia, 2017), p. 53.

oriental del Parque Centenario, la misma en que había funcionado el Colegio San Pedro Claver.

El Colegio de Santander fue en realidad la primera institución en el ámbito nacional que estableció la educación mixta. A pesar de la férrea oposición de la Iglesia y del Partido Conservador, en 1946 ingresaron al claustro las primeras treinta y cuatro mujeres con el fin de realizar su bachillerato en aulas compartidas con hombres. Las visiones y prejuicios morales de la época no permitieron ver con buenos ojos la apertura de una educación mixta, y tanto el colegio como las estudiantes debieron enfrentar el rechazo por parte del obispo de la Diócesis de Pamplona, quien prohibió a sus fieles matricular a sus hijas en esa institución, y advirtió a las jóvenes matriculadas que no podían recibir sacramentos. También se afirmaba, desde el púlpito, que serían excomulgadas y que sus nombres se leerían en el sermón de la misa dominical, pues “todo mundo debe saber quiénes son esas mujeres sin Dios ni ley, que han entrado a estudiar en un colegio de hombres” (Arenas, 2010, pp. 207-208).

A pesar de que Bucaramanga ya contaba con varios colegios, algunos con énfasis industrial como el Instituto Industrial Dámaso Zapata y otros en bachillerato clásico como el San Pedro Claver, era necesario buscar un énfasis para la formación impartida en el Colegio de Santander. Así, como complemento de la enseñanza industrial impartida en el Dámaso Zapata, se estableció en el Colegio de Santander la formación en áreas administrativas con miras a la dirección de las futuras empresas e industrias. Además del bachillerato, el Colegio de Santander impartía algunas capacitaciones con el objetivo de erradicar el analfabetismo; por tanto, se ofrecían gratuitamente cursos nocturnos a obreros, y eran sus profesores los mismos estudiantes que en la jornada diurna asistían a su último año de bachillerato (*Vanguardia Liberal*, 1940).

Con todos estos proyectos ya en marcha, se hacía cada vez más evidente la necesidad de que los jóvenes egresados de estos colegios no vieran limitados los anhelos de continuar sus estudios ante la falta de una institución educativa superior en Bucaramanga. El referente más cercano estaba en Bogotá, ciudad a la que se trasladaron varios

egresados para continuar sus carreras como ingenieros o abogados. Sin embargo, no todos los jóvenes de las clases medias de la ciudad tenían la posibilidad de costear sus estudios en otras ciudades. En tal sentido, Mario Galán Gómez se dio a la tarea de proyectar una universidad para el departamento de Santander.

Un modelo de universidad industrial para el país

Aunque en las mentes de Mario Galán Gómez, Gabriel Turbay, Alejandro Galvis Galvis y otras personalidades y políticos de la región se visualizaba la idea de universidad desde mediados de la década del treinta, con el nombramiento de Julio Álvarez Cerón como rector del Instituto Industrial Dámaso Zapata se reavivó el sueño de la educación superior para el departamento de Santander. Álvarez Cerón se preguntaba si existía alguna universidad industrial en Colombia. Sabía que este tipo de instituciones eran desconocidas en la nación, por lo que le propuso a Galán Gómez hacer una universidad industrial en el departamento de Santander y que, a su vez, fuera un modelo educativo para otras regiones del país, e incluso para América Latina.

El 21 de junio de 1940 se aprobó la creación de la Facultad de Ingeniería Industrial. Hubo que esperar ocho años, sin embargo, para ver constituida la Universidad Industrial. Pese al entusiasmo, la propuesta del centro universitario industrial para Santander siguió a la espera hasta 1943, cuando se solicitó a la Asamblea Departamental la autorización para formular un proyecto orgánico con el propósito de crear una institución superior. La Ordenanza número 83 de junio 22 de 1944 creaba definitivamente “la Universidad de Santander, con la autonomía relativa que las leyes señalan para estos institutos”. La apertura estaba programada para 1947, cuando se graduara la primera promoción de estudiantes del Instituto Industrial Dámaso Zapata.

El Decreto 583 del 25 de marzo de 1947 confirmaba lo que al año siguiente sería una realidad: la Universidad Industrial de Santander, que estaría inicialmente integrada por tres facultades mayores de Ingeniería Industrial especializadas en Mecánica, Electricidad

y Química, y por dos facultades menores anexas: el Colegio de Santander y el Instituto Industrial Dámaso Zapata. Finalmente, el lunes 1 de marzo de 1948, y con la misión de brindar “enseñanza técnica profesional en las ramas de Ingeniería Industrial, acordes con las necesidades del país y las exigencias y conquistas de la industria nacional”¹⁵, por fin abrió sus puertas la Universidad Industrial de Santander bajo la rectoría de Nicanor Pinzón Neira, con veinte alumnos, once profesores y tres funcionarios administrativos.

Su sede estaba ubicada en el mismo Instituto Industrial Dámaso Zapata. Los primeros estudiantes de la Universidad Industrial de Santander provenían del Instituto Industrial Dámaso Zapata, del Colegio de Santander y del Colegio San Pedro Claver de Bucaramanga. También ingresaron algunos estudiantes provenientes del Colegio Nacional José Eusebio Caro de Ocaña, del Colegio San José de Guanentá y del Colegio Universitario de Vélez. A este primer grupo también se sumaron algunos estudiantes provenientes de Cundinamarca, Boyacá y de otros municipios del departamento de Santander. Las primeras facultades estuvieron regentadas por los decanos Hernando Pardo Ordoñez en la Facultad de Ingeniería Eléctrica, Alfonso Penagos Mantilla en la Facultad de Ingeniería Mecánica y Lelio Martínez Villalba en la Facultad de Ingeniería Química.

La Universidad Industrial de Santander nace con el sentido de facilitar la educación superior a sectores más amplios de la sociedad, pero ante todo para alcanzar a los países industrializados, y es en este contexto de hambre de industrialización que la institución empieza a consolidarse. La cercanía con la industria petrolera desarrollada en Barrancabermeja y con la naciente empresa siderúrgica en Paz del Río hacen que la Universidad Industrial de Santander surja como promotora de grandes industrias en la región, aunque no

15 Véase Decreto 583 de 1947, citado por Armando Gómez Ortiz y Claudia Patricia Cote de Sierra, *Gestión y fundación de la Universidad Industrial de Santander* (Ediciones UIS, 1996), pp. 70-71.

logre consolidar ese objetivo del todo. Frank Safford argumenta que la primera universidad moderna que se funda en Colombia es la Industrial de Santander (Safford, 1989), pues la Universidad de los Andes se crea como una institución cuyo objeto es educar a la burguesía dirigente del país y la Universidad del Valle tiene un claro enfoque hacia la agroindustria. Por tanto, es un hecho histórico fundar la Universidad Industrial de Santander en una región relativamente atrasada en términos de su desarrollo técnico. Por consiguiente, a la Universidad se le denomina Industrial porque su objetivo es formar ingenieros para la industria. La única certeza es que estos nuevos profesionales estarían en condiciones de apoyar las explotaciones petroleras iniciadas en Barrancabermeja desde la década del veinte, porque ante la falta de mano de obra calificada existente en Colombia, empresas como la *Tropical Oil Company*, la cual ya estaba abriendo pozos de explotación en 1917, debían traer su personal desde Estados Unidos. Se comprendió que el proyecto modernizador para la región debía surgir desde el bachillerato técnico para finalizar en la educación superior impartida por la UIS; por ello se conciben el Colegio de Santander y el Instituto Industrial Dámaso Zapata como facultades menores y estos centros educativos se asumen como parte de la universidad.

No obstante, ante la creación de la Universidad Industrial de Santander, los años 50 muestran un cambio de paradigma en la sociedad y en la educación de Bucaramanga. Para 1951 el Instituto Industrial Dámaso Zapata pasará a ser regentado por los hermanos Lasallistas y cambiará su nombre a Instituto Técnico Superior Dámaso Zapata¹⁶. De igual manera, los denominados colegios femeninos como La Presentación, Nuestra Señora del Pilar y de la Santísima Trinidad muestran un significativo aumento en el número de matrículas de jóvenes que desean cursar su bachillerato en el ámbito clásico y comercial. Esta apertura educativa se da como

16 Gobernación de Santander, Decreto 1473 (15 de octubre de 1952). Por el cual se cambia la denominación del Instituto Industrial Dámaso Zapata.

consecuencia de la disposición del presidente de la República, el general Gustavo Rojas Pinilla, quien otorga a la mujer el derecho democrático del voto.

Universidad Industrial de Santander, de una escuela de ingenierías a la educación total

En los años cincuenta la Universidad Industrial de Santander se convierte en el refugio académico de varios profesores extranjeros, quienes migran desde Europa huyendo de las guerras y los conflictos internos en países como España, Italia, Alemania y Austria. Ellos son considerados como pioneros en la Universidad Industrial de Santander por ser quienes, con su disposición, e incluso sus propios equipos, formaron las primeras generaciones de ingenieros en el departamento de Santander. Nombres como los de Ernst Massar, Federico Mamitza Bayer, Jakob Seib, Guido Burzzi, Werner Küenzel, Friedrich Weimar, Martín Lutz, Francesco Cozza, Paolo Lossa, Bartolo Serafini, Antonio Cacciolo y Wilhelm Spachovsky, han quedado registrados en los anales de la historia universitaria de Santander. De hecho, algunos docentes como el profesor Spachovsky legarán a la Universidad Industrial de Santander no solo su conocimiento, sino los primeros equipos especializados de potencia eléctrica. Su residencia estaba ubicada en frente del Instituto Industrial Dámaso Zapata y durante los últimos años de vida del profesor Spachovsky, este espacio se posicionó como sitio de reunión para los miembros de la Asociación de Pensionados de la institución universitaria. Cuando murió el profesor Wilhelm, la familia Spachovsky decidió donar su casa a la universidad para que se integrara al complejo del campus.

Sin duda alguna, la creación de la Universidad Industrial de Santander es el motor de desarrollo de la región santandereana no solo en los campos industrial y económico. La solidez educativa se ha evidenciado en que la Universidad Industrial de Santander se constituye como un referente en el ámbito nacional y latinoamericano, y en el ámbito regional se ha establecido como semillero de nuevos proyectos académicos en el ámbito de

la educación secundaria y superior. Sus profesores y egresados se han perfilado como promotores de nuevas causas educativas, lo cual ha permitido que Bucaramanga se posicione en la actualidad como una ciudad educativa. Ejemplo de ello son las instituciones de educación superior que se han consolidado desde los años cincuenta del siglo XX como la Universidad Autónoma de Bucaramanga, Unidades Tecnológicas de Santander, Corporación Educativa Itae, Universidad Santo Tomás Seccional Bucaramanga, Universidad de Santander, Universidad Pontificia Bolivariana Seccional Bucaramanga, Universidad Antonio Nariño Sede Bucaramanga y Universidad Manuela Beltrán Sede Bucaramanga, las cuales se reconocen como fruto del esfuerzo y la proyección de profesores, egresados y directivos jubilados de la Universidad Industrial de Santander.

De igual manera, algunos colegios como el Instituto Tecnológico Salesiano Eloy Valenzuela y el Instituto Caldas, aunque en orillas diferentes, el primero con un enfoque técnico impreso por los Padres Salesianos para los jóvenes menos favorecidos de la sociedad bumanguesa, y el segundo dedicado a la formación de jóvenes para el liderazgo empresarial y valores liberales, serían en el año 1952 los pioneros en crear nuevas formas de empoderamiento para la juventud santandereana. Aunque el Instituto Tecnológico Salesiano Eloy Valenzuela había comenzado sus labores en 1944 con la apertura de talleres de carpintería, sastrería, tipografía y mecánica, se convertiría en colegio oficial en 1952. En el caso del Instituto Caldas, de una escuela primaria pasó a ofrecer estudios de bachillerato y luego universitarios. Surgió así la Corporación Autónoma de Bucaramanga en 1956 y la Facultad de Administración y Finanzas en 1969, convertida en Universidad Autónoma de Bucaramanga desde 1982. Luego de la fundación de estos institutos, la ciudad de Bucaramanga vería crecer su población como consecuencia de los flujos migratorios de los años cincuenta y sesenta, y también por la necesidad de vincular a estos jóvenes a una región que parecía ser próspera con industrias como Forjas de Colombia, Baldosines Diamante, Confecciones El Nogal, Ropa El Roble y Coltabaco, entre otras empresas de renombre para la

época y que estaban en busca de recurso humano con capacidad de liderazgo y mano de obra especializada.

Desde los albores del siglo XIX la región santandereana se vislumbraba como un terreno de difícil acceso para la economía basada en la agricultura. Esta problemática se retomaría en los años cuarenta y cincuenta cuando Mario Galán Gómez argumenta que el futuro del departamento de Santander estaba en la industrialización, especialmente a partir de la producción petrolera. El complejo petrolero de Barrancabermeja, la inexistente tradición agrícola debido a la abrupta geografía santandereana y la escasa fertilidad de sus suelos llevaron a Galán Gómez a decir que a pesar de que el santandereano trabajaba la tierra con abnegación y devoción, la aridez de la tierra no le permitía encontrar algún porvenir económico (Galán Gómez, 1947). Por tanto, era necesario vincular al departamento de Santander con la industria, y la creación de la Universidad Industrial de Santander podría llevar al progreso a través del desarrollo tecnológico, afianzando una sociedad moderna con base en el conocimiento científico, las aplicaciones técnicas y el perfeccionamiento del componente humano (Acevedo Tarazona, 2003). Pero el problema de la aridez de la tierra santandereana no era solo para su aplicación en la agricultura.

Desde tiempos de la Conquista ya se consideraba esta región como aislada por la falta de vías de comunicación, aspecto que sigue aún sin resolverse y que dificulta el tránsito de mercancías, pues la falta de caminos para un mercado interno ha llevado además a que en municipios como San Vicente de Chucurí, una tierra próspera para el cultivo de cítricos, cacao y aguacate, entre otros productos agrícolas, sus habitantes prefieran perder las cosechas ante los costos económicos que representa sacar sus frutas y hortalizas al mercado bumangués ubicado tan solo a un par de horas.

Por consiguiente, la cercanía a los yacimientos petrolíferos descubiertos en Barrancabermeja, la ampliación de su refinería existente desde 1922 y la entrega de la misma a la nación colombiana por parte de la *Tropical Oil Company* hacen que se proyecte la necesidad de formación de mano de obra especializada para la extracción del petróleo y la producción de sus derivados.

Este auge empresarial requería de hombres y mujeres, los cuales debían tener conocimientos técnicos, industriales y comerciales. Por esta razón la Universidad Industrial de Santander inicia sus labores con programas ingenieriles, propuesta académica que se proyectará hasta mediados de los años sesenta.

A los programas académicos pioneros de Ingeniería Eléctrica, Ingeniería Mecánica e Ingeniería Química se sumarían Metalúrgica, Petróleos e Industrial, los cuales dominarían hasta el año 1964 cuando se empieza a pensar en una Facultad de Medicina, que se cristalizará en 1967 tras la anexión de la Universidad Femenina de Santander.

Para mediados de la década de los años sesenta, la Universidad Industrial de Santander se empieza a pensar como un ente dinámico, en evolución y que debe incorporar nuevas ciencias y programas académicos acordes a las necesidades de la región. La Universidad Femenina de Santander había sido creada el 30 de enero de 1963 con el propósito de brindar educación especializada para las mujeres bumanguesas en los programas académicos de Bacteriología, Fisioterapia, Servicio Social, Dibujo Arquitectónico y Decoración, y Dietética. Tras cuatro años de funcionamiento y con un proyecto de educación superior integral propuesto por Juan Francisco Villarreal Buenahora, rector de la Universidad Industrial de Santander, la Universidad Femenina de Santander se anexa a esta, a partir del primero de enero de 1967 (Gavassa Villamizar, 2017). De esta manera, la Universidad Industrial de Santander engloba todas las áreas y ciencias, deja atrás la concepción de escuela ingenieril y se transforma en un centro de educación superior para hombres y mujeres, con programas académicos en disímiles áreas del conocimiento.

De esta fusión institucional se observan dos grandes cambios en la educación santandereana: la creación de la Facultad de Ciencias de la Salud con los médicos Roso Alfredo Cala Hederich, Rafael Azuero Riveros, Mario Sorzano, Jorge Villabona, Roberto Serpa Flórez y Argemiro Vargas Mariño, como sus principales promotores, y la fundación de la Facultad de Ciencias Humanas a partir del Departamento de Trabajo Social y la División de Ciencias

Humanísticas. Varios años después, la Facultad de Ciencias Humanas será protagonista de la vida universitaria con la aparición de las licenciaturas en Idiomas, Física, Química, Biología y Matemáticas, programas académicos creados para formar maestros con conocimientos sólidos en el saber de su disciplina, pero sobre la base de un conocimiento aplicado en las didácticas y la pedagogía.

La Ley 80 de 1980, que da una gran reforma universitaria en Colombia, será la que dé pie a la creación de nuevos programas académicos, como Historia, Filosofía y Derecho. Profesores como Libardo León Guarín, Ernesto Rueda Suárez, Juan Manuel Latorre, Armando Gómez Ortiz, Ariel Díaz Osorio y Reinaldo Suárez serán fundamentales en la expansión de las humanidades en la Universidad Industrial de Santander, que ya contaba con un amplio espectro de programas académicos en todas las áreas del conocimiento.

A la par que la institución universitaria vivía estos cambios revolucionarios en su estructura organizacional, los estudiantes solicitaban espacios de discusión con el propósito de presentar sus inquietudes ante una posible injerencia estadounidense en la educación superior. Los años cincuenta y sesenta, marcados por la impronta de las rectorías del alemán Rodolfo Low Maus y del colombiano Juan Francisco Villarreal Buenahora, vivenciaron el fortalecimiento de la Asociación Universitaria de Santander (Audes), la vinculación de los universitarios a un movimiento estudiantil revolucionario y al acercamiento de la sociedad a la institución de educación superior. La figura de Jaime Arenas Reyes como máximo líder estudiantil de la época es recordada aún por la ciudadanía bumanguesa. Su paso por el Colegio de Santander y por la Universidad Industrial de Santander estará signado por la protesta y la búsqueda de alternativas que eviten la injerencia norteamericana en la educación superior. La rectoría de Juan Francisco Villarreal desarrolla actividades como el Informe Thuring, elaborado por un profesor visitante de la Penn State University que hizo las recomendaciones para la gran reforma estructural de la UIS, el Plan Básico basado en el modelo estadounidense y el establecimiento de convenios con entidades estadounidenses como la Fundación Ford, Unesco, Kansas State Teacher College,

Kansas State University y Adams College de Colorado (Acevedo Tarazona, 2012). La efervescencia de una juventud inquieta con ideales revolucionarios, vivenciados en Cuba y China, hacen que estos años sean de huelgas, paros, protestas y manifestaciones. El movimiento estudiantil se manifiesta en su máxima expresión con la marcha realizada a pie entre Bucaramanga y Bogotá en 1964, casi que de manera paralela a la aparición del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y a la ejecución de la Operación Marquetalia con el propósito de acabar con el naciente grupo guerrillero de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Como consecuencia de esta marcha, la Universidad Industrial de Santander trasciende las fronteras del nororiente colombiano para darse a conocer en el ámbito nacional y mostrar la problemática de una institución con necesidades como equipos, laboratorios, material bibliográfico y presupuesto para la construcción de edificios y el acceso de una mayor población juvenil a la educación superior, que era también el *leitmotiv* de todas las universidades colombianas.

No obstante, y a pesar de las situaciones complejas de paros y huelgas acontecidas en la Universidad Industrial de Santander durante las décadas de los años sesenta y setenta, la educación primaria y secundaria en el departamento de Santander empezaba a ser reconocida también en el ámbito nacional. Los colegios, masculinos y femeninos, competían por ofrecer una mejor oferta académica, lo que elevaba los índices de calidad de sus proyectos educativos. Para los años sesenta y setenta, el común denominador en la ciudad de Bucaramanga era la buena fama académica que cultivaban los colegios, así como el reconocimiento de sus maestros por su capacidad académica y la disciplina que forjaban en sus estudiantes. Centros educativos como el Colegio Franciscano del Virrey Solís (1941), Colegio Bilingüe Divino Niño (1945), Institución Educativa San José de La Salle (1958), Colegio La Salle (1962), Colegio Panamericano (1963), Aspaen Gimnasio Cantillana (1964), Liceo Patria (1967), Colegio Nuevo Cambridge (1968), Fundación Colegio UIS (1971), Colegio La Quinta del Puente (1977), Gimnasio Campestre San Sebastián (1994) y

Newport School (2014) tienen un lugar ganado en la historia de la educación en Bucaramanga. En sus aulas se forman diariamente jóvenes que luego se destacarán en la empresa privada o en la vida pública y cultural del departamento.

De igual manera, a partir de los años setenta del siglo XX se da una *explosión* de centros de enseñanza básica, media y superior (Acevedo Tarazona, 2006). Entre estas instituciones de educación superior se destacan el Instituto de Economía Social y Cooperativismo (Indesco) semilla de la Universidad Cooperativa de Colombia, el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), la Corporación Universidad de Investigación y Desarrollo (UDI), la Tecnológica Fitec, la Corporación Interamericana de Educación Superior-Corpocides y la Corporación Escuela Tecnológica del Oriente.

Bucaramanga, de ciudad de provincia a capital educativa de Colombia

Según registros del año 2015, el departamento de Santander, con algo más de 2'000.000 de habitantes, tenía una cobertura bruta en educación secundaria de 91,4 % y ocupaba el tercer lugar en cobertura en educación primaria. A su vez, tenía la segunda tasa de cobertura en educación superior del país, solo superada por Bogotá. No en vano, el área metropolitana de Bucaramanga contaba con 24 instituciones universitarias con una amplia oferta de programas técnicos, tecnológicos y profesionales para los jóvenes santandereanos (Martínez Garnica, 2017). En el primer semestre de 2018, se pudo establecer que, después de Bogotá, Santander fue la segunda región con más colegios en el top 100 por materias del *ranking* de Sapiens Research, superando a departamentos como Cundinamarca, Antioquia y Valle del Cauca¹⁷.

17 El departamento de Santander ubicó dos instituciones en el Top 20: La Quinta del Puente en el puesto 12 y el Colegio Nuevo Cambridge en el puesto 14. Juan Carlos Chío, "Colegios de Santander están entre los mejores del

Además del compromiso académico de la UIS con las sedes regionales en Barrancabermeja, Socorro, Málaga y Barbosa, actualmente Bucaramanga continúa su liderazgo en educación superior con la apertura de seccionales de reconocidas instituciones de educación superior como la Universidad de Cartagena, Universidad Francisco de Paula Santander, Universidad de Pamplona, Universidad Externado de Colombia, Universidad de La Sabana, Universidad del Norte, Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), Universidad CES, Universidad EAN, Corporación Universitaria Minuto de Dios (Uniminuto), Corporación Universitaria de Ciencia y Desarrollo (Uniciencia) y la Corporación Universitaria Remington.

De esta manera, el departamento de Santander, y particularmente, la ciudad de Bucaramanga, ha tenido un importante posicionamiento en el ámbito nacional en las pruebas Saber 11, Saber Pro y en las clasificaciones de los mejores colegios y universidades del país. Para el año 2020, el *ranking* de pruebas Saber 11 (Lorduy, 2021) muestra tres colegios del departamento de Santander: dos ubicados en Floridablanca en los puestos uno y dos, y un colegio del municipio de Barrancabermeja en el puesto cinco, lo cual indica una clara preponderancia educativa en el ámbito nacional, pues de los cinco primeros puestos, tres corresponden al departamento santandereano. De igual forma, en el año 2021 encabezan el ranquin los colegios La Quinta del Puente y Nuevo Cambridge, instituciones privadas ubicadas en el municipio de Floridablanca, mientras que, en el sitio de instituciones públicas, la Institución Educativa San José de La Salle figura en el octavo lugar (*Revista Semana*, s.f.). Se destaca que estas instituciones, al contrario de lo que se podría creer, se fortalecieron a partir de la

país”, *Vanguardia Liberal*, 3 de abril de 2018, <http://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/428985-colegios-de-santander-estan-entre-los-mejores-del-pais>.

implementación de la educación virtual durante un año lleno de incertidumbre como consecuencia de la pandemia ocasionada por la COVID-19.

No obstante, si bien los colegios privados han tomado un importante repunte en el ámbito nacional, inquieta y preocupa que las instituciones educativas de índole oficial o pública hayan quedado al margen de estas estadísticas. Instituciones de renombre como el Colegio de Santander, el Instituto Nacional de Enseñanza Media Custodio García Rovira, popularmente conocido como INEM, la Escuela Normal Superior, el Instituto Técnico Superior Dámaso Zapata y el Instituto Tecnológico Salesiano Eloy Valenzuela rara vez son mencionados en estos ránquines. Se podría afirmar que actualmente “el sistema educativo colombiano no disminuye la desigualdad y no prepara adecuadamente a los jóvenes ni para el empleo ni para el emprendimiento” (Nieto Loaiza, 2021). Las estadísticas de ingreso de niños y jóvenes a la educación primaria y secundaria contrastan con las cifras de deserción estudiantil, cuyas causas están relacionadas con problemas económicos, distancia entre el sitio de vivienda y el centro educativo y la necesidad de que los niños y jóvenes aporten económicamente a sus hogares.

Ahora bien, con la pandemia suscitada por la COVID-19, estas cifras amplían aún más la brecha. Los niños y jóvenes matriculados en colegios privados no han tenido problema en continuar sus estudios desde casa: el acceso a la Internet y la adquisición de dispositivos como celulares, tabletas y computadores portátiles, aunado a la disponibilidad de plataformas virtuales por parte de sus profesores, les han permitido terminar sus años lectivos 2020 y 2021, sin mayores tropiezos que el ingresar a las salas virtuales para encontrarse con sus actividades lectivas cotidianas. En cambio, la falta de cobertura de la Internet en barrios lejanos de las ciudades como Bucaramanga, Girón, Piedecuesta y Floridablanca —sin mencionar las dificultades propias de los pueblos y campos santandereanos—, las dificultades económicas de los padres de

familia para comprar dispositivos electrónicos a los niños y jóvenes, y la problemática suscitada con el Magisterio colombiano en cuanto a salarios atrasados hace que los profesores oficiales también suspendan las lecciones escolares. Por tanto, la educación oficial, al menos en primaria y secundaria, no es registrada en los ránquines de excelencia educativa.

Aunque estas clasificaciones suelen ser cuestionadas, no dejan de ser un reflejo del acontecer educativo. En los últimos años también ha sido notorio el ingreso de las universidades santandereanas a los ránquines en el ámbito nacional e incluso internacional. Para el año 2020, la Universidad Industrial de Santander aparece en el puesto setenta en el ámbito latinoamericano, listado en el que también figuran la Universidad de Santander y la Universidad Autónoma de Bucaramanga, entre las trescientas mejores instituciones de educación superior de Latinoamérica¹⁸. Los ránquines, si bien dan un acercamiento al acontecer educativo, no dejan de mostrarse sesgados y parcializados, lo cual ha llevado a múltiples interpretaciones acerca de su veracidad. No obstante, entidades como Sapiens Research, al elaborar su ranquin para el año 2020, posiciona a la Universidad Industrial de Santander en el puesto siete (*Revista Semana*, 2020).

Conclusiones

La ciudad de Bucaramanga ha sido testigo de la evolución del campo educativo tanto en la educación primaria y secundaria como en educación superior. Estos cambios han permitido que la población bumanguesa se haya vinculado a esferas laborales y académicas, y más recientemente se haya propiciado su posicionamiento como líderes en la cultura, la política, la economía y la industria regional

18 QS Top Universities, *QS Latin America University Rankings 2020*, <https://www.topuniversities.com/university-rankings/latin-american-university-rankings/2020>.

y nacional.

Si bien se ha logrado una mayor cobertura educativa en el departamento de Santander, son muchos los jóvenes que no cuentan aún con acceso a una educación primaria y secundaria de calidad, menos aún a una formación superior. A pesar de la cobertura de la educación superior, la cual ha llegado a las provincias y aun cuando existe un gran número de universidades privadas, la formación universitaria sigue siendo un privilegio para algunos jóvenes de estratos socioeconómicos medios y altos. Los jóvenes de estratos socioeconómicos 1 y 2 cada vez ven más lejos su ingreso, inclusive a la educación primaria y secundaria, pues las necesidades económicas superan el deseo de educación.

Si en el siglo XIX se propendió por una educación libre y universal, en este siglo XXI, con tecnologías y herramientas ofimáticas, se debería forzar a los gobiernos municipales y departamentales para establecer formas de ingreso a los niños y jóvenes a educación primaria, secundaria y universitaria de calidad, con matrículas asequibles, y que así la preparación académica deje de ser un anhelo inalcanzable o un proyecto realizable dependiendo de la orilla económica en la que se encuentre.

Referencias

- Acevedo Tarazona, Á. (2006). Las instituciones de la educación y de la cultura en Santander. En Vanguardia Liberal. (Ed.), *Nuestro Santander* (pp. 169-176). Periódicos Asociados-Vanguardia Liberal.
- Acevedo Tarazona, Á. (2003). *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia. El movimiento estudiantil en Santander: Audesa, 1953-1984* [Tesis doctoral, Universidad de Huelva].
- Acevedo Tarazona, Á. (2012). Modernización universitaria y protesta estudiantil en Colombia: el caso de la Universidad Industrial de Santander (1953-1977). *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 17(2), 371-399.
- Arenas, E. (2010). *El juego del Palo Negro*. Sic Editorial.
- Chío, J. C. (2018, 3 de abril). Colegios de Santander están entre los mejores del país. *Vanguardia Liberal*<http://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/428985-colegios-de-santander-estan-entre-los-mejores-del-pais>
- Decreto 1473/1952. (1952, 15 de octubre). Gobernación de Santander.
- Galán Gómez, M. (1947). *Geografía económica de Colombia. Tomo VI-II-Santander*. Contraloría General de la República.
- Gavassa Villamizar, E. (2017). *La salud en Bucaramanga*. La Bastilla Soluciones Integrales S.A.S.
- Gómez Ortiz, A. y Cote de Sierra, C. P. (1996). *Gestación y fundación de la Universidad Industrial de Santander*. Ediciones UIS.
- Hermano Florencio, R. (1963). *Historia del Instituto Superior Dámaso Zapata*. Imprenta del Departamento.
- Krabbe de Suárez, B. (1985). *Sistemas sociopolíticos*. USTA.
- Lorduy, J. (2021, 8 de marzo). Los mejores colegios según los últimos resultados de la prueba Saber 11 de 2020. *La República*. <https://www.larepublica.co/empresas/los-mejores-colegios-segun-las-pruebas-icfes-3135699>

- Martínez Garnica, A. (2017). La tradición educativa, factor del “milagro económico” del Área Metropolitana de Bucaramanga. *Revista de Santander*, (12), 11-13.
- Nieto Loaiza, R. (2021, 21 de noviembre). El desastre de la educación pública. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/opinion/columnistas/rafael-nieto-loaiza/el-desastre-de-la-educacion-publica-ea4525600>
- Ortega Moreno, H. (2017). *Memoria histórica del Colegio de Santander*. Litografía Claudia.
- QS Top Universities. (2019, 22 de septiembre). *QS Latin America University Rankings 2020*. <https://www.topuniversities.com/university-rankings/latin-american-university-rankings/2020>
- Revista Semana*. (s.f.). Los mejores colegios. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/especiales-editoriales/articulo/estos-son-los-mejores-colegios-de-colombia/202100/>
- Revista Semana*. (2020, 9 de noviembre). Ranking de las mejores universidades de Colombia en este 2020, según Sapiens Research. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/educacion/articulo/ranking-de-las-mejores-universidades-de-colombia-en-este-2020-segun-sapiens-research/202059/>
- Rueda Suárez, E. (2008). Julio Álvarez Cerón y la nueva Ingeniería Industrial en Colombia. *Revista de Santander*, (3), 34-43.
- Safford, F. (1989). *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Empresa Editorial Universidad Nacional-El Áncora Editores.
- Vanguardia Liberal*. (1940, 14 de junio). Escuela nocturna en el Colegio de Santander. *Vanguardia Liberal*. p. 1.

La ciudad y las prácticas deportivas: los espacios para el deporte en Bucaramanga durante la primera mitad del siglo XX

Víctor Manuel Peña Melo

vicmer182@gmail.com

Historiador y archivista de la

Universidad Industrial de Santander

Maestro en Historia (Estudios Históricos

Interdisciplinarios) de la Universidad de Guanajuato

¿Por qué es importante hablar de deporte cuando hablamos de la historia de la ciudad de Bucaramanga? En un momento de recapitulación como lo es la conmemoración que da lugar a esta publicación, es indispensable que no dejemos por fuera ninguno de los elementos que a lo largo de la historia han intervenido para transformar la ciudad en la que hoy habitamos. La exposición a continuación pretende demostrar que el deporte es y ha sido otro agente transformador.

En un editorial escrito sobre las cualidades de la bicicleta como objeto de deporte y de utilidad práctica en Bucaramanga, Ramón Castro Wilches (*El Ciclista*, 1899) definía la relación deporte-ciudad que perduraría durante los siguientes años en Bucaramanga: se trataba de una relación en la que se cuestiona la *urbs*, la *civitas*, y la *polis*¹⁹ de la ciudad, y a partir de ese cuestionamiento se intenta transformar el entorno urbano implementando los ideales asociados a las prácticas deportivas. La promoción de los deportes, señalaba Castro Wilches, era una necesidad fundamental para la

19 Entiéndase a la *urbs*, como la constitución física de este territorio y los tipos de utilización que le son asignados; la *civitas*, como las sociedades e instituciones que piensan, construyen y hacen uso de este espacio, y las *polis*, como el conjunto de determinaciones políticas, administrativas y judiciales que regulan el uso y determinan la construcción de este espacio (Capel, 1975, p. 287).

salud corporal y moral del individuo que se veía amenazada por las condiciones antihigiénicas de la ciudad y la ausencia de diversiones que estimularan el carácter caballeril del ciudadano.

Durante la primera mitad del siglo XX, el inconformismo o la preocupación por elementos como la higiene, la distinción, la moral o la monumentalidad conllevó la transformación de espacios de Bucaramanga para la promoción y la práctica de los deportes. Esta breve conferencia pretende hacer algunos comentarios sobre un proceso histórico que permite establecer un diálogo entre la ciudad del presente y la del pasado, porque introdujo nuevas maneras de entendernos, juzgarnos y formarnos que nos acompañan hasta el día de hoy.

El deporte como aspiración individual de una élite

Las primeras pistas sobre realización de prácticas deportivas son descritas como juegos o actividades anecdóticas que se empezaban a ver en los últimos años del siglo XIX, las cuales formaban parte de la apertura que experimentarían las ciudades de esta época hacia nuevos gustos, bienes y modas. En ese entonces eran vistas como algo nuevo y exótico; por el momento, intrascendentes para la vida pública. Eran un pasatiempo que se compaginaba con los juegos tradicionales que se desarrollaban al aire libre como la cometa, el trompo, las escondidas, entre algunos otros. Así lo describía el intelectual local David Martínez Collazos –nacido en el año 1891– cuando recordaba con nostalgia sus años de infancia en los que se jugaba a la gambeta (*El Deber*, 1931). Esos juegos con la pelota o los paseos en bicicleta serían fundamentales para despertar una afición por los deportes en una generación de hombres de una posición social acomodada como Vicente Díaz Romero, Emilio Garnica o el mismo Martínez, que en su adultez serían promotores del deporte durante la transición de un pasatiempo hacia una práctica moderna con implementos y escenarios propios.

En las últimas décadas del siglo XIX, es difícil en Bucaramanga encontrar indicios de que hubiera instrucción alguna acerca de las características y los valores de la práctica, y sobre cómo y en qué

tipo de espacios se podía desarrollar. La razón de esto se debe a que no era posible promocionar la práctica de algún deporte cuando Bucaramanga todavía no contaba con escenarios deportivos, debido a que finalizado el siglo XIX los espacios de esparcimiento eran en su gran mayoría tabernas y algunas grandes casas adaptadas como teatros, cines, casinos o clubes sociales. No fue sino hasta 1899 que el importante comerciante y político Ramón Castro Wilches incentivó el uso de la bicicleta en la ciudad como primer acercamiento reconocido de los bumanguenses a la cultura del *sport*. Esto tuvo que ver con las características del ciclismo ya que, a diferencia de otros deportes, no necesitaba de campos o coliseos para desarrollar la práctica de manera competitiva.

Con las competiciones de ciclismo teniendo su espacio, no demoraría en aparecer una institución que promoviera su práctica al punto de formalizarla, como lo fue *El círculo ciclista*. Fundado en 1899 y con la revista *El Ciclista* como medio de divulgación, la institución se caracterizó por organizar carreras y excursiones a través de las carreteras, a las cuales se les hacía el mantenimiento y la adaptación necesaria para que las bicicletas pudiesen andar con tranquilidad fuera de cualquier riesgo. Este club deportivo organizaba dos tipos de eventos: las excursiones cuyo propósito era incentivar el hábito de andar en cicla a través de un itinerario semanal de paseos hacia los alrededores de la ciudad, y las carreras, como la que tuvo lugar el 15 de agosto de 1899, que partió desde el barrio El Volante hacia el parque principal del municipio vecino de Floridablanca, a una distancia de diez kilómetros.

El hecho de que el ciclismo no se practicara en la ciudad no se debía exclusivamente a que entorpecía el tránsito de los peatones, sino también a los cuestionamientos que hacían sus practicantes sobre las condiciones de vida en la ciudad. Para quienes practicaban el ciclismo, la Bucaramanga de finales del siglo XIX era descrita como una ciudad antihigiénica por donde quiera que se le mirase, a tal punto que se veían forzados a hallar pasatiempos que compensaran tal condición. El ciclismo en las carreteras ofrecía un escape y sumaba los beneficios que le otorgaba al cuerpo la práctica, así como por el entorno en que se desarrollaba. De esa forma, el

individuo que le tomó gusto a la bicicleta quería respirar el aire libre en vez de estar en un restaurante lleno de humo o en una cantina, con lo que, se argumentaba, podía volver a su casa con provisión de salud porque había oxigenado su sangre obteniendo nuevas fuerzas, ideas claras y mayor capacidad para el trabajo. Dentro de esa argumentación, se separaba al ciclismo y los deportes de los juegos tradicionales por ser un ejercicio de fuerza proporcionado que demostraba el dominio del hombre por encima de sus instintos y al mismo tiempo le era funcional para la salud del practicante, en vista de que mantendría en forma los músculos del cuerpo para que estos no decayeran ante la actividad laboral diaria (*El Ciclista*, 1899).

¿Quiénes practicaban el ciclismo? Todo indica que era una práctica exclusiva de la elite local que, además, por medio de las discusiones, convertía la postura higiénica en un atributo distintivo. El cuidarse por medio del ejercicio, el divertirse sanamente, y la contienda honorable, eran ideas que existían con antelación a las primeras competencias ciclísticas. En las propias palabras de Castro Wilches (*El Ciclista*, 1899, 1-2) eran ya “fastidiosas repeticiones que se oyen y leen casi todos los días”, pero que poco se habían llevado a la práctica para la difusión del ciclismo. Esa era precisamente otra función que tenían los clubes deportivos como *El círculo ciclista*: crear un referente identitario a partir del cual se pudiera resaltar a un grupo de personas que demostraban su capacidad al adaptarse de manera rápida a las condiciones que imponían los tiempos modernos.

Si bien puede ser que la práctica del ciclismo no se detuviera, lo cierto es que el cierre de la revista y *El círculo ciclista*, con el estallido de la Guerra de los Mil Días, le dio una pausa al entusiasmo por promover el deporte en Bucaramanga, que junto a muchos anhelos modernos nunca se pudieron llevar a la práctica con plenitud debido a la inestabilidad económica y social de la ciudad o a la poca acogida que estas ideas podían tener. Sin embargo, una vez terminado el conflicto, una sociedad bumanguesa confundida y golpeada necesitaría recuperar su rumbo. Poco a poco, las secuelas de la guerra menguarían, la ciudad se convertiría en un importante

nodo comercial para el oriente del país y la frontera con Venezuela, lo que implicaría una dinamización de la estructura económica local que abrió la puerta a posibilidades serias de transformación. La ciudad comenzó el siglo dedicándose principalmente a dos actividades, el comercio y la producción-distribución del café, pues en la urbe vivían grandes comerciantes, así como hacendados cafeteros que, a partir del relativo éxito de sus negocios, fueron en búsqueda de una diversificación de la economía local (Rueda Gómez y Álvarez Fuentes, 1999). Esto implicó la creación de empresas, negocios, fábricas y talleres que, en la medida de sus circunstancias, causaban una sensación de progreso y la idea de que, pese a las adversidades, Bucaramanga tenía la posibilidad de convertirse en una ciudad moderna.

Fue esa sensación de progreso lo que desencadenó una búsqueda por símbolos y prácticas a partir de las cuales se redefiniría la imagen de Bucaramanga, lo que propulsó a que las élites de la ciudad estuviesen cada vez más convencidas de adoptar las formas, las costumbres, los gustos y los hábitos de las ciudades modernas del país y del exterior. Sin importar que la ciudad no cambiara al mismo ritmo que Bogotá o Medellín, ese auge de nuevas actividades y estilos de vida era un mecanismo auto persuasivo que aspiraba a sintonizarse con el avance de las ciudades modernas.

En su estudio de las prácticas deportivas en el país a principios del siglo XX, el historiador Gustavo Roa plantea una pregunta interesante para poner al descubierto la transición que atravesó el deporte en esos tiempos, es decir, su conversión de un gusto privado a ser una práctica pública que tenía el objetivo de resaltar la posición dominante de un sector social:

[...] ¿cómo logra este grupo social mostrarse ante toda la sociedad como grupo dominante, teniendo en cuenta que el 80 % de la población de la época es analfabeta? ¿cómo puede transmitir su pretensión nacional si se tiene en cuenta que la escuela aún es considerada un lugar de élite?, ¿cómo puede realizar esa labor por medios que no sean la servidumbre y la sujeción directa? [...], ¿cómo hacer notar a las clases bajas ese nuevo poder? La respuesta se encuentra en la dinámica del

cuerpo. El deporte funcionó como un vehículo comunicante de la distinción de los estilos de vida. Ante un pueblo incapaz de leer el lenguaje que los saberes modernos querían difundir a través de la literatura y los debates, el capital simbólico a través de la materialidad enviaba recurrentes recordatorios a las clases bajas de la diferencia entre unos y otros (Roa Urrego, 2018, p. 30).

El camino escogido por las élites bumanguesas para resolver esa cuestión pareció ser la construcción de lugares para la práctica del deporte. El 22 de febrero de 1912 se crea en la ciudad de Bucaramanga el *Tennis Club*, en una gran casa ubicada en la calle segunda al extremo nororiental de la ciudad, y que tenía por miembros fundadores a Antonio Ordóñez Mutis, Luis Blanco, Rafael Blanco, Gilberto Cortissoz, Miguel Valenzuela, Alfonso Gómez y Roberto Díaz. Lo que se sabe de este grupo de personas es que fueron parte de los comerciantes que se beneficiaban del comercio del despegue del comercio regional. Con el dinero que les dejó esta actividad, este grupo de individuos empezaría a invertir su capital en diversificar la economía de la ciudad –Mutis y los hermanos Blanco en el sector financiero y Miguel Valenzuela en el sector de la construcción, por poner algunos ejemplos– y a buscar mecanismos para presentarse a ellos mismos y a sus familias ante la sociedad desde la posición dominante que habían logrado a partir de su éxito en los negocios.

El edificio era presentado como un club social al cual le era incorporada la práctica deportiva como actividad integradora de la elite de la ciudad, a partir del lote y el patio con los que contaba la vivienda que serían usados como escenarios para el fútbol y el tenis respectivamente. El sitio estaba pensado para que fuese parte del itinerario urbano de las personas socialmente mejor acomodadas, pues su ubicación era colindante de los barrios Centenario, Pueblo Nuevo, Sagrada Familia y Cabecera, donde residían estas familias que tenían la aspiración de pasar sus ratos libres en escenarios alejados de la corrupción moral y de la insalubridad, como lo era el llano de esta propiedad en el cual se podía practicar deporte tranquilamente. Esta primera experiencia posee ciertas similitudes

con lo ocurrido en la ciudad de Córdoba, Argentina, estudiada por el historiador Franco Reyna. Estas primeras experiencias de encuentros deportivos eran más que todo eventos sociales, puesto que no existían aún las condiciones para que se pudiera explotar a cabalidad la faceta competitiva del deporte, ya que no había equipos en las ciudades y los encuentros se arreglaban de manera espontánea momentos antes de desarrollarse. Los primeros partidos eran tan solo eventos sociales celebrados entre amigos, a los que podían sumarse otras personas de su mismo nivel social (Reyna, 2017).

El deporte como política pública: la educación física y el cuestionamiento al entorno urbano

Antes de que el deporte competitivo apareciera en la ciudad, surgió otro frente por medio del cual serían promocionados los valores positivos de las prácticas deportivas en la vida urbana: la educación física. El valor higiénico del deporte no solo se divulgaría a través de canales privados, sino que también encontró difusión en el sector público con la promoción de la educación física, que abriría un cuestionamiento sobre los espacios usados para la enseñanza y qué tan contaminados estaban en las antihigiénicas urbes. El convertir a Bucaramanga en una ciudad moderna también implicaba imponer los ideales burgueses en los estilos de vida de la población. Uno de ellos fue la higiene, que en un primer momento fue una aspiración individual de los grupos sociales acomodados y que se convirtió en un debate en la opinión pública. Esta encontró como clave para el progreso de la sociedad el mejoramiento de las condiciones de vida de los ciudadanos a partir de políticas públicas que siguieran el principio de que una población sana sería entonces una población más productiva. Era otra forma de romper con la imagen desgastada de la urbe del XIX, sucia, de ciudadanos sedentarios y de epidemias frecuentes, para dar un paso a una ciudad renovada física y políticamente para cuidar del bienestar de sus habitantes, en donde la higiene ideologizada por la eugenesia era convertida en salud pública (Mejía, 2013).

Tampoco se puede obviar que en los años posteriores a la Guerra de los Mil Días se generó la necesidad de redefinir el régimen político. Eran momentos en los que se vio necesario redelinear la relación entre la burguesía y sus gobernados, por lo que se permitió a una mayor cantidad de gente acceder a beneficios a partir de un ideal común, que era el mejoramiento de la raza nacional, supuestamente decaído por actividades inmorales y sucias. Por estas razones fue que la promoción de la educación física fue vista como una política pública que favorecía el progreso de la población al estimular la inteligencia y el forjamiento del carácter del ciudadano. Es así como se privilegió la búsqueda de una educación integral que aparte de abarcar la moralidad e intelectualidad del sujeto, también formara los cuerpos de los individuos.

Esto se entrelazaba con la valoración que tenían las prácticas deportivas a principios del siglo XX al tener un alto potencial moralizador, higienizador y civilizador:

Los saberes médicos y pedagógicos adjudicaron estas cualidades a las prácticas físicas otorgándoles una alta valoración como un procedimiento que, desde la escuela y la familia, debería producir una población vigorosa y formada intelectual y moralmente para realizar las tareas que la modernización del país imponía (Ruiz, 2010, p. 104).

Se trataba, entonces, de controlar y dirigir el comportamiento de la población a través de tecnologías que utilizaban el cuerpo como un instrumento eficaz en la transformación de las formas de vida. La educación física gozaba de gran valoración dentro del campo político por favorecer el progreso de los pueblos y desarrollar la inteligencia y el carácter, como lo refleja la creación de la Ley 80 de 1925, por medio de la cual se promocionaba la educación física y la atención que el Ministerio de Instrucción Pública le daría en sus medios escritos a las reformas que se deberían realizar al sistema educativo.

Una de las vías para llevar esto a la práctica fue comenzar con los más pequeños. La argumentación apuntaba a que se debía comenzar desde la niñez porque era necesario corregir defectos

y vicios antiguos, cuya raigambre muy extendida hacía esta tarea casi imposible si no se comenzaba por prestar toda la atención que merecía el niño al empezar a dar los primeros pasos fuera del hogar. Había que hacer que los niños amaran el aire, el sol, la luz y el vigor físico, puesto que una constitución raquítica y un cuerpo enfermizo no sería apto para las demandas del mundo moderno. En ese sentido, se debía iniciar por una reforma en las escuelas primarias que no solo iría en un sentido pedagógico, sino que influiría en las formas en las cuales se construirían sus instalaciones para atender la incorporación de la educación física (Cornejo, 1921).

En Bucaramanga, la década del veinte fue especialmente sensible para la recepción que tuvo la educación física en las revistas de instrucción pedagógica editadas por la Secretaria de Educación Departamental, que sugerían la fundación de escuelas *rus in urbe*, propuestas por pedagogos norteamericanos como Fletcher E. Dresslar (1925), con la intención de que quedaran lejos de los ambientes contaminados de la ciudad y cerca a los bosques, jardines y espacios aptos para el desarrollo de la educación física y las excursiones que tan importantes serían dentro de la pedagogía moderna. De acuerdo con el diagnóstico moderno, las escuelas con las que contaba la ciudad adolecían de las características que exigían la preparación del niño para el mundo moderno, pues al ser casonas ubicadas en el centro de la ciudad estaban ciertamente cerca a algunos focos de corrupción y peligro. Además de la ubicación, resultaba inadmisibles la amplitud con la que contaba la mayoría de las instituciones, y se trataba de una lucha por convencer a la ciudadanía de que la molestia que se les imponía a los niños cuando tenían que caminar una distancia mayor para ir a la escuela era menos seria que la de estar encerrados en escuelas situadas en solares pequeños, rodeadas de otros edificios, entre el polvo, el aire viciado, las ruidosas fábricas, las calles muy concurridas y las apresuradas multitudes.

Por supuesto que la actividad física y los paseos al aire libre ya eran actividades realizadas por los infantes desde épocas anteriores, pero la novedad que planteaba la educación física tenía que ver con el hecho de hacer que estas actividades fuesen orgánicas

y proporcionadas. En el caso de las excursiones, debían ser programadas de acuerdo con el desarrollo del niño y su estado de salud, y debían ser armónicas con el fin de contribuir a desarrollar los órganos y las fuerzas de cuerpo de tal manera que los prepara y no los desgata ante el advenimiento de enfermedades. Al mismo tiempo, se consideraban como fundamentales para disciplinar la juventud en la medida que eran un medio para ocupar las horas libres en distracciones deleitables a la vez que puras, a través de las cuales el niño adquiriría el hábito de disponer de su tiempo tanto para el trabajo como para el descanso bien aprovechado (Secretaría de Instrucción Pública, 1925).

De todos modos, la solución de escuelas alejadas del casco urbano de la ciudad no fue llamativa, ya que las instituciones educativas de la ciudad solo cambiarían sus sedes en la década del cuarenta conforme la ciudad se iba urbanizando. En opinión del padre rector del Colegio San Pedro Claver, Luis Londoño, era simplemente inviable por seguridad de los niños que las escuelas se mudaran a esos lotes inhóspitos y alejados de las residencias de los padres de familia.

Aunque las escuelas se demorarían en transformarse, muchas de estas se las arreglaron para que sus estudiantes pudieran recibir las clases de educación física en escenarios apropiados: el Parque de los Niños para los entrenamientos y el coliseo Garnica para la celebración de torneos Intercolegiados. A diferencia de las escuelas, que quedaron atrapadas en el denso centro de la ciudad, el Parque era un escenario al aire libre con árboles y cerca de los rincones más limpios y naturales que aún conservaba la ciudad. No sería hasta la consumación de las obras realizadas en 1924 con la construcción de una cancha multiuso que este espacio sirvió de escenario para la instrucción física de los niños, que en su mayor parte constaba de revistas gimnásticas y el desarrollo de encuentros de baloncesto (Secretaría de Instrucción Pública, 1926).

Lo cierto es que, con todas estas limitantes, las revistas gimnásticas, los encuentros y los desfiles escolares fueron parte fundamental de los eventos patrióticos en la ciudad, pues los hábitos, habilidades y destrezas de las nuevas generaciones de bumangueses, al menos de aquellos niños de los estratos sociales medios y altos que podían acceder a las escuelas, se mostraban como importantes avances en esta búsqueda de un mejoramiento racial.

Pero este escenario no podía continuar así para siempre; uno de los grandes debates de la opinión pública de comienzos de la década del cuarenta era la frágil estructura educativa con la que la ciudad y la región contaban. Desde las columnas de los diarios se decía que era incongruente pensar que se podía aspirar a ser una ciudad de primer orden con una educación tan deficiente en términos de calidad, pero especialmente de cantidad de estudiantes, porque la oferta de instituciones educativas –alrededor de 10– se había quedado corta ante la duplicación del número de habitantes de Bucaramanga durante la década del treinta, y en especial el aumento de la población estudiantil, que había pasado de ser de unos cientos en épocas anteriores a 5.493, según el censo de 1938 (DANE, 1938).

A partir de estas discusiones, se comenzaron a construir escuelas amplias, con jardines, bosques y grandes canchas que los entusiastas de la pedagogía física habían exigido con tanta vehemencia durante años. En 1942 Escuela Normal de Señoritas abriría su sede en la carrera 17, al frente del Parque de los Niños, y la Escuela Industrial de Santander, que había remplazado a la ya extinta Escuela de Artes y Oficios, inauguraría su sede al lado del Barrio San Alonso en el Norte de la ciudad. Estos tiempos coincidieron con la renovación de las instalaciones de las escuelas a cargo de órdenes religiosas como el Colegio San Pedro Claver, el Colegio de la Presentación o el Colegio Franciscano, que pudieron construir edificios amplios y con espacios propios para las prácticas deportivas para que cada una de estas instituciones pudiera desarrollar de manera autónoma la anhelada educación integral del individuo (Acosta Lozano, 2018).

Los campos deportivos: la ciudad, practicantes y espectadores (1927-1941)

La aparición de campos deportivos en la ciudad de Bucaramanga coincidió con la expansión de la ciudad a sus alrededores en un cambio que no era simplemente de extensión, sino de concepción de lo que se entendía por ciudad como una entidad que creaba estilos de vida que se diferenciaban de experiencias urbanas previas, a lo que refieren varios artículos y notas en la prensa que por ejemplo planteaban que había llegado el momento para que Bucaramanga pudiera “despojarse de esos ropajes de aldea” (*El Deber*, 1943, p. 3). La relativa prosperidad que habían alcanzado las actividades económicas locales como el comercio y la producción cafetera no solo le dejaban cada vez más rentas al municipio, sino que también abrían paso a una diversificación de la economía.

En las primeras décadas del siglo XX, se empieza a dar una paulatina desaparición de las zonas de producción agrícola alrededor del casco urbano de Bucaramanga. Hay varias ideas que explican estos cambios en la geografía económica. La más común apunta a que tanto la guerra como la caída de los precios del café condicionó el decantamiento del comercio por encima de la agricultura como actividad económica principal de la ciudad, lo cual se puede percibir en los censos de 1912 y 1918, en donde se evidencia cómo el comercio y los denominados “artes y oficios liberales” toman ventaja con respecto al sector primario y secundario de la economía (DANE, 1918). Las nuevas ideas de cómo poblar y organizar espacialmente la ciudad al fin sentían saldada su demanda por más “suelo urbano”, brindado por las zonas norte y oriente que ahora relevarían a un cada vez más estrecho centro que asfixiaba la vida residencial.

Probablemente el intervenir la ciudad se convirtió en parte central de las agendas de gobierno para responder a las demandas sociales y a las necesidades del modelo económico imperante. El cómo se planeaban estas ciudades debía obedecer a las nuevas tendencias de los estados por implementar políticas públicas para las masas. Se trataba de incluir a estas personas en los beneficios

del sistema, por lo que la construcción de escenarios deportivos parecía la fórmula más fácil para democratizar el acceso al bienestar ciudadano, que, en la lectura estatal, se lograba por medio de la disposición de medios para el sano entrenamiento como el que se encontraba en el deporte. La función de estos espacios se ligó a un discurso moralizante de las conductas urbanas en el tiempo libre; también eran vistos como pequeños escapes al caos urbano, donde el individuo se reencontraba con la naturaleza.

Es bajo estas condiciones que en Bucaramanga surge la necesidad de construir una infraestructura pública para el deporte, como también lo exigían las políticas del gobierno nacional y su Ley de Educación Física de 1925. En 1927 la ciudad se convierte en la sede de la Comisión Departamental de Educación Física, que dentro de sus tareas encontraba la compra de un terreno para el establecimiento de un estadio de fútbol en la ciudad, cuando las circunstancias del Tesoro Departamental así lo permitieran. Sin lugar a dudas, el objetivo de construir un estadio era una meta demasiado ambiciosa, por lo que prontamente el gobierno departamental barajó la posibilidad de construir tan solo un campo para la práctica de fútbol y otros deportes, al cual se le denominaría Plaza de Deportes Departamental. El proyecto se hizo oficial en abril de 1929 en el lote *El Regadero* ubicado al oriente del llano de Don Andrés que estaba pensado para ser el aeródromo de la ciudad. El terreno era de 340 metros de largo por 150 ancho para la Plaza de Deportes departamental que se convirtió rápidamente en una de las canchas de fútbol más usadas para los torneos locales al ser de dominio público (Asamblea Departamental de Santander, 1929). Pero previos a la cancha que se conoció popularmente como “San Alonso”, existieron otros campos para la práctica del deporte que surgían de la mano de los barrios que se iban construyendo. Sin embargo, el uso de estos escenarios era irregular y su falta de mantenimiento y administración era una de las condiciones que demandaba la construcción de una administrada por el gobierno local.

Sobre las nuevas construcciones de barrios en los sectores hacia donde crecía la ciudad, predominaba la idea de que la vivienda debía ser construida no solo con ciertas indicaciones especiales, sino

también con un sistema de equipamientos urbanos a su alrededor, que le garantizaran al residente aspectos como la salud y el confort. Es por esto que los proyectos de construcción de vivienda que fueron extendiendo físicamente la ciudad tuvieron en cuenta estos aspectos. El cómo se habitaba en la ciudad dependía entonces de la forma en que se daban las condiciones espaciales para hacerlo, por eso se insistía en limitar la construcción de número de viviendas por hectárea, también en la creación de espacios abiertos como jardines, canchas, parques, y la más que necesaria implementación de servicios públicos (Sevilla, 2011). Para este propósito, en los nuevos barrios de la ciudad de Bucaramanga se construirían campos para la práctica de deportes como parte de las obras iniciales, aprovechando que en un momento inicial esos terrenos no tendrían un gran valor y la obra no sería tan compleja.

El primero de estos casos fue el del Barrio Girardot fundado en 1921 y que atendía al problema de vivienda de las clases bajas. Con una cancha de fútbol en su centro para que en ella se diera una socialización alrededor de una diversión sana como las prácticas deportivas, el barrio prometía brindar viviendas higiénicas para que la población obrera de la ciudad pudiese vivir en condiciones dignas con calles amplias y viviendas aireadas. Pero aquel proyecto financiado por la alcaldía municipal solo quedó en eso, en unas calles trazadas y viviendas con interiores a medio construir, las cuales, junto a un terreno con dos arcos, serían testigo del deterioro al que se vería sumido este sector. La falta de alcantarillado hizo que perviviera la costumbre local de arrojar las aguas sucias y los residuos de cocina a las calles y a la cancha (*El Deber*, 1933a).

Con el tiempo el barrio adquirió la fama de insalubre e inseguro ante el estado de completo abandono en el cual estaba sumido por parte de las autoridades. En una publicación de los residentes del barrio en el diario *El Deber*, en la cual le hacían reclamos al alcalde Luis Alfredo Pineda, se señalaba que el problema central era que no existía el servicio de aseo en el barrio y la policía no se dejaba ver en este sitio. Las calles, amplias y rectas, estaban intransitables debido a los muchos hoyos que se habían formado y que no habían sido

arreglados. El campo de fútbol, que parecía más una simple plaza, ahora era una amenaza para la salubridad de los 1.600 habitantes del barrio al encontrarse en una de sus esquinas un enorme botadero de basura, una situación que parecía difícil de cambiar “a causa de la pobreza de la generalidad de los moradores, muchos de ellos obreros que les era imposible pagar siquiera el servicio del agua y más inalcanzable era aspirar a hacerle mejoras a sus propias viviendas” (*El Deber*, 1936, p. 7).

En 1936 la cancha de fútbol dejó de existir para convertirse en una plazuela común en la cual se instaló una fuente de agua y que sería durante los años venideros el centro social del barrio. Nunca fue una sede frecuente de los partidos entre equipos oficiales de la ciudad. La cancha solo era utilizada para partidos de exhibición entre equipos locales que se enfrentaban a conjuntos de otras ciudades, y en el afán de mostrar un gran aforo por este gusto moderno, se usaba la cancha para asegurar una alta concurrencia de aficionados, pues los otros escenarios para la práctica del balompié se encontraban bastante retirados, lo que dificultaba el acceso a un considerable número de aficionados.

Valdría la pena preguntarse si este espacio para la práctica deportiva influyó en el estilo de vida del barrio, llegando a interferir fuertemente en la cotidianidad. Todo parece indicar que tal impacto fue leve, pues si bien estimuló el desarrollo de partidas improvisadas de fútbol o juego de pelota en los habitantes del barrio, no pareció ser una rutina característica de quienes vivían ahí. Según comenta una crónica urbana de 1938, el barrio tenía aún todas las características de la vida del pueblo, y la vida de la ciudad no se había contagiado salvo por el oficio de los habitantes, quienes trabajaban en las fábricas de alimentos, bebidas, tabacos, cueros, cauchos, metales preciosos y minerales no-metálicos “que les consumían la vida” o en talleres y en las construcciones “en los que los hombres se hacen viejos”. Además, se relataba que “en Girardot no había cantinas, ni mesas y ni mucho menos juegos modernos, tan solo hombres se paran en la tienda de la esquina, mientras las mujeres sacan taburetes a la puerta para conversar” (*El Deber*, 1938, p. 4).

Algo similar ocurrió con el barrio La Mutualidad. Tal barrio era un proyecto introducido por el comerciante Víctor Manuel Ogliastri, quien vio en la construcción de vivienda para las clases populares un negocio a partir del cual se podía lucrar. Después de comprar la totalidad de terrenos del Llano de Don Andrés, intentó crear una oferta para que los obreros bumangueses pudieran acceder a una vivienda de bajo costo a partir de la creación de sociedades mutuales, fundadas bajo los principios de solidaridad y ayuda mutua para la construcción de viviendas. El ambicioso proyecto que fue presentado al público en 1919 no duraría ni cinco años antes de entrar en quiebra por falta de socios en 1924. Durante esos años se alcanzaron a ejecutar algunas ideas de urbanismo moderno que recordaban la importancia de los espacios higiénicos para la recreación. No solo se proyectó un parque central “sino dos avenidas diagonales que serían grandes bulevares con zonas verdes a los costados y un separador arborizado que dividía la doble calzada” (Sevilla, 2011, p. 65).

El parque central del nuevo barrio se vio estancado y ese terreno junto a las viviendas que no se habían construido perderían valor. Esta fue la ocasión perfecta para construir otro campo de las prácticas deportivas que suplantaría momentáneamente al proyecto del parque. Aquel campo con una cancha de fútbol y una pista de atletismo tuvo por nombre “Llano de La Mutualidad” y fue donado en 1927 por el nuevo propietario Eduardo Martínez Mutis en un afán filantrópico de contribuir a la construcción de campos deportivos que tanto se hacían esperar en la ciudad (Secretaría de Instrucción Pública, 1927).

Lo interesante de esta cancha es que su uso tenía muy poco que ver con las personas que habitaban las viviendas que la rodeaban. El Llano de La Mutualidad era sede de importantes eventos deportivos de carácter local a los que asistían las familias más poderosas y ricas de la ciudad. Quienes practicaban fútbol ahí eran profesionales, empleados y comerciantes que una vez terminada la jornada laboral a las cinco de la tarde se desplazaban en taxi hacia allá y se devolvían a sus lujosas residencias de la parte central y oriental de Bucaramanga (Díaz, 2020).

Durante sus primeros años el barrio La Mutualidad se caracterizó por ser el hogar de los más humildes de la ciudad. En palabras de un cronista de la ciudad, la vida en estos barrios era el fiel reflejo del acercamiento del campo a la ciudad, un rincón que se negaba a ser complicado y cosmopolita. En un primer momento, quienes poblaron estos barrios eran campesinos que compraban terrenos del fallido proyecto de La Mutualidad a un muy bajo precio sobre los cuales montaban un pequeño rancho y alrededor de este sembrarían sus plantaciones de tabaco, plátanos, fríjoles y café, entre otros cultivos. A medida que se poblaba el barrio se empezaría a diversificar la actividad económica de las personas que residían en él, con lo que se abrirían los primeros talleres, panaderías y fabriquines de tabaco y demás negocios de baja inversión, pero que les permitían a las personas obtener su sustento diario. De todas maneras, esto no implicó una mejora sustancial a las condiciones de vida de la comunidad. En el barrio había montones de tierra que sobraban de las construcciones, que entorpecían el paso y deterioraban las cañerías de las casas, y el servicio de luz era esquivo en algunos sectores y estaba por fuera del servicio de vigilancia de la policía (*El Deber*, 1931).

En otras situaciones, la construcción de campos para la práctica del deporte no era un subproducto de la urbanización, sino que era la iniciativa particular de personas interesadas en la exhibición o práctica de los deportes. Así fue como en la década del veinte apareció una cancha de fútbol construida por Víctor Alarcón, quien era dueño de la Fábrica de cigarrillos “La Virginia”, ubicada en un lote que también era propiedad suya y se encontraba al frente de la empresa, concretamente al lado de la Quebrada Seca (*El Deber*, 1933). Sobre las razones que lo llevaron a hacer tal obra se podría decir que fue parte de las diversas estrategias publicitarias por las que la familia Alarcón era reconocida, las cuales tenían el propósito de incentivar el consumo y la venta de su marca de cigarrillos, como sorteos o intercambio de cajas vacías por regalos para los niños en navidad. Puede ser que la construcción del campo que llevaba el nombre de la empresa obedecía a ese propósito de divulgar su marca. Al mismo tiempo pudo haber respondido a un

interés identificado, en otros casos estudiados, sobre la promoción del deporte por parte de empresarios en México y Europa, en donde ciertos industriales o comerciantes realizaban este apoyo “para desarrollar una mejor relación con sus obreros y empleados, para formarse un prestigio como hombres acaudalados y hasta para generar simpatía entre la población”²⁰.

La forma en la que surgen estos campos refleja las contradicciones entre los ideales con los que se quería construir ciudad y las precarias condiciones de poblamiento urbano que acompañaron a la ciudad de Bucaramanga durante estos años. Son condiciones descritas por Paul Bairoch a la hora de hablar sobre el crecimiento de las ciudades en América Latina como un fenómeno que puede ser problemático cuando no está justificado del todo por el entorno económico (1990). Era una situación que se advertía desde la época, como se evidencia en el diagnóstico realizado por el ingeniero civil Nicanor Pinzón sobre los problemas urbanos que caracterizaban a Bucaramanga en 1939, quien al ver las condiciones de la ciudad se preguntaba si el crecimiento de las ciudades era un sinónimo de progreso o un acontecimiento desagradable.

Los campos deportivos: practicantes y promotores del deporte

Aunque las personas interesadas en participar dentro de estas asociaciones deportivas debían tener un ingreso importante para afiliarse y costear los implementos para participar en las jornadas de entrenamiento y los encuentros deportivos, lo cierto es que los indicios no muestran que fueran los grandes empresarios y comerciantes quienes conformaban estos clubes, sino las personas

20 Esta afirmación se realiza a partir de los casos estudiados por Michel Desbordes sobre los clubes deportivos y las empresas, y por Fernando Huerta al respecto de los obreros y su acercamiento a las prácticas deportivas (Macías, 2018, p. 390).

con empleos intermedios. Al cruzar la información de los directorios profesionales y los listados de miembros de clubes deportivos como El Cid, El Gran Colombia, El KDT y El Virginia, los datos obtenidos hasta el momento revelan que quienes integraban estas asociaciones eran ciudadanos que trabajaban de abogados, empleados públicos, vendedores de almacenes, ingenieros, arquitectos, médicos e incluso políticos de menor rango²¹.

Todo parece indicar que quienes les dieron uso a los campos deportivos que aparecían en la ciudad eran en su mayoría personas que venían de una clase social emergente. Como se ha mencionado con anterioridad el cambio en la estructura económica y aumento demográfico implicó una reconfiguración de la población bumanguesa. Entre 1918 y 1938 la población se había duplicado y según los datos de los censos socioeconómicos esto implicó un incremento en el número de obreros que para 1938 era de 8.420, pero también se tradujo en una importante expansión de trabajadores del sector de los servicios: empleados, maestros, abogados, médicos, comerciantes, así como empleados de distintas compañías que, según las estimaciones, eran alrededor de 6.200, lo que representaba casi una cuarta parte de la población laboralmente activa de la ciudad (DANE, 1938). Son estos sectores sociales emergentes los que recurren a estrategias narrativas para distinguirse de otros sectores sociales a partir de convenciones que definen los principios de consumo de bienes y servicios que marcan un determinado estilo de vida.

La prensa de la época jugó un papel importante para la delimitación de esta población, entendiendo que la circulación de ideas por medio escrito era fundamental para que personas con ciertas características se pudiesen identificar dentro de este

21 Esta información fue obtenida de una revisión del diario *El Deber*, entre los años 1930 a 1940, en los que se buscó recopilar datos de los directorios profesionales que se publicaban y las noticias de los clubes deportivos locales en los que se nombraba a los participantes.

grupo. En 1935 el periodista Luis Terra publicó una columna en la que pareciera estar estableciendo características definitorias de la clase media esforzada y trabajadora que quería abrazar las conquistas modernas que le correspondían como el empleo bien remunerado, salud y entretenimiento. Entre los rasgos se enumera el estar casado y haber formado una familia, tener vivienda, pero sobre todo el haber tenido una educación excelente y referencias intachables que le hicieran merecedor de un trabajo apropiado a sus capacidades. Eran personas que no aceptarían un empleo menor de acuerdo con la posición social que ocupaban tal y como lo comenta una entrevista realizada a un oficinista desempleado que vergonzosamente confesaba al periodista que era el respeto de un código social lo que aún lo mantenía en este grupo:

Esta vida social me impide salir a la calle a vender café o canastos. Mis amigos me criticarían y se reirían diciendo que soy un fracasado. Yo he ocupado puesto en el gobierno de alguna significación. Los familiares de mi esposa no verán con gusto que abandono los zapatos y el flux de paño. ¡Las apariencias! ¿Quién inventaría esto de las apariencias? Salir yo en ocasiones a la calle a contarles a mis amigos que yo estoy bien, que en mi casa están bien cuando no han almorzado a las cuatro de la tarde. Esto es desgraciado (*El Deber*, 1935, p. 3).

El texto deja entrever que la clasificación no estaba estrechamente ligada a los ingresos, sino a la proyección de ciertos códigos sociales que le daban forma a una clase social. Otra de sus principales características era la posición conciliadora y paciente que tenían frente al poder, pues no celebraban un mitin ni destruían un edificio, sino que sufrían con resignación sus amarguras, mientras esperaban en silencio la realización de sus anhelos.

Con esto no se quiere afirmar la existencia de una clase media en la ciudad, pues era un término que solo se usaba por parte de la prensa en muy pocas ocasiones. Lo que se intenta decir es que sí hay evidencias para pensar en la existencia de un sector social que durante estos años de transformación emerge social y económicamente. Pese a no asignarse un título, sí se puede identificar un conjunto de

objetivos comunes que perseguían y los diferenciaban de procesos “enclasantes” del pasado. No se entendían como oligarcas que se encerraban en sus lujosos clubes sociales, sino como un grupo que hacía pública su condición emergente para mostrar que la brecha de oportunidades se podía expandir y quienes estaban debajo de ellos debían tomarlos como ejemplo a seguir. Esa era la razón para mantener esos códigos sociales de grupo en ascenso y para exhibir públicamente sus códigos de conducta y rituales sociales ante los más desfavorecidos, para mostrar las recompensas de la escalera del mérito que ellos ya habían subido e incentivar la idea de que se podía hacer lo mismo, a diferencia de experiencias previas en las que un grupo hegemónico quería disciplinar a sus subordinados de manera estricta.

A la luz de esto, el surgimiento de una clase social emergente se armonizó con un interés local por impulsar el deporte como una causa común para el progreso moral e higiénico de la ciudad. En 1927 se realizaba la primera olimpiada local que tenía como propósito inaugurar a la *Unión Deportiva*; se trataba de la primera organización promotora de competencias deportivas de carácter público en la ciudad. Uno de sus fundadores, el abogado Martín Carvajal, explicaba que esta institución respondía a la necesidad de impulsar la cultura física y el interés por los deportes para la divulgación de los atributos y hábitos que inculcaba esta campaña de renovación en la cual se hallaban empeñados todos los países modernos (*Revista de instrucción Escuela Primaria*, 1927).

En el caso de Bucaramanga, quien se adjudicaba esta loable empresa era aquella clase que emergía por medio del esfuerzo privado que subsanaba las carencias del gobierno municipal. En el marco de las primeras olimpiadas locales de la ciudad, estas personas se presentaban como los artífices de la configuración del deporte competitivo en la ciudad a partir de las colaboraciones brindadas en diferentes instancias que por supuesto no dudaron en hacerlas públicas. Hugo Ruperthus, el gerente del Banco Alemán, concedió un crédito de 300 pesos; Eduardo Martínez Mutis colaboró con el terreno para la construcción de la cancha de La Mutualidad, donde tendría sede el evento; el director de la cárcel

José Grateron contribuyó con la mano de obra de su reos para la adaptación del terreno; los estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios confeccionaron los arcos y demás aparatos que se utilizarían en las competencias, y empresarios como Hipólito Pinto y Víctor Alarcón donaron los costosos premios a entregar durante las justas (Secretaría Instrucción Pública, 1927). Este sector social era el que se comprometía a incorporar el deporte dentro del estilo de vida de sus familias como parte de los rituales sociales que definían a una clase emergente.

Además de promover este evento que inauguraría el deporte competitivo en la ciudad²², fue este conjunto de personas el que le daría difusión y participaría en el establecimiento de clubes y el desarrollo de los torneos. Los valores que se destacaban en la prensa de los practicantes de fútbol eran analogías sobre cómo se debía encarar la vida moderna en la ciudad, y eran escritas por los miembros de estos clubes. Según la información obtenida del funcionamiento de estos clubes, en su mayoría los futbolistas que competían eran los miembros más jóvenes de las familias que se inscribían en los clubes deportivos –los miembros restantes del núcleo familiar se inscribían para recibir entrenamientos físicos o tan solo para asistir a los encuentros– que rápidamente debieron tomar conciencia de su rol como ídolos populares y modelos a seguir al ser parte de una juventud que cambiaría el destino de la ciudad. En consecuencia, los deportistas estaban en la obligación de manejarse de una manera ejemplar por lo menos en el campo de juego.

Las actitudes que se resaltaban de los futbolistas se emparentaban con las del sector social emergente que se identificaba como una clase pujante. En primer lugar, nunca se destacaban figuras individuales, sino funcionamientos colectivos, los cuales eran la clave fundamental para el éxito. Por otra parte, también se encontraba la impresión que causaban las aptitudes físicas y mentales, pues aquellos muchachos,

22 Es decir, competiciones reguladas y administradas por entidades públicas.

jadeantes y sudorosos, daban una esperanza a la ciudad, la industria y el comercio, porque en favor de ellos podrían emplear esa fuerza, agilidad y destreza educada. Finalmente estaba la altura moral de los atletas, pues los jugadores debían caracterizarse por el respeto a la autoridad y al conocimiento de las reglas de su oficio, practicado con lealtad y limpieza, evitando el juego brusco y siempre buscando la salida más meritoria hacia la victoria. Quien no conocía esos códigos no podía ni debía ser admitido en una cancha, porque en cualquier momento “del jugador surge el gañán y entre gañanes puede haber zambras, riñas y escándalos, pero no partidas de juego de una sociedad culta” (*El Deber*, 1931, p. 4).

En ese sentido, el seguimiento periodístico a los encuentros deportivos se dedicó a reseñar más el cumplimiento de estos códigos de conducta que la habilidad técnica de los jugadores. Se adjetivaba con palabras como gallardía, ingenio o sagacidad el desarrollo de los encuentros, siempre destacando el esfuerzo del triunfador y del derrotado casi por igual. Por su parte, las ocasiones, que no eran pocas, en las que un adversario se mofaba del otro, hacía algún tipo de trampa o lanzaba algún juicio negativo sobre el rival, sí fueron fuertemente criticadas desde la prensa por ser interpretadas como actitudes desleales e indeseables tanto dentro como fuera de la cancha (*El Deber*, 1934).

Se podría decir que existían dos tipos de equipos. Los promocionados por empresas o por fábricas de cigarrillos como El KDT, El Virginia y El Pielroja. La venta de cigarros y cigarrillos fue uno de los sectores económicos locales más prósperos debido a que Bucaramanga fue uno de los centros de producción tabacalera más importantes del país y a que los empresarios de este sector aprovecharon el crecimiento de la ciudad para forjar un mercado sólido de consumo urbano que se instalaba a partir de las diferentes estrategias publicitarias. Una de ellas constó del aprovechamiento de la popularidad de entretenimientos como el teatro, el cine y el deporte por medio de la publicación de anuncios en las secciones de periódico dedicados a estas actividades, el patrocinio de equipos deportivos y la ubicación de vallas publicitarias en canchas y teatros (*El Deber*, 1933). También es posible que estos equipos se crearan

a partir del interés de difundir prácticas higiénicas en los obreros de estas compañías, pero no se encontraron indicios que sustenten esta hipótesis, por lo menos hasta la década del cuarenta.

Los campos deportivos: espectadores.

Había interés por hacer llegar el deporte a toda la población sin distinción de clase alguna, tal y como lo reflejan las palabras del columnista local Raimundo Ruiz Santos cuando hablaba de la importancia de llevar a las fábricas, los talleres y los campos el deporte como fuente de bienestar para aquellos seres “esclavos de la vida moderna” que no podían disfrutar ni siquiera de un rato de sano esparcimiento al sol y al aire libre. A la larga, según este razonamiento, los buenos efectos del deporte no debían ser patrimonio exclusivo de las clases acomodadas, sino que debían ser compartidos por los obreros que, en las continuas luchas del trabajo diario, necesitaban recobrar sus fuerzas y sus alegrías perdidas por medio de sus sanos efectos (*El Deber*, 1931).

Fue así como los sectores más desfavorecidos de la población local de Bucaramanga se vincularon a las prácticas deportivas, en su gran mayoría en calidad de espectadores, más que como participantes. Ricos, pobres y sectores intermedios se encontrarían en los alrededores de las canchas para asistir a los encuentros de fútbol que eran de carácter gratuito, pero por la lejanía de canchas como la de San Alonso era más común que la asistencia se viera limitada a quienes podían llegar allí en su vehículo, caso contrario al de canchas como La Virginia o la del barrio Girardot, de mayor concurrencia, puesto que quedaban más cercanas al casco urbano y no eran tan distantes a los itinerarios urbanos de la población de menor ingreso que estaba acostumbrada a transitar solo del barrio al trabajo, el mercado, la iglesia o la cantina, dependiendo de la ocasión.

De ese tipo de situaciones parecían ser conscientes Raimundo Ruiz y la prensa local, que enfilaban las reseñas deportivas para que los encuentros deportivos de fútbol cumplieran la función de extender

los códigos de conducta de los sectores sociales emergentes hacia el grueso de la población en los torneos locales o las exhibiciones futbolísticas que se realizaban en las multitudinarias celebraciones del Día del Trabajo el primero de mayo. Esto en vista de que se exigía un comportamiento moderado y una vestimenta formal ante lo que era un acto solemne que al mismo tiempo servía para alejar a estas personas de vicios y malos pasatiempos. Sin embargo, algunas personas que empezaron a asistir a los encuentros se dejaban llevar por su espontaneidad, al punto de contraponerse a la función moralizante que tenía el desarrollo de encuentros deportivos en estos campos.

De una u otra forma, por la atracción que causaba el deporte y por la integración que generaba como evento público que congregaba a la comunidad los domingos, la presencia de un público masivo durante las temporadas de fútbol fue una realidad en la que no siempre los actos de indisciplina fueron los protagonistas de los encuentros deportivos. Lo más probable es que, en la mayoría de las ocasiones, simplemente no sucedieron o fueron de carácter leve, al punto de ser intrascendentes a los ojos de quienes reseñaban los partidos y no las consideraban desafortunadas como para no felicitar el ejemplar comportamiento del público, a menos que interrumpieran considerablemente el desarrollo del encuentro.

En una columna escrita en 1937, un periodista anónimo se lamentaba por el hecho de que el deporte como espectáculo se hubiera popularizado por medio del grito destemplado y la incultura y no a través del aplauso elegante y la conciencia deportiva. Según esta frustrada pluma anónima, la idea de fomentar el deporte era educar las reacciones fuertes como las que se podían experimentar al ver un enfrentamiento entre dos equipos y aprender a vivir cordial y armoniosamente a pesar de las complejidades y las tensiones del estilo de vida urbano en el cual los bumangueses se estaban adentrando. No obstante, anotaba el comentarista, el asistir a un encuentro deportivo en la localidad era atestiguar cómo algunos enemigos públicos e hijos ingratos de la ciudad querían exhibir a Bucaramanga como una ciudad inculta y salvaje (*El Deber*, 1936).

El estadio y la ciudad

El 12 de diciembre de 1941 fue una fecha en donde ocurrió un hecho inusitado en la ciudad de Bucaramanga. En lo que era la antigua cancha de San Alonso, un lote con dos arcos sin tribunas con un campo marcado sobre tierra y ubicado en un extenso y desierto llano, se levantó un inmenso estadio que, junto a las modernas urbanizaciones, calles, andenes y árboles, le dio forma a la traza urbana del sector nororiental de la ciudad. En él se encontrarían delegaciones deportivas de todo el país y representantes del gobierno nacional para iniciar las quintas olimpiadas nacionales. Dos años antes, en 1939, un periodista de la revista *El Gráfico* de Bogotá se preguntaba por qué en una ciudad de cincuenta mil personas se quería construir un estadio de una capacidad mayor al número de sus habitantes (Morales Fontanilla, 2018). El estadio que se estaba presentando al público era una versión reducida con una capacidad para diez mil espectadores, con varias tribunas sin terminar y que durante los días que transcurría el evento permaneció vacío debido a una boletería pensada para turistas que nunca llegaron y que las personas de la ciudad difícilmente podían costear (Acosta Lozano, 2018). Ante esta situación surgen varias preguntas: ¿por qué desaparecieron los campos deportivos y por qué los bumangueses pensaron que podían remplazar estos escenarios con un inmenso estadio similar al de las grandes capitales europeas o norteamericanas? ¿Qué razones explican que ese proyecto se hubiera venido a menos? Y con esa traumática inauguración, ¿qué posibilidades tenía ese escenario para producir un cambio en la práctica y el consumo del deporte en la ciudad?

Lo primero que hay que decir es que pese a ser el principal escenario del deporte bumangués hasta la década del cuarenta, los campos deportivos por su naturaleza tendrían un carácter transitorio como infraestructuras para la práctica y el espectáculo deportivo. Los campos aprovechaban los terrenos que en determinado momento no tenían valor y que estaban en los linderos de la ciudad, pero cuando la ciudad necesitó crecer o el dueño de los terrenos decidía que era el momento de urbanizar –por necesidad o por especulación–,

los campos desaparecían en su mayoría. Solo permaneció el que era propiedad de la municipalidad, el ubicado en el sector de San Alonso, porque hacía parte de los planes de la ciudad futura, ya que se pensaba construir con él uno de los anhelos más comentados en los diarios de la ciudad desde hacía muchos años: el estadio de fútbol. No era una obra más; para los comentaristas de la época, la construcción de un estadio moderno representaba un hito en la historia de la ciudad, por lo que significaba la estructura y por las circunstancias en las que se daba.

Fueron reiterativas las crónicas y notas sobre grandes estadios que aparecían en diferentes latitudes y que cuya espectacularidad no bastaba expresarla en palabras, sino que solo se apreciaría bien en fotografías de estos monumentales edificios, en los que, como bien anota Ruth de La Rioja, se celebraban rituales urbanos modernos que albergaban a multitudes y al mismo tiempo eran referencia geográfica, cultural y social de una ciudad (De La Rioja, 2004). En diciembre de 1938, por ejemplo, el diario *El Deber* reseñaba con tono de admiración la manera en que la que el gobierno chileno había por fin concretado lo que se entendía como un noble propósito de construir el Estadio Nacional, una obra a beneficio de la sociedad chilena en la medida en que era un sitio para encantarse alrededor de la sana práctica del deporte, y que ponía en alto el nombre del país, pues demostraba que podían adaptarse las ideas arquitectónicas recientemente implementadas en las olimpiadas de Ámsterdam y Berlín, y la obra como tal tenía elementos que le daban un carácter único en la región (*El Deber*, 1938).

Ese tipo de retóricas calaba muy bien en las circunstancias en las que en Bucaramanga se habló de tener un estadio, ya que eran los años de la construcción de las primeras infraestructuras a partir de la realización de las primeras ediciones de las olimpiadas nacionales en el país. Manuel Morales habla de que, en Colombia, estadios con rasgos similares aparecieron en el periodo de los gobiernos de la República Liberal (1930-1946) en ciudades como Cali, Bogotá, Barranquilla, Medellín, pero de manera temprana en pequeñas ciudades en crecimiento como Manizales en 1935 y Bucaramanga, cuyo estadio se empieza a construir en 1936 y se estrena en 1941.

Tal situación se explica a partir del propósito de las primeras ediciones de los Juegos Nacionales realizados por fuera de la ciudad capital.²³ La idea era construir escenarios deportivos para consolidar el deporte y promocionar la Educación Física en las capitales departamentales del extenso territorio colombiano. El objetivo de hacer eventos nacionales en ciudades que crecían era el de cohesionarlas en un sentimiento nacionalista que perseguía ideales modernos, en una lógica en la cual, para ser parte de la nación, había que ambicionar con esas pruebas inequívocas de progreso como lo podía ser la organización de un evento deportivo o la construcción de un gran estadio en una pequeña ciudad. Así fue como la ocasión de organizar los Juegos Nacionales cautivó y entusiasmó a empresarios, políticos y periodistas de las ciudades intermedias que encontraban una oportunidad para mostrarle al país qué tanto había cambiado su urbe, pero especialmente que no se estaban quedando atrás en aquella búsqueda por lo moderno, lo urbano y lo industrial que definían la condición de capital departamental.

Así, las ediciones cuarta y quinta, en Manizales y Bucaramanga, respectivamente, se desarrollarían en una época en la que se fortalecía la creencia de que la acción del Estado debía tener ante todo una legitimidad moral que se fundamentaba en el mejoramiento de las condiciones del pueblo. El gobierno de Alfonso López Pumarejo fue bien conocido por iniciar un ambicioso proyecto modernista del país, del cual harían parte proyectos como la construcción del extenso campus de la Universidad Nacional de Colombia y de carreteras que al fin comunicaban al centro del país con algunas periferias, y la construcción de escenarios deportivos con instalaciones cada vez más modernas, que serán símbolos de este rostro moderno de Colombia, tales como el Estadio Olímpico

23 Primera edición en Cali en 1928, segunda edición en Medellín en 1932, tercera edición en Barranquilla en 1933, cuarta en Manizales 1936 y quinta en Bucaramanga en 1941.

de la Universidad Nacional en Bogotá, el Pascual Guerrero en la ciudad de Cali, y el construido para la tercera edición de los Juegos Nacionales, el estadio “Moderno” en la ciudad de Barranquilla.

Fue ese entusiasmo el que marcó las proyecciones para Bucaramanga en ocasión de los quintos Juegos Nacionales, en los que se soñaron grandes adecuaciones urbanas y la de un inmenso estadio con capacidad para un número de espectadores más grande que el de habitantes de la ciudad. Es ese el grado de ilusión al que induce la realización de un evento deportivo en una ciudad, pues la prensa y los políticos locales no perdían oportunidad para señalar cómo se harían transformaciones urbanas en tiempos considerablemente cortos y en condiciones favorables en términos políticos y sociales, desconociendo las realidades del presupuesto local y las limitaciones de la agenda del gobierno nacional para tal empresa. Los organizadores de los Juegos en Bucaramanga, quienes eran empresarios, industriales, intelectuales y comerciantes²⁴, no hicieron otra cosa que intentar propagar este germen en las páginas de los diarios.

Una vez construido el estadio, surge la pregunta por el impacto que tuvo en el contexto deportivo de la ciudad, específicamente si contribuyó a popularizar la práctica deportiva y si dio un nuevo sentido a las discusiones sobre lo que debería ser el deporte como referente para los códigos de conducta sociales: para los deportistas profesionales, amateurs y los mismos espectadores. Asimismo, en la perspectiva del gobernador de Santander, Alejandro Galvis Galvis, se tenía la percepción de que no solo la ciudad de Bucaramanga, sino todo el departamento, disponían de un gran estadio con el cual no se sabía qué hacer. La gran infraestructura demandaba otro tipo de política pública para el deporte, una que entendiera la nueva vocación del Estado de intentar que el deporte fuera un medio para

24 De este grupo se destacan: David Martínez Collazos, Gilberto Díaz Granados, Alberto Ordaz Ardilla, Mario Galán Gómez, Saúl Trillos Vega, José Martínez Ceballos, Carlos Julio Ardilla Durán y Francisco Puyana Menéndez.

el bienestar colectivo. Entendiendo esta situación, el gobernador dispuso la creación de un Club Popular que revitalizaría las ligas locales y le pusiera especial atención a incentivar el deporte en cualquier ciudadano sin importar su condición. Ante el crecimiento demográfico que experimentaba la ciudad en la década del cuarenta, esta nueva institución se proponía como objetivo central “levantar el nivel cultural del pueblo, fomentar y democratizar los deportes” (Asamblea Departamental de Santander, 1944, 110). Ya las ligas no serían de unos cuantos clubes selectos, sino que se esperaba que obreros, empleados y personas de los barrios más humildes se vincularan al deporte.

A la hora de evaluar el desarrollo de estas iniciativas hay que partir de una ausencia de información cuantitativa sobre la rentabilidad y la popularidad del fútbol como deporte-espectáculo. En contraste, hay un conjunto de indicios de que por lo menos en los primeros años posteriores a estas iniciativas fue un negocio redituable y que tuvo una considerable acogida en la población, ya que les permitió tener asociaciones con las cuales identificarse y relacionarse como miembros de una comunidad barrial o trabajadores de una empresa. Así se puede entender que hubiera un involucramiento más comprometido del sector empresarial más allá de la industria del tabaco, ya no solo por medio de los patrocinios, sino en la gestión directa de equipos de sus empleados, como se puede evidenciar con los equipos de bancos como Bancolombia, Banbogotá y Bancoquia, y de diferentes sectores como el de la construcción, con el equipo Tuercas y Tornillos y el Equipo Ferrocarril de los trabajadores del proyecto ferroviario, el de la industria de los textiles con el equipo Tejicondor, e incluso algunos equipos de las instituciones públicas como el equipo de la Policía, y el Equipo Municipal, integrados por funcionarios públicos de la Alcaldía.

No se puede perder de vista que esta política pública para la popularización del deporte tuvo su más claro éxito en la promoción del fútbol en los barrios en los que residían los ciudadanos más humildes de Bucaramanga; se volvieron casi incontables la cantidad de equipos de barrios como el Charco Largo, Girardot, Payacuá, Concordia, Bavaria (*Récord*, 1950). A esa participación

amplia de la comunidad en los deportes era a lo que se refería Rafael Vásquez León cuando hablaba del “Despertar Deportivo” de Bucaramanga en 1949, porque se había hecho un tránsito de un entorno deportivo de unos cuantos a los que se les calificaba de displicentes, desdeñosos y desocupados hacia un panorama en el que todos los elementos de la sociedad bumanguesa, obreros, profesionales, empleados e industriales habían descubierto y se habían apoderado del beneficio material y espiritual de las prácticas deportivas (*Club Unión*, 1949).

Otro fuerte indicio del convencimiento del sector comercial por el deporte como espectáculo-negocio fue el respaldo que le dieron empresarios de diversos sectores a la fundación del Club Atlético Bucaramanga, el primer equipo profesional de fútbol en la ciudad que participaría en el torneo nacional desde 1949. Sus directivas, integradas por miembros de las familias que tenían el control de las principales actividades económicas de la ciudad como José Manuel Serrano, Elías Solano, Víctor Paillé, Gonzalo Trillos, Jorge Reyes Puyana, Vicente Díaz, Juan Silva, entre algunos otros, hicieron todo lo que estaba a su alcance para promocionar al primer equipo profesional de Bucaramanga que podía mostrar un espectáculo superior a los numerosos equipos amateurs de los barrios y las empresas. Ellos promocionaron este club en ferias comerciales, en los pasillos de las empresas, en mítines políticos, cafés, oficinas y en tertulias familiares (*Cultura Cívica*, 1949).

Ahora, por más insistencia de promotores y medios de comunicación sobre la necesidad de que jugadores y público acogieran un nuevo código de conducta frente al fútbol, en vista de las condiciones que dignificaban el espectáculo como los estadios y los futbolistas profesionales, lo cierto es que fue una expectativa que quedó pendiente, pues se mantuvieron conductas inadecuadas por parte de los jugadores, pero frecuente y especialmente de los espectadores. En algunos casos se alcanzó a decir que los malos comportamientos de los jugadores en la cancha contagiaban el desorden en la tribuna, y se les culpaba a estos por fallar en su rol de referente moral de una sociedad. Llegó la década del cincuenta y el reto principal del fútbol como espectáculo deportivo seguía

siendo el de convertirse en un espectáculo familiar y el de instruir adecuadamente a los aficionados. Las tribunas del Alfonso López y las de los otros estadios del país se habían convertido en escenarios de frecuentes riñas, muchas de ellas atribuidas al desconocimiento de los reglamentos del deporte en una simplificada interpretación de las múltiples causas y tensiones que ocasionaron aquellos episodios de violencia física y verbal (*Récord*, 1950). Las malas conductas asociadas a las diversiones de las tabernas y bares encontraron un nicho en el escenario que supuestamente las iba a erradicar, el deporte-espectáculo, pero la insistencia en el carácter moralizador del espectáculo deportivo se mantendría a lo largo de los años.

Referencias

Fuentes primarias

Ordenanzas de la Asamblea Departamental de Santander, 1915-1948

Revista de Instrucción Pública Escuela Primaria, 1921-1945.

Diario *El Deber*, 1930-1948, Bucaramanga.

Revista *Cultura Cívica*, 1939-1955, Bucaramanga.

Revista *Club Campestre*, 1941-1950, Bucaramanga.

Revista *Club Unión*, 1939, Bucaramanga.

Revista Deportiva, 1932, Bucaramanga.

Revista *El Ciclista*, 1899, Bucaramanga.

Revista *Récord*, 1950, Bucaramanga.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (1951). *Censos de Población 1912 a 1951*. https://biblioteca.dane.gov.co/media/libros/LD_771_1951.PDF

Díaz, Mary. *Biografía de Don Vicente Díaz Romero*. (2020, 1 de agosto). https://issuu.com/mauricio.carreno.diaz/docs/a_rbol_genealogico_vicente_di_az_romero-fusionado_

Bibliografía

- Acosta Lozano, S. A. (2018). *La imagen de Bucaramanga en la prensa local, 1938-1948. Políticas públicas de acceso al deporte, los servicios públicos básicos, la vivienda, la educación y la salud* [Tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander].
- Bairoch, P. (1990). *De Jericó a México: historia de la urbanización*. Editorial Trillas.
- Capel, H. (1975). La definición de lo urbano. *Estudios Geográficos*, 138-139.
- Carillo, V. (2020). Fútbol y clases medias en México: en busca del aficionado ideal. *Revista Oficio*, (10).
- De la Rioja, R. (2004). Impacto de las grandes construcciones deportivas. *OnW@terfront*, (6).
- Dias, C. (2012). (2012). O esporte e a cidade na historiografia brasileira: uma revisão crítica. *Revista Tempo*, 19(34).
- Macías Cervantes, C. F. (2018). *La Revolución en carne y hueso. Las prácticas deportivas como evidencia del cambio social en México y Guanajuato 1920-1960*. Universidad de Guanajuato.
- Mejía, G. (2013). *La aventura urbana en América Latina*. Fundación Mapfre/Taurus.
- Morales Fontanilla, M. (2018). *Impossible Roads: Cycling Landscapes and Cultural Representation in Colombia, 1930-1958* [Tesis doctoral, Universidad de California] <https://escholarship.org/uc/item/35z2j0j0>.
- Reyna, F. (2017). Campos de juego y estadios para el espectáculo deportivo en Córdoba (Argentina) de entreguerras. *Materiales para la historia del deporte*, 17(86).
- Roa Urrego, G. A. (2018). *Diciembre de 1928: Las primeras olimpiadas nacionales. Nos batimos inteligentemente, el cuerpo como territorio de jerarquía e integración* [Tesis de pregrado, Pontificia Universidad Javeriana] <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/35438>.

- Rueda Gómez, N. J. y Álvarez Fuentes, J. (1999). *Estructura urbana de Bucaramanga 1901-1930* [Tesis de pregrado, Universidad Industrial de Santander.
- Ruiz, J. H. (2010). *La política del sport: Élite y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*. La Carreta Editores, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Sevilla, C. (2011). *Utopía y realidad. La Mutualidad en Bucaramanga* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia] <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/12054>.

El fútbol en Bucaramanga. De improvisar unos juegos nacionales a improvisar un equipo profesional, 1941-1951

Raúl Mauricio Prada Solano
mauriciohistoria19@gmail.com
Historiador y archivero,
Universidad Industrial de Santander

Introducción

El análisis del fútbol como deporte y como fenómeno social en Bucaramanga ha sido un tema que se ha abordado muy poco desde la Historia y las Ciencias Sociales. Salvo la tesis de pregrado en Historia de Yezid David Sequeda Garrido (2007), que puntualiza en un análisis sobre la fundación del Atlético Bucaramanga y su evolución hasta finales de la década del 70, con un acercamiento hacia la inserción de este espectáculo en las actividades de ocio de los bumanguenses, los pocos trabajos han sido realizados por comunicadores sociales con muy poca crítica y enfocados en mayor medida en el relato.

Si se quiere profundizar en los primeros años de la práctica de este deporte en nuestra ciudad, los primeros torneos locales y regionales, así como las primeras participaciones en los Juegos Nacionales, la tarea se pone aún más difícil. Sequeda Garrido (2007) dedica un corto apartado a estos sucesos a modo de contextualización en su trabajo. Quien también aborda esta temática es Alfonso Álvarez Barco con su *Libro de Oro del Deporte Santandereano* (1991) y su posterior trabajo sobre el Atlético Bucaramanga (2000) desde un punto de vista periodístico.

A partir de estos vacíos surgió la idea de investigar y escribir este texto. La principal intención es dar respuesta a la incógnita de cuáles fueron los factores que influyeron en los resultados negativos tanto deportivos como organizacionales en el fútbol en

la ciudad de Bucaramanga entre los años de 1941 y 1951. Desde la intención de responder, o por lo menos tener un acercamiento al anterior cuestionamiento, surge a su vez el objetivo de tener una aproximación hacia el fútbol como un evento social y una oportunidad laboral en el lapso anteriormente señalado, cuando la ciudad alberga por primera vez unos Juegos Nacionales y el fútbol hace su transición de aficionado a profesional.

Finalmente arrojamos una hipótesis que se desarrollará durante todo el texto y se convalidará en el apartado de conclusiones, donde se destaca que las dificultades educativas y laborales en la ciudad, junto con la constante improvisación de los dirigentes políticos y deportivos locales, influyeron en el bajo desempeño del fútbol bumangués tanto en su etapa aficionada como en sus primeros años de profesionalismo.

Bucaramanga por primera vez es sede de Juegos Nacionales

La culminación de la década de 1930 conllevó para la ciudad de Bucaramanga el primer gran reto organizacional en cuanto al ámbito deportivo. La delegación santandereana que participó en la cuarta edición de los Juegos Atléticos Nacionales, celebrada en 1936, en Manizales, no solo se desplazó a las justas con el fin de representar al departamento en los diferentes terrenos de juego, sino que también llevaba la intención de lograr la designación de Bucaramanga como sede de los siguientes Juegos Nacionales (Martínez-Collazos, 1941).

La iniciativa de la comitiva bumanguesa fue encabezada por los señores Luis Emilio Garnica y David Martínez Collazos, quienes crearon la institución “Unión Deportiva”, pionera en la organización de eventos deportivos en el ámbito escolar, municipal, departamental e incluso barrial, desde inicios de la década de 1920. Asimismo, seleccionaban los equipos y los deportistas representantes de Santander para disputar las diferentes ediciones de los Juegos Atléticos Nacionales (Álvarez-Barco, 1991).

Durante el desfile inaugural, los directivos de la delegación buscaron algún tipo de apoyo para la iniciativa de poder albergar

la siguiente edición de los Juegos Atléticos Nacionales, recopilando autógrafos de personalidades del deporte y la política nacional en un bonito álbum. De igual manera, el estandarte del representante santandereano lució algunas frases que resaltaban la postulación para las siguientes justas (Martínez-Collazos 1941).

La participación de Santander en las justas de Manizales dio un giro inesperado, ya que infortunadamente uno de los deportistas pertenecientes al equipo de fútbol falleció en cercanías al estadio Palogrande, arrollado por un autobús (Álvarez-Barco, 1991). Ante el trágico fallecimiento de Daniel Salas, la delegación santandereana decidió abandonar su participación en todas las disciplinas, pero mantuvo su candidatura como sede de la siguiente edición de las justas (Álvarez-Barco, 1991).

Lograr la designación como sede para el siguiente certamen era un objetivo bastante complejo para el departamento, ya que las presentaciones de Santander en las anteriores justas habían estado acompañadas de marcadores adversos, equipos incompletos y todo tipo de improvisación administrativa (Sequeda-Garrido, 2007). Tal vez el fallecimiento del futbolista y el abandono de las participaciones como muestra de duelo ante el trágico suceso incidió de manera positiva en la decisión final.

El 23 de diciembre de 1936 en el hotel Escorial de Manizales, durante la segunda asamblea de presidentes de delegaciones, fue designada Bucaramanga como sede de los Quintos Juegos Atléticos Nacionales. La elección se tomó ante la presencia de delegados del Comité Olímpico Nacional. La propuesta santandereana que resaltó ser el primer departamento en organizar unas justas olímpicas en el ámbito regional superó las aspiraciones de Cundinamarca, Norte de Santander y Nariño (Martínez-Collazos, 1941).

La noticia de la designación se conoció rápidamente en Bucaramanga gracias a los diferentes medios de comunicación que no solo celebraron el suceso, sino que también resaltaron en sus relatos que apoyarían la causa con el mayor de los gustos (Acosta-Lozano, 2018). Asimismo, y a pesar de los marcadores adversos en las anteriores ediciones de los Juegos Nacionales, la cantidad de deportistas, en especial practicantes al fútbol, comenzaban a

umentar (Prada-Solano, 2020). La intención era que la quinta edición del certamen nacional se efectuara en 1940. Para lograr este objetivo se creó una junta organizadora que designó a los señores Alberto Nariño Cheyne como presidente y a Numael Hernández como director (Álvarez-Barco, 1991).

La designación del señor Alberto Nariño Cheyne como presidente de la junta organizativa pro-Juegos Nacionales Bucaramanga 1940 desató un sinnúmero de críticas por parte de aficionados, dirigentes deportivos y políticos. A Nariño Cheyne se le señaló mientras se desempeñaba como administrativo en el Comité Olímpico Nacional de interponerse a la designación de Bucaramanga como sede al poner en duda la capacidad de la ciudad para poder albergar un evento de esta magnitud (Gutiérrez, 1941).

Adecuar el estadio, construir un hotel para albergar a las delegaciones y una casa club para los deportistas fueron para los miembros de la junta organizativa los pilares de la planeación de las justas, junto con otras obras adjuntas. Para ejecutar estos proyectos, el Congreso aprobó un auxilio de 150.000 pesos y la Asamblea de 300.000 pesos. Sin embargo, hubo grandes contratiempos, en especial en la ejecución de las principales obras que impidieron que se diera apertura al certamen en la fecha indicada y se tuviera que aplazar un poco más de un año (Martínez-Garnica *et al.*, 2022).

La postergación en la entrega de las obras obligó a que los Quintos Juegos Atléticos Nacionales se inauguraran con un desfile en el estadio Alfonso López Pumarejo el 12 de diciembre de 1941 a las dos de la tarde (Martínez-Garnica *et al.*, 2022). Para las justas el poeta bumangués Aurelio Martínez Mutis escribió un himno que fue acompañado musicalmente por el maestro Gabriel Carreño. Asimismo, fue coronada la señorita Beatriz Múnera Larramendi como reina de la olimpiada (Álvarez-Barco, 1991).

Las dimensiones del estadio departamental, diseñado por el ingeniero santandereano Miguel Cardozo, fueron dieciséis hectáreas. Gracias a la intervención de la Secretaría de Agricultura, se pudo incluir una gran variedad de plantas para adornar todo

el campo deportivo, tratando de emular algunos emblemáticos lugares públicos parisinos (Álvarez-Barco, 1991). De igual manera fue pavimentada la avenida Eduardo Santos, principal vía de acceso al nuevo escenario (Martínez-Collazos, 1941).

Sin embargo, cabe resaltar que la construcción de la casa club del deportista y la piscina olímpica no se pudo concretar, obligando a que las justas se cumplieran sin estos dos espacios. Las competencias de las disciplinas náuticas como la natación tuvieron que disputarse en el municipio de San Gil, el cual para la época se encontraba a siete horas por carretera de la capital del departamento de Santander, lo que produjo un mayor desgaste en los deportistas (Acosta-Lozano, 2018).

Catorce fueron las delegaciones que visitaron Bucaramanga al cierre de 1941 con el fin de afrontar las justas: Antioquia, Atlántico, Bolívar, Boyacá, Caldas, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Nariño, Norte de Santander, Valle del Cauca y la anfitriona Santander (Martínez *et al.* 2022). Para albergar a los deportistas visitantes fue entregado el hotel Bucarica, obra que se encontraba en el centro de la ciudad y que costó cerca de 480.000 pesos (Martínez *et al.*, 2022).

No obstante, es preciso destacar que, al igual que el estadio Alfonso López, el hotel Bucarica fue inaugurado sin ser construido en su totalidad, lo que causó inconvenientes para los visitantes, ya que no contó con las instalaciones suficientes para poder alojar a la totalidad de las delegaciones, y obligó a que varios deportistas fueran ubicados en improvisados albergues con varias incomodidades (Acosta-Lozano, 2018). La capacidad organizativa de Santander ante todo el país no generó una buena imagen al no poder presentar sus obras cumbre construidas en su totalidad.

La delegación del Valle del Cauca fue una de las más inconformes por el estado del hotel Bucarica. La prensa local conoció unos telegramas que fueron enviados por los señores Teófilo Perdomo y Alberto Galindo, directivos de la delegación vallecaucana, a diferentes medios de comunicación de ese departamento. En los

comunicados se denunciaba que el hotel no contaba con batería de sanitarios ni duchas suficientes para las delegaciones y que tampoco se ofrecía una buena alimentación. La hospitalidad de los bumangueses a su vez era puesta en entredicho ya que varios deportistas fueron acomodados en lugares muy reducidos (*El Deber*, 1941a).

La gala inaugural y los primeros encuentros estuvieron acompañados por un reducido número de espectadores. Este inesperado suceso generó preocupación dentro de los miembros del comité organizador, quienes esperaban un mayor número de público por ser un espectáculo nunca antes visto en la ciudad. Para lograr encontrar alguna solución, la junta invitó a algunos directivos de la Sociedad de Mejoras Públicas, líderes políticos y periodistas de la ciudad, con el fin de compartir ideas (*El Deber*, 1941b).

Al cierre de la asamblea, la junta directiva determinó reducir el precio de las entradas ya que se concluyó que este era el factor principal por el cual el número de espectadores en las graderías del estadio Alfonso López, durante las justas, no era el esperado. Los principales medios de comunicación de la ciudad compartieron la información donde se decretaba la reducción de 0.20 pesos en la boletería a los sectores denominados populares. Asimismo, el anuncio cerraba con un polémico comunicado emitido por la junta organizadora del certamen que señalaba que la rebaja era necesaria ya que Bucaramanga era una ciudad de gentes pobres incapaces de costear el ingreso a estos eventos (*El Deber* 1941b).

La postergación del inicio de los Quintos Juegos Atléticos Nacionales por más de un año, los incumplimientos en la finalización de sus principales obras, la poca asistencia de público durante las diferentes competencias y el descontento de la delegación del Valle del Cauca con las instalaciones del hotel Bucarica y la hospitalidad santandereana dan pie para profundizar en varios aspectos de la ciudad de Bucaramanga y el día a día de sus habitantes a inicios de la década de 1940.

Para 1940, la ciudad de Bucaramanga basaba su economía en el cultivo de tabaco y la fabricación de alimentos, en especial trigo, pan, carne, chocolate y café. Industrialmente hablando, su

desarrollo iba evolucionando de forma lenta a comparación de otras regiones del país, impidiendo que se pudiera incursionar y competir en otros sectores económicos (Villamizar, 2016). Santander se encontraba en la segunda posición de departamentos con mayor población activa, ya que cerca del 58% de sus habitantes ejercía algún tipo de labor. Sin embargo, esta cifra era desalentadora, pues reflejaba la necesidad de una mayor intensidad productiva para mantener la subsistencia. Esta cifra iba de la mano con el número de santandereanos asalariados: de cada 100 habitantes, 81 eran dependientes y tan solo 18 ejercían como dueños (Galán-Gómez, 1947).

El problema de las obras inconclusas, sin el cubrimiento total de los servicios públicos básicos, no fue solamente para el estadio Alfonso López y el hotel Bucarica; fue el pan de cada día, a partir de 1934 la publicación en los diferentes medios locales de comunicación de denuncias de ciudadanos solicitando a los entes administrativos intervención y suministro de agua potable, electricidad, alcantarillado y pavimentación, en especial en los nuevos asentamientos y barrios ubicados en la periferia como consecuencia de la migración del campo a la ciudad (Rueda-Gómez, 2003).

En cuanto a resultados deportivos de Santander en la quinta edición de los Juegos Atléticos Nacionales mantuvo la constante, como en las justas anteriores donde primaron los resultados adversos, la poca figuración en los medalleros y la improvisación, ya que hubo deportistas que tuvieron que actuar en diferentes disciplinas como consecuencia de nóminas incompletas. Destacaron Ariosto Vega, logrando el primer puesto en la prueba atlética de 10.000 metros fondo, y Guillermo “Pica pica” Hoyos, quien logró la presea dorada en el boxeo (Álvarez-Barco, 1991).

En lo competente al fútbol, el deporte que mayor atención llamó dentro de los espectadores, la primera salida del cuadro local, fue ante Norte de Santander. Para la época existía una marcada rivalidad entre los departamentos vecinos que se evidenció en una buena asistencia de público en las graderías del estadio Alfonso López. Los dueños de casa lograron irse arriba en el marcador para

júbilo de la afición, pero no pudieron administrar la ventaja y al final cayeron derrotados dos goles por uno (*Vanguardia Liberal*, 1941a).

Ante menos público, Santander logró su primera victoria dos goles por uno ante el representante de Nariño, y tuvo la oportunidad de acceder a la siguiente fase siempre y cuando lograra vencer a la selección del Valle del Cauca. Este tercer partido despertó nuevamente las emociones de los aficionados, que en buen número visualizaron el encuentro desde las tribunas del estadio Alfonso López, motivados no solo por la oportunidad que tenía el cuadro local de poder avanzar, sino también por la rivalidad que se generó ante los vallecaucanos por la publicación de los telegramas anteriormente mencionados (*Vanguardia Liberal*, 1941b).

El encuentro fue parejo de principio a fin: ambas selecciones buscaron el triunfo, pero no lo lograron. Al final, el resultado fue empate a dos goles. La paridad obligó a que se disputara un desempate que fue beneficioso para los vallecaucanos, lo que provocó así la anticipada eliminación de Santander (*Vanguardia Liberal*, 1941b). El juego por la medalla de oro en esta disciplina no se pudo disputar. A modo de protesta por los malos arbitrajes en las instancias anteriores, la selección de Atlántico no se presentó a la gran final, y le otorgó así el título al Magdalena que tan solo necesitó acudir a la cita programada en el estadio Alfonso López para obtener la última victoria (Álvarez-Barco 1991).

La realización de los Quintos Juegos Atléticos Nacionales en Bucaramanga, para diciembre de 1941, permite hacer un acercamiento a diferentes aspectos de la ciudad a inicios de la década del cuarenta. La improvisación y el incumplimiento en la organización del evento, la construcción de sus obras y la selección de sus elencos representantes fueron el reflejo de una región atrasada industrialmente y poco competitiva, con pocas oportunidades para sus habitantes que en su mayoría se encontraban sin el cubrimiento de los servicios públicos básicos y sin la capacidad de costear la presencia a espectáculos deportivos de esa índole.

Una nueva década para el deporte en Bucaramanga

Durante la década de 1940 el fútbol en Bucaramanga, visto como espacio de esparcimiento, pero también como fenómeno social y mercancía, sufrió transformaciones relevantes. En algunos años se pudo evidenciar estancamientos e incluso retrocesos en varios aspectos. La popularidad de este deporte y la cantidad de sus practicantes en la ciudad aumentó drásticamente tras la finalización de la quinta edición de los Juegos Atléticos Nacionales.

A pesar de que la organización de este evento no fue la mejor y que el rendimiento de las selecciones de Santander fue bajo, en especial en el fútbol, la cantidad de equipos, torneos y jugadores aumentó. El escenario que más albergó encuentros de oncenos representando a barrios, instituciones educativas, empresas y sectores de las fuerzas armadas fue el estadio Alfonso López. Cabe señalar que de igual manera la programación en los diferentes campos improvisados por toda la ciudad aumentó de forma considerable (Álvarez-Barco, 1991).

La geografía de la ciudad de Bucaramanga para este momento contenía varios campos baldíos, con largas extensiones de terreno. Durante esta época destacaban los conocidos como Campo San Alonso, Campo Virginia, entre otros. En estos lugares se demarcaban improvisadas canchas para jugar al fútbol, donde los espectadores tenían que visualizar las diferentes partidas de pie y muy cerca de las líneas que señalaban el diámetro del campo, soportando en algunas ocasiones el sol o la lluvia (Álvarez-Barco, 1991).

Es preciso destacar que Bucaramanga recibió una gran cantidad de migrantes provenientes del campo, en especial, para la segunda década del siglo XX, y la mayor parte de esta población se agrupó sobre un abanico aluvial limitado por las quebradas Seca y Rosita. Esta forma de asentamiento dejó libres y largas extensiones de terrenos con superficies relativamente planas que fueron denominados llanos, como los mencionados en el anterior párrafo, junto con el llano de Don Andrés y el de Don David, entre otros (Rueda-Gómez, 2003).

Retomando lo concerniente al fútbol, durante la década de 1940, la entidad encargada de organizar los diferentes torneos barriales, municipales y regionales fue la Liga de Fútbol. Asimismo, se encargaba de designar los reglamentos, cronogramas, arbitrajes y administrar algunos recursos económicos (Sequeda-Garrido, 2007). Durante este lapso, destacaban elencos como Once Amigos, Girardot, Libertad y Pielroja, que llevaba el nombre de la tabacalera que lo patrocinaba (*Vanguardia Liberal*, 1948a).

A pesar del aumento de jugadores del fútbol y de la programación tanto en el estadio Alfonso López como en los diferentes campos improvisados, el auge de esta disciplina tras la celebración de los Quintos Juegos Atléticos Nacionales en Bucaramanga fue un fenómeno que para mediados de la década del 40 sufrió un estancamiento a consecuencia de diferentes factores.

De un lado, la administración local comenzó a descuidar el estadio; la limpieza y el podado de la cancha fueron un problema recurrente que poco a poco mermó el entusiasmo de los deportistas (*Vanguardia Liberal*, 1948b). Los diferentes medios de comunicación publicaban constantemente denuncias por parte de deportistas que exigían la intervención de la administración local en los escenarios para evitar lesiones. Es preciso resaltar que los medios locales señalaban estos incumplimientos en el mantenimiento de los escenarios como factores que influían en la disminución de deportistas bumanguenses, en especial futbolistas, pero también se puede percibir un cierto grado de desinterés hacia toda práctica de disciplinas físicas (*Vanguardia Liberal*, 1948b).

Asimismo, las denuncias no solo iban direccionadas hacia la intervención de los escenarios; la forma en que la Liga de Fútbol administraba los diversos torneos era comúnmente criticada en los diferentes medios de comunicación local. Un claro ejemplo fue el manejo que este ente dio al torneo departamental en 1947, catalogado como un completo fracaso, pues el cronograma nunca se pudo concluir y ninguno de los equipos participantes se pudo proclamar campeón (*Vanguardia Liberal*, 1948b).

Los problemas en la Liga de Fútbol causaron un drástico cambio administrativo que dio a conocer que este ente afrontaba

un complejo déficit económico que se interponía con la intención propuesta por la nueva junta directiva de mejorar el rendimiento y funcionamiento de la administración del fútbol en el departamento. Ante este suceso, el Concejo Municipal de Bucaramanga decidió estudiar la creación de una Secretaría del Deporte, encargada de supervisar y acompañar a las diferentes Ligas, para tratar de aumentar la cantidad de deportistas bumangueses y la percepción de la ciudadanía hacia las disciplinas atléticas (*Vanguardia Liberal*, 1948c).

El objetivo de la administración local ante el descenso en la cantidad de deportistas era bastante complejo, ya que no solo se debía intervenir la Liga de Fútbol, el estadio y crear más escenarios deportivos, sino que también se debía tratar de revertir la idea en gran parte de la población de la ciudad de que el deporte afectaba la salud y de que quienes realizaban actividades físicas eran vagos y malvivientes, pensamiento bastante común en Latinoamérica durante la década del 40 (Reggiani, 2019).

Cabe resaltar que, para mediados de la década de 1940 en Bucaramanga, se había tornado común que algunos de los encuentros de fútbol terminaran con los jugadores enfrentados a los golpes entre sí o con el cuerpo arbitral. En los campos deportivos se vivía poca tolerancia ante las decisiones de los jueces o ante resultados adversos. Es preciso resaltar que en ocasiones las batallas campales eran iniciadas por los aficionados que asistían a los encuentros, que en algunos casos iban alicorados (*El Deber*, 1948a).

Este accionar violento, poco tolerante, de los futbolistas y aficionados, seguramente influyó para que varios practicantes y espectadores se alejaran de las canchas, agudizando aún más el desinterés de los bumangueses hacia las actividades físicas. Esta problemática social, en conjunto con las opiniones contrarias de varios habitantes de Bucaramanga hacia las bondades que genera en el desarrollo físico y social la práctica deportiva, motiva preguntas sobre el sistema educativo de la época.

Desde mediados de la década de 1930, se identificó preocupación en la administración municipal, e incluso departamental, por el escaso número de maestros titulados que se encontraban

enseñando en Santander. Para 1936, el departamento contaba con 742 maestros, de los cuales solo 130 habían logrado finalizar su formación en algún Instituto Normal. De hecho, varios docentes se encontraban ejerciendo sin ni siquiera haber finalizado el ciclo básico escolar (Galán-Gómez, 1947).

La administración departamental decidió crear instituciones como La Escuela Normal Para Señoritas en Bucaramanga y La Escuela Normal Rural en el municipio de Málaga para que los docentes terminaran su formación o incluso la iniciaran. Asimismo, varios educadores fueron enviados a la capital del país para participar en algunos cursos que fortalecieran sus habilidades. Sin embargo, estas estrategias lograron poco impacto, ya que varias de las nuevas instituciones tuvieron que cerrar a los pocos años de ser inauguradas, y para 1946 solo el 35% de los 764 profesores en Santander contaba con un certificado para poder enseñar (Galán-Gómez, 1947).

Retomando lo concerniente al fútbol, esta disciplina en el ámbito nacional sufrió una gran transformación con la puesta en marcha de la categoría profesional en 1948. El proyecto encabezado por el máximo dirigente del equipo América de la ciudad de Cali, Humberto Salcedo Fernández, que buscaba crear un campeonato profesional con la participación de equipos que representaran a las diferentes ciudades del país, fue avalado por el primer mandatario de la época, Mariano Ospina Pérez (Prada-Solano, 2020).

Salcedo Fernández consideraba que ascender al fútbol a una categoría profesional, donde los jugadores iban a recibir salarios, los motivaría para que se prepararan más, y aumentaría su rendimiento y habilidades para presentar ante los espectadores un espectáculo más llamativo que produjera ingresos tanto para los entes organizativos como para los equipos participantes. Sin embargo, el presidente Ospina Pérez fue más allá y vio en este proyecto la oportunidad para calmar un poco la agitación social que se había tomado todo el país a raíz de la muerte del político Jorge Eliécer Gaitán, por lo que avaló el rentado nacional y exigió que se pusiera en marcha lo más pronto posible (Galvis-Ramírez, 2008).

El 15 de agosto de 1948, la División Mayor del Fútbol Colombiano (Dimayor) dio apertura al primer torneo profesional nacional de fútbol con la participación de diez equipos representando a seis ciudades del país. Esta primera edición en la que participaron 173 jugadores, de los cuales 29 eran extranjeros y 11 árbitros, entre ellos 5 foráneos, no contó con la participación de un equipo que representara a la ciudad de Bucaramanga ni al departamento de Santander (Galvis-Ramírez, 2008).

Cabe destacar que varios años atrás en países como Argentina y Uruguay ya se había instaurado el fútbol profesional. Para el año 1948, estos países habían traspasado la línea fundacional de los certámenes rentados, e incluso habían sufrido una drástica transformación donde la mayoría de futbolistas provenía de sectores populares en búsqueda de reconocimiento social y económico. De igual forma, la mayoría de aficionados en los diferentes estadios pertenecía a estos sectores. La aristocracia emigró hacia las labores administrativas o como entrenadores (Alabarces, 2018).

Mientras el primer torneo profesional nacional de fútbol en Colombia se acercaba a su fin, el rumor de que Bucaramanga podría tener un representante en la segunda edición tomó mayor fuerza dentro de los diferentes medios de comunicación local, futbolistas y aficionados. La noticia perjudicó el nivel de los diferentes campeonatos aficionados en la ciudad, ya que la mayoría de jugadores, en especial los de mejor técnica, optaron por no seguir participando, tratando así de quedar libres por si eran llamados a formar parte de un equipo profesional. De igual manera se apartaron de las competiciones evitando alguna lesión que truncara la oportunidad del profesionalismo (*Vanguardia Liberal*, 1948d).

Esta forma de actuar de la mayoría de los jugadores bumangueses, ante el rumor de la llegada del fútbol profesional a la ciudad para el año 1949, permite identificar que recibir beneficios económicos como recompensa por practicar un deporte era de alto agrado. Sin embargo, la intención del torneo Dimayor, de ofrecer retribuciones a los futbolistas, no era algo completamente novedoso, tanto en la ciudad de Bucaramanga como en todo el territorio nacional.

Para finales de la década de 1940, en casi todos los países latinoamericanos, se practicaba el amateurismo marrón, que consistía en remuneraciones clandestinas de algunos directivos hacia futbolistas, con el fin principal de evitar que se cambiaran de equipos o para incentivar un mejor rendimiento. La mayoría de federaciones y ligas se oponían a esta práctica, ya que consideraban que se estaba atentando contra el estado puro del deporte y la recreación (Alabarces, 2018).

Un ejemplo de cómo se efectuaban los torneos departamentales y municipales de fútbol en Bucaramanga, previo a la llegada del balompié rentado, lo podemos sustraer del certamen “Campeón de campeonos”, organizado y dirigido por la Liga de Fútbol a mediados del año 1948. En este torneo los equipos luchaban por el primer puesto que ofrecía un premio de \$50 pesos. De igual manera, cada victoria durante el transcurso de la competición significaba una retribución de \$8 pesos. Asimismo, la organización ofrecía beneficios económicos para los jugadores más destacados por su rendimiento y por juego limpio (*Vanguardia Liberal*, 1948e).

Bucaramanga en el torneo profesional de fútbol Dimayor

La lucha por un cupo en la segunda edición del torneo nacional profesional no fue exclusiva de los jugadores. Al cierre del año 1948, la directiva del equipo aficionado Huracán de la ciudad de Medellín manifestó sus pretensiones de trasladarse a Bucaramanga para representar a la capital del departamento de Santander. Esta noticia no fue bien recibida por los jugadores, directivos y aficionados, pues se oponían a que la ciudad fuera representada por un equipo y jugadores pertenecientes a otra región (*Vanguardia Liberal*, 1948f).

Ante las intenciones del equipo Huracán, los dirigentes deportivos locales decidieron emprender con prontitud la búsqueda de la aceptación por parte de la Dimayor de un equipo santandereano para el certamen de 1949. Quien siempre estuvo un paso adelante en esta gestión fue el comerciante local, de origen

barranquillero, Rafael Chaberman, quien además era presidente de uno de los equipos más reconocidos en el ámbito aficionado local, el Pielroja.

El consejo directivo de la Dimayor recibió los dos proyectos, el antioqueño y el santandereano. El ente rector del fútbol profesional se inclinó por un onceno santandereano representando a su propia región, fue así como su presidente, Daniel Mallarino, le indicó a Chaberman que debía organizar unos encuentros ante equipos profesionales en el estadio Alfonso López y que enviaría delegados para evaluar la capacidad del equipo, la cantidad de aficionados y su comportamiento (*Vanguardia Liberal*, 1949a).

Para poder obtener los mejores resultados en esta dura prueba, el señor Chaberman decidió reunirse con los directivos de los diferentes equipos aficionados de la ciudad y la Liga de Fútbol, con el fin de solicitarles el préstamo de jugadores para afrontar los juegos evaluativos. La respuesta fue positiva, los diferentes equipos se comprometieron a prestar sus jugadores para este reto sin ningún costo. Sin embargo, no estaban de acuerdo con que el equipo fuera conocido como Pielroja, ya que estaba compuesto por miembros de todas las escuadras de la ciudad. Se acordó que el equipo se llamaría Atlético Bucaramanga (*Vanguardia Liberal*, 1949b).

Se considera pertinente profundizar sobre un aspecto importante para que el lector tenga una mayor claridad sobre la creación del equipo profesional que representó a la ciudad. Se ha podido rastrear el nombre de Atlético Bucaramanga en los torneos aficionados locales durante años anteriores a la llegada del balompié rentado a la región. Sin embargo, como lo vimos en los párrafos anteriores, quienes tomaron la iniciativa de acceder al profesionalismo fueron los elencos Pielroja de Bucaramanga y Huracán de Medellín al cierre de 1948. Incluso hoy en día el mismo equipo Atlético Bucaramanga resalta que su fundación fue a mediados de 1949.

Retomando el proceso de inserción del Atlético Bucaramanga al profesionalismo, el equipo tuvo que afrontar en el estadio Alfonso López encuentros amistosos ante elencos profesionales, como el Once Deportivo de Manizales y los Millonarios de Bogotá. Cabe señalar que tan solo con el primer encuentro, ante el onceno

manizaleño, la Dimayor decidió darle el aval al representante santandereano para ser parte de la segunda edición del torneo nacional profesional (*Vanguardia Liberal*, 1949c).

La aceptación del Atlético Bucaramanga en el rentado nacional no solo abrió opciones laborales y financieras para los futbolistas de la ciudad. Uno de los primeros entes locales que comenzó a lucrarse con el arribo del profesionalismo fue la Liga de Fútbol, que creó “paz y salvos”, los cuales eran certificados de desvinculación que los jugadores debían pagar para poder movilizarse sin ningún contratiempo, ya fuera entre equipos amateurs o accediendo al profesionalismo (*Vanguardia Liberal*, 1949d).

A la inversión económica necesaria para lograr los certificados emitidos por la Liga de Fútbol se sumó la obvia competencia atlética por lograr un cupo en el privilegiado círculo del profesionalismo. Sin embargo, esta competencia entre locales fue tornándose más compleja después de la segunda mitad del año 1949 a consecuencia del arribo de un gran número de jugadores extranjeros provenientes de países del Cono Sur que varios años atrás habían establecido el fútbol profesional.

En paralelo, mientras Colombia vivía la transición del fútbol aficionado al fútbol profesional, en Argentina, país en el que varios años atrás se había instituido el balompié rentado, se presentaba una huelga protagonizada por futbolistas profesionales que exigían mejores condiciones contractuales. El desinterés por parte del ente rector del fútbol rentado argentino por brindar soluciones a la problemática que generó la protesta obligó a que varios de sus miembros emigraran hacia Colombia, seducidos por mejores salarios (Montanari, 2018).

La mayoría de jugadores procedentes de la liga profesional argentina contribuyeron a un mejor espectáculo, con mayor calidad de juego y con mayor convocatoria de aficionados a los diferentes estadios del país. La ciudad de Bucaramanga no fue ajena a este fenómeno, y el Atlético Bucaramanga, para la segunda mitad del año 1949, incorporó a sus primeros refuerzos extranjeros, que despertaron euforia y expectativa dentro de los amantes de esta disciplina (Prada-Solano, 2022).

Cayetano Frascione, Norberto Peluffo, Aristóbulo Deambrosi y José Joaquín Quiroz fueron los primeros extranjeros en ser parte del Atlético Bucaramanga. La recepción de los refuerzos foráneos se llevó a cabo en el aeropuerto Gómez Niño, en compañía de una gran multitud que se movilizó hasta este lugar, aprovechando que dos empresas de transporte público se ofrecieron a prestar sus servicios gratis en una ruta que partía desde el centro de la ciudad (*Vanguardia Liberal*, 1949e).

La participación de los nuevos refuerzos extranjeros generó un cambio positivo en la capacidad de juego del Atlético Bucaramanga. Sin embargo, el cambio no fue tan drástico; a pesar de la mejoría en el rendimiento deportivo, los resultados se mantuvieron de regular para abajo. Esto poco importó a la afición. Tras el arribo de los foráneos, la boletería para todos los encuentros disputados por el cuadro bumangués en el estadio Alfonso López se agotaba días previos al pitazo inicial. Asimismo, horas antes a los compromisos, los alrededores al escenario deportivo se convertían en un completo caos a causa del desfile de hinchas en motos y carros (*Vanguardia Liberal*, 1949f).

La euforia desatada por el Atlético Bucaramanga, en especial tras la llegada de sus nuevos jugadores extranjeros, no solo se pudo notar en el acompañamiento de aficionados durante los encuentros profesionales. El fútbol aficionado local sufrió un renacer, ya que varios jóvenes bumangueses regresaron a los diferentes campos improvisados de la ciudad con el fin de perfeccionar poco a poco sus habilidades para algún día llegar al club profesional y recibir las ovaciones que comúnmente coreaba la afición cada vez que un foráneo recibía la pelota o anotaba un gol (Prada-Solano, 2020).

Las cifras alentadoras que arrojaba cada encuentro profesional en el estadio Alfonso López motivaron a que un grupo de empresarios y dirigentes políticos y deportivos, ajenos al Atlético Bucaramanga, crearan un nuevo equipo con intenciones de ubicarlo dentro del torneo rentado Dimayor como el segundo representante del departamento. Fue así como el 22 de noviembre de 1948 nació la sociedad anónima Independiente Santander con un capital de 100.000 pesos (*Vanguardia Liberal*, 1949g).

Dentro de las intenciones de la directiva del naciente Independiente Santander existía gran preocupación por la falta de participación en el Atlético Bucaramanga de jugadores locales, por lo cual desde su fundación se entablaron conversaciones con equipos aficionados de la ciudad. El fin era disputar la edición 1950 del torneo Dimayor con una nómina mixta, entre locales y foráneos. La prensa local celebraba la decisión y la fundación del nuevo equipo, resaltando que parte de su junta administrativa tenía importantes contactos con presidentes de cuadros rentados, lo que resultó fundamental a la hora de la aceptación (*Vanguardia Liberal*, 1949g).

La noticia fue de alto agrado para los jugadores locales, pues día a día iban siendo desplazados por los foráneos. En la afición también creció gran entusiasmo y expectativa con el Independiente Santander, en especial después de conocerse que su junta directiva había entablado relaciones con equipos rentados de Italia con el fin de traer refuerzos provenientes del nuevo continente. La información causó tanto revuelo que incluso algunos medios locales se atrevían a cuestionarse si con esta nómina había posibilidades de obtener el título del torneo Dimayor, sin ni siquiera conocer la identidad de los jugadores italianos (*Vanguardia Liberal*, 1949h).

Infortunadamente para las aspiraciones de los jugadores santandereanos hubo un drástico cambio en muy poco tiempo, pues la directiva del Independiente Santander aseguró que tenía conversaciones muy adelantadas con catorce jugadores de la capital italiana y con ocho colombianos, de los cuales solo tres eran de origen santandereano. Esto significaba que prácticamente la plantilla ya se encontraba lista y que el novel onceno local no se iba a apartar del modelo que primaba en el torneo Dimayor, el cual daba más oportunidad de protagonismo a los futbolistas foráneos (*Vanguardia Liberal*, 1949i).

El naciente equipo local, el Independiente Santander, cerraba el año 1949 de manera formidable. La llegada de sus incorporaciones extranjeras se encontraba cada vez más cerca y la prensa local recibía a diario comunicados de aficionados de toda la región expresando apoyo y planteando cómo podían contribuir de forma

económica al nuevo proyecto. Situación contraria vivía el Atlético Bucaramanga, ya que no pudo evitar culminar en las últimas posiciones del certamen, a pesar del buen acompañamiento de la afición y el aporte de los refuerzos foráneos

Sin embargo, la principal preocupación dentro de la directiva del Atlético Bucaramanga en el ocaso de 1949 fue la denuncia pública que hizo la Liga de Fútbol en los diferentes medios de comunicación local, donde aseguraban que el equipo adeudaba el pago correspondiente al préstamo del estadio Alfonso López durante toda la segunda vuelta del torneo profesional. La denuncia generó disgusto dentro de la prensa y los aficionados al deporte, ya que no encontraban ninguna excusa para el incumplimiento en la obligación, tomando en cuenta los buenos recaudos en boletería tras cada partido (*Vanguardia Liberal*, 1949j).

Como consecuencia a la denuncia pública por el incumplimiento al pago por el préstamo del estadio Alfonso López y la lluvia de críticas que esta problemática generó, la junta administrativa del Atlético Bucaramanga decidió renovarse, elegir a un nuevo grupo de hombres encargados de tomar las decisiones y pactar una forma de saldar la cuenta pendiente con la Liga de Fútbol. La nueva administración decidió mantener la premisa adoptada a mitad del campeonato anterior, le dio prioridad a los refuerzos extranjeros, y trajo aún más foráneos a la plantilla (*Vanguardia Liberal*, 1950a).

El Atlético Bucaramanga, en poco tiempo, fue nuevamente objeto de duras críticas por parte de algunos medios locales y amantes al deporte como consecuencia a la no aceptación del Independiente Santander al torneo profesional. Ante la imposibilidad de tener un segundo equipo representando al departamento en el certamen Dimayor, los señalamientos se volcaron hacia el club bumangués, pues resaltaban que no se intervino de la forma apropiada, lo cual habría sido factor importante que no había permitido que el objetivo se lograra (*Vanguardia Liberal*, 1950b).

La nueva junta directiva del Atlético Bucaramanga salió a desmentir los señalamientos hechos por algunos medios de comunicación, destacando que habían hecho todo lo posible para que la Dimayor aceptara al Independiente Santander, pero el apoyo

de los dirigentes de los otros equipos rentados no fue suficiente, lo que impidió que se lograra el objetivo. Sin embargo, agregaron que la ciudad de Bucaramanga no contaba con la afición suficiente para acompañar a dos equipos rentados (*Vanguardia Liberal*, 1950b).

El Atlético Bucaramanga mantuvo un rendimiento similar en su segunda participación del certamen Dimayor. Durante todo el año 1950, los protagonistas fueron los jugadores extranjeros que prácticamente habían desplazado en su totalidad a los locales del once titular. La afición y la prensa local destacaban partido tras partido la presentación de los foráneos a pesar de que los resultados fueran en su mayoría adversos y el equipo se mantuviera lejos de una oportunidad de obtener el título.

Un ejemplo relevante de las diferencias entre los jugadores locales y los extranjeros lo podemos obtener al estudiar a los porteros del Atlético Bucaramanga en 1950. Por un lado, se encontraba Cayetano José Frascione, de origen argentino y quien tras su arribo a la ciudad se había apoderado de la titularidad en esta posición. Sus presentaciones lo llevaron a ganarse el carisma de la afición. En el mes de abril recibió un reconocimiento por parte de algunos comerciantes en las instalaciones de Radio Santander. En la gala recibió una medalla de oro y una radio último modelo por ser el jugador destacado en un encuentro poco relevante en la ciudad de Cali (*Vanguardia Liberal*, 1950c).

Una situación totalmente diferente vivía Pedro Pinto, de origen santandereano, también portero y quien había sido desplazado de la titularidad por Frascione. Infortunadamente, para el mes de mayo de 1950, Pinto contemplaba la idea de abandonar su profesión como futbolista al recaer en una lesión que ya lo había llevado al quirófano en anteriores ocasiones. Esta vez, la complejidad era mayor, con altas probabilidades de amputación de algunos dedos. Este difícil momento lo atravesaba el santandereano prácticamente sin el apoyo del equipo y sus aficionados, intentando recaudar algún dinero para solventar la difícil situación (*Vanguardia Liberal*, 1950d).

Para acercarnos aún más a las características de los jugadores locales del Atlético Bucaramanga en 1950 podemos abordar el caso de Francisco Bustamante, quien era de origen santandereano y de los pocos futbolistas que se había ganado un cupo en el once titular del elenco bumangués. Bustamante laboraba a la par como reparador de máquinas de escribir en un taller de la ciudad. Durante la crónica realizada por un medio local, siempre dejó ver que la profesión que lo apasionaba era la mecánica fina (*Vanguardia Liberal*, 1950e).

Ante los interrogantes de los periodistas, Bustamante manifestó que su mayor deseo era poderse especializar aún más en la mecánica para poder reparar otros artefactos e incluso fabricarlos. En cuanto al fútbol, el santandereano destacó que se encontraba muy agradecido con sus jefes en el taller por brindarle la oportunidad de poder entrenar y disputar los partidos profesionales. Sin embargo, según sus declaraciones, se puede analizar que el balompié rentado no era más que un pasatiempo con remuneración y que para los locales esta labor poco tenía de profesional (*Vanguardia Liberal*, 1950e).

La temporada de 1950 terminó sin ninguna novedad para el Atlético Bucaramanga. Nuevamente el equipo finalizó sin opciones de lograr el título en posiciones de media tabla como consecuencia a varios resultados adversos. A pesar de que el equipo mantuvo un promedio similar a su debut en cuanto al rendimiento, la afición bumanguesa se manifestó de nuevo en buen número, y acompañó la mayoría de encuentros disputados en el estadio Alfonso López.

Sin embargo, para mediados del año 1951, la directiva del Atlético Bucaramanga se encontraba nuevamente en el centro de las críticas. La Superintendencia de Sociedades declaró que el equipo bumangués sería liquidado por la pérdida de más del 50% de su capital. El presidente de la junta directiva, Ernesto Azuero Soto, manifestó en los diferentes medios de comunicación que en los libros contables se evidenciaba la pérdida del capital, pero esto no era del todo real, ya que el dinero se encontraba invertido en los jugadores y que a ninguno se le adeudaba el sueldo (*Vanguardia Liberal*, 1951a).

El alcalde de la ciudad en aquel entonces, Saúl Trillos, decidió crear una junta para evitar la liquidación del equipo y recuperar el capital. El grupo compuesto por políticos locales, representantes de algunos sectores comerciales, la Sociedad de Mejoras Públicas y la directiva del Atlético Bucaramanga idearon algunas estrategias como la creación de una semana cívica con diversas actividades para recaudar fondos, la venta de bonos y la supresión de los pases de cortesía en los juegos profesionales (*Vanguardia Liberal*, 1951b).

Infortunadamente, las diversas estrategias planteadas por la Junta Pro Atlético Bucaramanga, como se le conoció en los diferentes medios de comunicación, fueron infructíferas. La venta de bonos y la participación de la ciudadanía en las diferentes actividades de la semana cívica no fueron las esperadas. Además, para recrudecer más la situación, fueron hurtados los dineros recaudados en la venta de la boletería de uno de los juegos profesionales disputados en el estadio Alfonso López (*Vanguardia Liberal*, 1951c).

Ante la inminente liquidación, la propia junta directiva del equipo delegó un grupo liquidador. Parte de sus miembros señalaron a los aficionados como los principales responsables de la debacle económica. Señalamiento bastante cuestionable, ya que la afición siempre respaldó al equipo durante sus juegos en condición de local. La Dimayor decidió permitir que el equipo disputara los últimos encuentros del certamen de 1951 y diera una gira por Curazao para recaudar fondos y saldar el pago de algunos salarios pendientes, en especial de jugadores extranjeros (Prada-Solano, 2022).

Cabe destacar que hasta 1951 llegó la Sociedad Anónima Atlético Bucaramanga. Sin embargo, en años posteriores algunos directivos deportivos, políticos locales y comerciantes de la ciudad idearon estrategias para que Bucaramanga no se quedara sin un representante en el torneo profesional de fútbol de la Dimayor. Es preciso señalar que muchas veces los proyectos no se consolidaron y la ciudad se mantuvo al margen del fútbol rentado en algunos años, pero fue momentáneo y a nuestros días el equipo se mantiene vigente disputando la primera división del certamen.

Conclusiones

A partir del primer gran evento deportivo albergado en la ciudad de Bucaramanga, los Quintos Juegos Atléticos Nacionales de 1941, el fútbol ha sufrido altibajos en cuanto a su administración e interés por parte de los habitantes de la ciudad. Las diferentes problemáticas que relucieron durante el planteamiento y la ejecución de las justas se mantuvieron durante toda la década de 1940 e inicios de 1950, donde la falta de capacidad directiva impidió mejores resultados.

La falta de escenarios propicios para la práctica del fútbol fue un problema que poco llamó la atención de la administración pública a pesar de las constantes denuncias de deportistas y aficionados. Estas condiciones pudieron contribuir al desinterés de la población bumanguesa hacia las prácticas deportivas que por lapsos se hizo bastante palpable y que seguramente contribuyó al atraso de la región en comparación a otros departamentos que intentaron dar más prioridad al deporte.

En cuanto al fútbol rentado fue evidente que para los practicantes la idea agradó desde el primer momento. Recibir un beneficio económico por jugar al fútbol con garantías similares a las que recibían los obreros o empleados de alguna empresa o industria llamó la atención de la mayoría de futbolistas bumangueses. Sin embargo, este escenario no fue así en la práctica y, como se pudo evidenciar, se mantuvieron para los pocos locales miembros del Atlético Bucaramanga características propias del balompié aficionado.

Asimismo, cabe señalar que la falta de experiencia, preparación y despliegue físico fueron factores fundamentales que impidieron que los jugadores locales lucharan a la par por un puesto en la titularidad con los refuerzos extranjeros que desde su arribo demostraron mejores condiciones y atrajeron más aficionados a los encuentros profesionales. Estas diferencias seguramente se produjeron a raíz de que varios de los foráneos llevaban años jugando en ligas profesionales de otros países sabiendo sobrellevar las exigencias de los directivos y la afición.

De igual manera, se puede deducir que el espectáculo de fútbol profesional agradó a los aficionados bumangueses y los convocó

en buen número cada vez que el equipo Atlético Bucaramanga enfrentaba un rival en el estadio Alfonso López. Este fenómeno cobró mayor relevancia con el arribo de los jugadores extranjeros. Asimismo, quedan en duda los señalamientos dados por la directiva del Atlético Bucaramanga hacia la afición durante el proceso de liquidación, ya que fue evidente la participación de los amantes a esta disciplina desde las tribunas.

Para el cierre, fue evidente que la capacidad administrativa de la junta directiva del Atlético Bucaramanga se mantuvo por debajo del reto que significó el fútbol profesional, y se evidenciaron problemáticas que también se pudieron reconocer durante los Juegos Nacionales del 41. Esto quiere decir que toda la década del 40 e inicios de la del 50, la evolución en Bucaramanga en cuanto al manejo de eventos y selecciones deportivas había sido muy poca.

Referencias

Fuentes Primarias

- El Deber*. (1941a, 20 de diciembre). La actitud de los deportistas del Valle es censurada.
- El Deber*. (1941b, 18 de diciembre). Los precios de la entrada al estadio.
- El Deber*. (1948, 28 de enero). Regulares partidos de fútbol fueron los del domingo.
- Vanguardia Liberal*. (1941a, 22 de diciembre). Por mínima diferencia Norte venció ayer tarde a Santander.
- Vanguardia Liberal*. (1941b, 24 de diciembre). En reñido encuentro Valle y Santander empataron ayer.
- Vanguardia Liberal*. (1948a, 28 de enero). La Liga de fútbol comienza sus labores con entusiasmo.
- Vanguardia Liberal*. (1948b, 14 de enero). El problema de la Liga de Fútbol.
- Vanguardia Liberal*. (1948c, 22 de enero). Educación física.
- Vanguardia Liberal*. (1948d, 1 de septiembre). Habrá profesionalismo.
- Vanguardia Liberal*. (1948e, 26 de mayo). Se inicia el torneo Campeón de Campeones. 26 de mayo
- Vanguardia Liberal*. (1948f, 29 de octubre). Huracán jugará por Bucaramanga.
- Vanguardia Liberal*. (1949a, 29 de febrero). Pielroja ingearía a la División Mayor del fútbol dentro de poco. 29 de febrero
- Vanguardia Liberal*. (1949b, 26 de febrero). Total apoyo dan los clubes al Atlético Bucaramanga S.A.
- Vanguardia Liberal*. (1949c, 16 de marzo). El encuentro de foot-ball profesional entre B/manga y Manizales se definió por empate a dos goles.

- Vanguardia Liberal*. (1949d, 4 de mayo). Paz y salvos.
- Vanguardia Liberal*. (1949e, 3 de septiembre). Salen hoy de Guayaquil jugadores para el Atlético Bucaramanga.
- Vanguardia Liberal*. (1949f, 14 de octubre). Movimiento de hinchas.
- Vanguardia Liberal*. (1949g, 23 de noviembre). El Independiente Santander envió su cuota de afiliación.
- Vanguardia Liberal*. (1949h, 7 de diciembre). ¿Aspiran a campeonar?.
- Vanguardia Liberal*. (1949i, 7 de diciembre). Catorce italianos integrarán el cuadro Independiente Santander.
- Vanguardia Liberal*. (1949j, 15 de diciembre). El recaudo por concepto del partido jugado por Millonarios y Atlético Bucaramanga.
- Vanguardia Liberal*. (1950^a, 6 de enero). Directiva del Atlético.
- Vanguardia Liberal*. (1950b, 25 de febrero). No hay interés por parte del Atlético en liquidación del Indep. Santander.
- Vanguardia Liberal*. (1950c, 15 de abril). Merecido homenaje hizo al Atlético Bucaramanga.
- Vanguardia Liberal*. (1950d, 16 de mayo). El golero Pinto en peligro de retirarse.
- Vanguardia Liberal*. (1950e, 6 de enero). Aprecio a Bucaramanga como si fuera bumangués.
- Vanguardia Liberal*. (1951a, 23 de junio). Se liquidó el A. Bucaramanga.
- Vanguardia Liberal*. (1951b, 23 de junio). Para evitar liquidación del Atlético se está trabajando.
- Vanguardia Liberal*. (1951c, 25 de julio). Ninguna pista sobre el paradero del que robó al Atlético B.

Bibliografía

- Acosta-Lozano, S. A. (2018). *La imagen urbana de Bucaramanga en la prensa local, 1938-1948. Políticas públicas de acceso al deporte, los servicios públicos básicos, la vivienda, la educación y la salud* [Tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander].
- Alabarces, P. (2018). *Historia mínima del fútbol en América Latina*. El Colegio de México.
- Álvarez-Barco, A. (1991). *Libro de oro del deporte santandereano. Los del recuerdo: hechos y hazañas en el deporte santandereano*. Nuevo Horizonte.
- Álvarez-Barco, A. (2000). *Vida, pasión, muerte y resurrección del Atlético Bucaramanga*. Funprocep.
- Galán-Gómez, M. (1947). *Geografía económica de Colombia: Santander, tomo 8*. Contraloría General de la República.
- Galvis-Ramírez, A. (2008). *100 años de fútbol en Colombia*. Planeta.
- Gutiérrez, J. F. (1941). Historia de Bucaramanga. En R. Ortiz González. (Ed.), *El libro olímpico de Bucaramanga, 1941* (pp. 25-62).
- Martínez-Collazos, D. (1941). Bucaramanga olímpica. En R. Ortiz González. (Ed.), *El libro olímpico de Bucaramanga, 1941*. (pp. 2-5).
- Martínez-Garnica, A., Acevedo-Tarazona, Á., Jaimes-Rodríguez, J. F., Sevilla-Torres, D. C., Vargas-Caballero, G., Samacá-Alonso, G. y Caballero-Plaza, L. (2022). *Historia básica de Bucaramanga. Cuatro siglos de un poblamiento, 1622-2022*. Universidad Industrial de Santander.
- Montanari, E. (2018). ¡Hoy no hay fútbol! La huelga de futbolistas de 1948 vista desde la prensa peronista. *Revista Historia Autónoma*, (12), 191-204. <https://revistas.uam.es/historiaautonoma/article/view/9445>
- Prada-Solano, M. (2022). Sin espacio para los locales. Aproximación al oficio de futbolista profesional en Bucaramanga, 1949-1951. *Historiolo. Revista de Historia Regional y local*, 14(30), 214-250.

- Prada-Solano, R. M. (2020). *El fútbol una fuente de trabajo. Acercamiento al empleo de futbolista profesional en la ciudad de Bucaramanga, 1948-1956* [Tesis de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- Reggiani, A. H. (2019). *Historia mínima de la eugenesia en América Latina*. El Colegio de México.
- Rueda-Gómez, N. J. (2003). *Bucaramanga: paradojas de un ordenamiento urbano*. Iris Impresores.
- Sequeda-Garrido, Y. D. (2007). *El Club Atlético Bucaramanga. Historia social y deportiva, (1948-1978)* [Tesis de pregrado, Universidad Industrial de Santander]. Biblioteca Virtual UIS. <http://tangara.uis.edu.co/biblioweb/tesis/2007/122860.pdf>
- Villamizar, E. R. (2016). La actividad empresarial en Santander 1900-1960. *Cuadernos de Administración*, 12(16), 28-39.

Parques que revelan la ciudad

Sergio Andrés Acosta Lozano
sergio.acosta.lozano@gmail.com
Historiador, Magíster en Historia de la
Universidad Industrial de Santander
Docente cátedra Escuela de Historia UIS

Introducción

El presente documento que, desde una perspectiva interdisciplinar, construye la historia de cinco parques tradicionales e históricos del municipio de Bucaramanga (parques García Rovira, de los Niños, Antonia Santos, Santander y Bolívar) hace parte de la investigación realizada dentro de las actividades del proyecto “Parques que revelan ciudad”, ganador de la convocatoria realizada por el Instituto Municipal de Cultura de Bucaramanga IMCT: “Bucaramanga cree en tu talento 2021 - investigación para la apropiación del patrimonio urbano”.

“Parques que revelan ciudad” es una alternativa interdisciplinar que involucra la fotografía y la producción audiovisual para aproximarse a la comprensión y difusión de la historia de Bucaramanga a partir de su espacio público. El devenir histórico de cinco parques construidos a inicios del siglo XX, ubicados en el centro de la ciudad y poseedores de una carga histórica y simbólica, se convierten en conjunto en un testimonio material que nos acerca a la historia de Bucaramanga en sus 400 años.

El proyecto buscó generar elementos con varias capas de información sobre la historia de la ciudad y que, a su vez, interesaran y maravillaran a los espectadores. Por tal motivo se realizaron piezas de revelado en clorofila: una antigua técnica fotográfica que utiliza luz solar y hojas de árboles como soporte para las imágenes que, en nuestro caso, fueron fotos tanto de archivo como actuales de los cinco parques antes mencionados, utilizando hojas de los árboles que habitan estos espacios.

Sumado a lo anterior, la exposición fotográfica realizada en el Teatro Peralta, reconocido como patrimonio histórico de la Nación, contaba con la posibilidad de escuchar los paisajes sonoros de los parques. Más allá de ser un conjunto de sonidos que responden a una unidad estética, se trata de una experiencia sensorial para los oyentes, pues a través de ellos se logra una inmersión musical, que obliga al despertar de los sentidos, al reconocimiento de los espacios que habitamos y a la observación profunda de estos lugares, esta vez con un ángulo de visión de 360°. Para visitar la exposición virtual vea el siguiente enlace: <https://www.efs.com.co/parquesrevelanciudad/>

La construcción de los parques Custodio García Rovira (1907), de los Niños (1909), Antonia Santos (1910), Santander (1914) y Bolívar (1930), de manera individual pueden ayudarnos a comprender el crecimiento urbano de la ciudad. Sin embargo, vistos en conjunto pueden brindar una perspectiva más amplia con la cual abordar y conocer la historia de Bucaramanga, ya que, como plantean Jordi Borja y Zaida Muxí, la historia de la ciudad es la de su espacio público (Borja y Muxí, 2001). Por ende, en él se revelan ideas y concepciones de los habitantes de la ciudad en diferentes periodos de la historia. Es decir que el espacio público es a un tiempo el espacio principal del urbanismo, de la cultura urbana y de la ciudadanía; es un espacio físico, simbólico y político (Borja y Muxí, 2001).

Más allá de la iconografía representada en cada uno de estos parques, de los monumentos que allí se erigen bajo determinadas premisas del contexto histórico, su entorno y su funcionalismo preponderante, los parques no han sido un producto ligado tan solo a las decisiones de los dirigentes y las instituciones que administran. Por el contrario, en estos espacios se revelan ideas y concepciones de los habitantes de la ciudad en diferentes periodos de la historia. Es decir, los parques han sido un espacio socialmente construido en donde a partir de la interacción de la población a través de los tiempos, han quedado huellas que permiten rastrear diferentes formas de ocupar el espacio a partir de las dinámicas propias de la ciudad, la región y el país.

Con base en lo anterior, el proyecto propuesto por el “Colectivo Clorofila” buscó lanzar una mirada alternativa sobre estos espacios, que permitiera comprender que los parques no son estáticos, sino que, por el contrario, los anima la vida de sus árboles, de sus aves y las personas que los habitan en la cotidianidad y quienes lo hicieron en épocas anteriores. Los parques, a su vez, están en un proceso de transformación a partir de los imaginarios que se crean alrededor de ellos, y este escenario complejo estimula la identificación simbólica, la expresión y la integración cultural de la sociedad (Borja y Muxí, 2001).

El presente documento busca realizar una biografía de lugar de los parques que hicieron parte del proceso de investigación y creación. Resulta pertinente indicar que las plazas o plazuelas fueron los primeros espacios de sociabilidad que existieron en la ciudad. Sobre estas se construyeron los parques icónicos a inicios del siglo XX. Por ejemplo: sobre la plaza principal se ubicó el Parque Custodio García Rovira; en la Plaza Waterloo se construyó el parque Antonia Santos; y la Plaza Belén fue el espacio adquirido para levantar el Parque Santander. Aunque las plazas o plazuelas tuvieron limitaciones en infraestructura, hacían parte del imaginario colectivo de los habitantes como un lugar que iba más allá de lo meramente físico. Es decir, contribuyeron a desarrollar la vida urbana (Martínez, 2009).

Parque Custodio García Rovira

En 1778, los indígenas que habitaban el territorio fueron trasladados al pueblo de Guane y se suprimió el pueblo de indios existente. Los terrenos fueron loteados y, siguiendo la normativa de la época, el trazado urbano tomó como punto de partida una plaza principal rectangular, donde se encuentra ubicado el parque actualmente.

El mito fundacional es el primero que languidece al revisar estos acontecimientos históricos y llegar a la conclusión de que Bucaramanga no fue fundada. Sobre estos territorios habitaba un pueblo de indios y como tal fue reconocido hasta 1779, cuando

el visitador Moreno y Escandón envió a los indios a conformar el pueblo de Guane. Una vez estas tierras dejaron de ser un resguardo, se dio paso a la construcción de una nueva parroquia habitada por los vecinos de Girón, quienes compraron buena parte de los lotes que se remataron con la visita de Moreno y Escandón (Ferreira, 2008).

De ese loteo quedó el trazado de la plaza principal donde se ubica hoy el parque que tiene como monumento la figura vestida de militar de Custodio García Rovira y una frase emblemática que se lee en el pedestal: “Firmes Cachirí”, expresión que historiadores, como Armando Martínez Garnica, argumentan que él jamás pronunció (Virviescas Gómez, 2022). Esta estatua hace alusión al militar, pero deja de un lado la faceta académica de Custodio García Rovira que más trayectoria tuvo que su carrera militar.

En 1886, surgió la idea en el Concejo de la ciudad de construir sobre esta plaza un parque en honor a Custodio García Rovira, prócer de la independencia. En 1900, el Concejo destinó diez mil pesos para la construcción del parque y del monumento que tomaría lugar en el centro del sitio (Valderrama Benítez, 1947). En 1896, el gobernador Aurelio Mutis autorizó por decreto ejecutivo a César Hoffmann para hacer las gestiones del caso en todo lo referente a la contratación de la creación de la estatua en el continente europeo. Se destinaron en ese primer momento veinte mil pesos del presupuesto departamental, a los que se le sumarían diez mil pesos más que saldrían del Tesoro Nacional, como se dispuso en una ley expedida por el Congreso Nacional cuando era su presidente don Alejandro Peña Solano, santandereano a quien cabría en suerte inaugurar la estatua (Espinel, 2009).

Finalmente, el parque se inauguró el 20 de enero de 1907. Sin embargo, en el parque no estaba instalado el monumento. La figura en bronce del prócer realizada en Hamburgo por Xavier Arnold fue inaugurada en 1910, año de la conmemoración del Centenario de la Independencia de Colombia. El pedestal de la escultura está conformado por tres secciones:

[...] la base, que es un cuadrado trabajado en piedra blanca calcárea y cuarzo blanco. Siguen tres gradas en granito rojo y cuarzo azul ejecutadas a piqueta y tapón, que sostienen el cuerpo del capitel de orden Toscano labrado en mármol de Carrara. Sobre el frontis, se ubica, también en bronce, un águila imperial que es un relieve representativo de la batalla de Cachirí, con la siguiente inscripción “¡Firmes Cachirí!”. El conjunto tiene una cornisa de hojas de acanto y el escudo de Colombia al centro (Niño, 2017).

El parque fue remodelado en 1928, y se le suprimieron el jardín y la verja que rodeaban la escultura, y en sus costados fueron puestos cuatro leones de piedra:

En 1960 se retiraron los leones y a partir de esta fecha se ha remodelado en tres ocasiones. Hoy en día, al recorrer el parque se puede apreciar su trazado clásico de las plazas españolas en base a un cuadrado que es atravesado por senderos diagonales que se cruzan en el centro hacia la escultura, rodeado de palcos de grama verde que sostienen hermosas palmeras que se extienden hacia el cielo azul de la ciudad (Ardila, 2019a).

En el costado occidental del parque nos encontramos con la que podría ser una de las edificaciones más antiguas de Bucaramanga, la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Ubicada sobre el lugar que desde el siglo XVII se usó como oratorio para adoctrinar indígenas, guarda consigo el secreto de los móviles del asesinato de uno de los sacerdotes de mayor renombre en la historia de la ciudad, Eloy Valenzuela, que, entre otras cosas, hizo parte de la Expedición Botánica propuesta por los borbones en el siglo XVIII.

Al costado opuesto se encuentra la parroquia de Nuestra Señora de Chiquinquirá y San Laureano, templo que se edificó con la visita de Moreno y Escandón, y que representó el cambio de pueblo de indios a parroquia. Aunque su estructura original fue cambiada, la estructura propuesta desde el siglo XIX sí se mantiene en la actualidad. Sin embargo, el paso de la “modernidad” alteró su entorno a mediados del siglo pasado cuando, por motivo de la apertura de una nueva vía (calle 36), las casas que estaban a su

costado izquierdo fueron derribadas y con esto se tuvo que tratar de emular la fachada del costado derecho de la iglesia.

Al costado sur está ubicado el edificio de la Gobernación de Santander, inmueble construido en los años 30, el cual reemplazó a un edificio de una sola planta que hacía las veces de gobernación. El diseño del actual “edificio amarillo” surgió de un concurso realizado para escoger la mejor propuesta y el premio sería construir el edificio tal cual. Este edificio representa claramente características propias de la denominada arquitectura de transición donde el estilo republicano se mezclaba con las formas y materiales modernos.

Por último, el edificio de la alcaldía de Bucaramanga, inaugurado en 2009, luego de una conflagración ocurrida en 2002. Sobre este lugar se rememoran las diferentes edificaciones que hicieron las veces de alcaldía en diferentes periodos de la historia.

Parque de los Niños

La propuesta de construcción del Parque de los Niños surgió en 1908, cuando Bucaramanga era apenas una capital joven de departamento donde lo rural aún se imponía sobre lo urbano.

El contexto para aprobar la propuesta fue el siguiente: por un lado, el Concejo Municipal manifestó la ausencia de un escenario de recreación higiénico en Bucaramanga; y por el otro, Eliseo Camacho, propietario del Llano Camacho, ofreció de manera gratuita una manzana de sus terrenos para suplir esta necesidad, a cambio de que el municipio le comprara las cuatro manzanas restantes para ejecutar el proyecto (Valderrama Benítez, 1947). El 1º de julio de 1908 el Concejo expidió un acuerdo en el cual aducía que en Bucaramanga:

[...] no existía un espacio adecuado de recreación que satisficiera por su situación las necesidades de la higiene pero que el señor General Eliseo Camacho tenía un terreno que reunía las condiciones científicas requeridas para satisfacer esta necesidad; sumado a lo anterior, el señor Camacho había ofrecido ceder gratuitamente al Municipio una manzana de

ese terreno y vender cuatro y media manzanas más dándole al Municipio facilidades para el pago, según los informes que el señor Alcalde de la ciudad ha dado a conocer por la prensa; que el terreno expresado, por la salubridad de sus brisas, reúne las condiciones apetecibles para la construcción de un parque, que al mismo tiempo que sirviera de lugar de recreación sea un sanatorio que prestara grandes servicios a la salud de los niños y de las personas débiles (Valderrama Benítez, 1947).

En 1909 se inició la construcción del parque. Los recursos económicos para adquirir materiales de construcción provinieron de diferentes fuentes como el impuesto sobre las riñas de gallos, y quedó autorizada la posibilidad de utilizar a los presos y detenidos para la ejecución de las obras. Para tal fin, los señores Ambrosio y Enrique López habían ofrecido espontánea y generosamente sus servicios para la realización del proyecto. Además, fueron destinados a la realización del parque los recaudos sobre almacenes y tiendas; el cincuenta por ciento del aumento del impuesto directo; el producto de las multas por infracciones de policía; y las suscripciones voluntarias que pudiera obtener el alcalde municipal. El 6 septiembre de 1909 se inició la construcción del Parque de los Niños, cumpliendo de esta manera lo dispuesto por medio del Acuerdo número 13 del año anterior; luego se sembraron pomarrosas y sarrapias que embellecieron el parque (Reyes Rodríguez, 2009).

En agosto de 1928 se inauguró la estación radiotelegráfica del Parque de los Niños, mejora para la ciudad debida a don José Jesús García, ministro de Comunicaciones, en cooperación con la alcaldía.

En noviembre de 1937, los Representantes Arturo Regueros Peralta y Gilberto Vieira presentaron ante la Cámara un proyecto de Ley por el cual se honraba y reivindicaba la memoria de José Antonio Galán, destinando para ello siete mil pesos para erigir una estatua del líder comunero en una de las plazas de Bucaramanga. Fueron integrantes de la comisión de estudios del proyecto Carlos Arturo Díaz, José Noguera Grecco, Luis H. Villegas, José E. Otálora, Juan Federico Hollmann y Antonio M. Echeverry, quienes rindieron un informe aprobando el proyecto (Reyes Rodríguez, 2009).

A mediados de los años cuarenta se encargó al escultor Carlos Gómez Castro para realizar una escultura en honor a José Antonio Galán para el parque, la cual se inauguró en 1949. Las características de la escultura son las siguientes:

Escultura de busto redondo. De pie, en posición frontal, cabeza girada totalmente hacia su derecha, se apoya en su pierna derecha formando un ángulo con la izquierda que, estirada y recta, le hace contrapeso. El centro de apoyo espacial del cuerpo es su ombligo. Brazo derecho levantado con antorcha encendida en la mano; brazo izquierdo extendido hacia el lado ídem con mano abierta y palma hacia arriba. El personaje está vestido con pantalón de faena, torso desnudo, y tiene sus pies descalzos. Personifica la figura del comunero, en actitud vigorosa. El rostro, de facciones definidas, emite un grito. Piernas firmes y separadas. Un cuerpo atlético en aptitud olímpica (Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga, 2011e).

Parque Antonia Santos

Construido sobre la antigua plaza Waterloo, el parque es uno de los pocos espacios públicos que rinden homenaje a la mujer santandereana. Antonia Santos fue una figura reconocida dentro de la gesta libertadora del actual territorio colombiano. El parque fue inaugurado en 1914 con el protocolo solemne de la época que incluyó la bendición de un estanque en cuyo interior se observaban cisnes.

A finales del siglo XIX, esta plazuela no había tenido ningún tipo de obras de embellecimiento, por lo cual presentaba la apariencia de un arrabal. La antigua Plazuela de Waterloo se llamaba así porque se encontraba en el barrio que llevaba ese mismo nombre y lo conservó hasta el 23 de julio de 1910, cuando fue cambiado por el de Plaza Santander. Pero nuevamente el 15 de abril de 1914, cuatro años después de haber adoptado el nombre del Hombre de las Leyes, fue rebautizada con el nombre de Parque Antonia Santos

Plata. El Acuerdo número 14 fue aprobado por la Gobernación el 6 de mayo siguiente. A partir de ese momento la plaza no solo cambió de denominación, sino que la estructura y la organización cambiarían, por lo que se denominó Parque Bosque (Acosta Lozano, Sierra y Perdomo, 2011). Este cambio se aplicó para todas las plazas existentes en la ciudad. Esto se logró por medio un Acuerdo expedido por el Concejo, durante la administración del alcalde Eduardo Martínez Mutis.

Llama la atención que, pese a las ideas que representaba Antonia Santos, en 1932 se ubicó un busto del expresidente José Vicente Concha, ligado al partido conservador. Finalmente, en 1971 sería puesto el busto en honor a Antonia Santos en el parque, realizado por el escultor santandereano Carlos Gómez Castro. El busto comprende la cabeza, el cuello, el nacimiento de los brazos y el pecho de la heroína; rostro severo, el cabello recogido en trenza que cae sobre su hombro derecho; aretes, bluzón amplio, plisado y con cuello, botonadura cerrada arriba rematada por un broche, conforme a la vestimenta de la época. La imagen es tomada de la iconografía popular. Rostro ligeramente girado hacia su derecha (Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga, 2011a).

Al costado oriental se encuentra la Casa Wessels, construida en 1923. Puede relacionarse con la historia de la conformación del Parque Antonia Santos porque de algún modo la escogencia de un lugar tranquilo para la construcción de su vivienda fue lo que llevó a Wessels a elegir un predio en inmediaciones de la antigua plazuela Waterloo (Acosta Lozano, Sierra y Perdomo, 2011).

Parque Santander

La ubicación del Parque Santander evoca las primeras evidencias del lento aumento demográfico y expansión urbana de Bucaramanga en el siglo XX. En 1895 surgió la idea de erigir en la ciudad una nueva parroquia como consecuencia del crecimiento urbanístico de la ciudad hacia el oriente. Esta vez la iglesia tendría como advocación a la Sagrada Familia. La idea de construir la nueva iglesia surgió del cura Uribe Villareal, quien para entonces

era el encargado de la iglesia de Nuestra Señora de Chiquinquirá y San Laureano. El hecho de realizar la propuesta de construir una edificación de tipo religioso en ese sector a finales del siglo XIX generó inquietudes sobre la necesidad y la capacidad para sostener a otro sacerdote en una naciente capital de departamento, que apenas en 1886 había asumido esa categoría.

Para construir la nueva iglesia, se compró un terreno que incluía la Plaza Belén, de propiedad de Eusebio Cadena, por un precio de diez mil pesos. El predio se encontraba ubicado en la novena manzana hacia el oriente del poblado y al momento de la compra detentaba una casa y algunos solares.

Para 1898 se puso la primera piedra de la edificación y se bendijo. Sin embargo, la Guerra de los Mil Días acabaría con toda posibilidad de iniciar el proceso de construcción, el cual se prolongaría hasta 1910, año en el que la iglesia ordenó cercar la Plaza de Belén. Cuatro años más tarde, el 15 de abril de 1914, el Cabildo acordó que la plaza comprada por el Municipio en el barrio de Belén se llamara plaza de Santander en honor al prócer del periodo independentista.

En ese entonces, varios ciudadanos habían conformado una Junta Patriótica con el único fin de rendir tributo al Hombre de las Leyes mediante la erección de un busto suyo, que fue colocado en la plazuela de Waterloo (ahora Antonia Santos). La pobreza artística del monumento fue motivo de críticas en algunos círculos sociales, que incluso llegaron a calificar la obra de indigna y un delito de lesa belleza para honrar a un prohombre de la patria. Pocos meses después de su inauguración, el busto sufriría un atentado en extrañas circunstancias que lo dejaron mutilado, lo que despertó el rechazo de toda la sociedad.

Desde 1914 se inició un proceso para la transformación de la plaza en un verdadero parque. Sin embargo, el busto del prócer que fue inaugurado en 1914 no significó una ruptura de la relación entre la plaza y el parque-jardín (Espinel, 2009), proceso que va a tomar los diez años subsiguientes.

En los años 20 varios ciudadanos quisieron conformar una nueva Junta Patriótica para conseguir los fondos y contratar con un escultor de fama internacional la creación de una estatua en bronce de gran factura, como justo reconocimiento de un pueblo “a quien todo lo sacrificó por la Patria, a quien honró en grado superlativo el jirón de tierra que lo vio nacer, a quien nos legó un nombre gloriosísimo y a quien ocupa el primer lugar entre los próceres que fundaron esta República”. Tanto conservadores como liberales conformaron esta Junta (Espinel, 2009). En 1926 se inauguró el monumento en bronce realizado por el francés Raoult Verlet, que contó con un pedestal diseñado por Pedro Colón Monticoni:

[...] para respaldar la majestuosidad de la obra, en 1926, también se importaron de Francia nueve candelabros de una impecable ornamentación. El pedestal quedó en el centro y a ella llegan ocho caminos desde las esquinas y de los puntos medios de los lados del rectángulo del parque. La escultura de bulto redondo. La figura de pie representa al prócer Francisco de Paula Santander mirando al frente, la cabeza ligeramente girada hacia la izquierda. Sostiene en su mano izquierda la tabla de las leyes de la República y en su mano derecha empuña la espada. Viste de capa y levita en actitud solemne de gran dignidad (Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga, 2011c).

A la espalda del general Santander (oriente) se encuentra el Club del Comercio, una edificación que se convierte en referente por ser un punto de ubicación, pero que paradójicamente es un lugar desconocido por la mayoría de los habitantes, pues los salones y las obras de arte que conservan siguen siendo un privilegio que apenas sus socios pueden observar.

Al sur se encuentra la Catedral de la Sagrada Familia, la iglesia de la ciudad que más tiempo tardó en construirse debido al inicio de la Guerra de los Mil Días y al impacto económico causado por este conflicto que hizo que la construcción tardara casi 40 años.

Al costado occidental del parque se alza el Club Bucarica, el primer hotel “moderno” de la ciudad, realizado con recursos públicos departamentales y nacionales, que tuvo como finalidad albergar a los turistas que nunca llegaron para presenciar los V Juegos Atléticos Nacionales de 1941.

Al costado norte del parque, el edificio del Banco Popular y el edificio La Triada, construidos en las décadas finales del siglo XX, dejan entrever la arquitectura vertical en la cual múltiples oficinistas desarrollan sus labores comerciales, bancarias y financieras. En la actualidad, la estatua se encuentra ubicada el costado oriental del parque, que perdió su centralidad desde los años setenta, por lo que fue retirado su pedestal. En los años ochenta, la espada que acompañaba la estatua fue hurtada. Hoy día la estatua sostiene en su mano derecha un texto de la constitución y en su mano izquierda un tablón con título “las leyes”.

Parque Bolívar

La construcción del parque se produjo en el marco de múltiples conmemoraciones que se cumplieron en distintas ciudades del país que buscaban evocar el centenario del fallecimiento de Simón Bolívar el 17 de diciembre de 1930. Para el caso de Bucaramanga, respecto a ornato urbano, en 1930 se inauguró oficialmente la Avenida Libertador (carrera 15) y el Parque Bolívar. Por su parte, el Centro de Historia de Santander rindió un homenaje literario que indagaba sobre los personajes de la independencia en un texto denominado: Próceres Santandereanos (Samacá Alonso y Calderón Patiño, 2014). Para la época,

La cercanía del barrio al Club del Comercio, así como la presencia de familias de abolengo, le dieron en el pasado una talante residencial y exclusivo al Bolívar. Para entonces no existían grandes avenidas, el centro de la ciudad quedaba relativamente ‘lejos’ y, como si fuera poco, nadie había osado construir un solo edificio en el barrio del ‘Libertador’. Las lavanderas de la Quebrada La Rosita recorrían el Puente de la Cochera, el cual se convirtió en el único nexo de la ciudad con la boscosa zona

suroriental. Sin embargo, la ciudad se expandió, Bucaramanga comenzó a crecer de manera vertiginosa y el barrio Bolívar le cedió terreno al sector comercial de la meseta (Ardila, 2019b).

Por su parte, la estatua de Bolívar sería inaugurada veinte años después, es decir, en 1950. Esta escultura realizada por Carlos Gómez Castro propone la figura del libertador vestido de civil, en posición sedente, acompañado por una mujer (la Patria). Por sus esculturas de José Antonio Galán y el Bolívar Civil, la Academia de Historia de Santander lo nombró miembro de número a mediados del siglo XX. Respecto al monumento,

[...] este es eminentemente simbólico, conformado por dos (2) figuras de busto redondo y cuerpo entero, mirando al frente. La figura masculina sedente representa a Bolívar y la figura femenina de pie, su musa. El artista representó a Simón Bolívar durante su permanencia en Bucaramanga (marzo 31 a junio 9 de 1928), vestido de civil, y sentado en el solio presidencial, con su mano derecha sobre el corazón y la izquierda con un folio. Escolta al Libertador una mujer que simboliza la Patria (la Musa) vestida con túnica larga, coronada de laurel, que sostiene en su mano derecha la espada de la libertad y en la izquierda, recogida sobre el pecho, porta el fuego sagrado (Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga, 2011b).

Sobre el escultor, cuyas obras se encuentran en tres de los cinco parques que hicieron parte del presente proyecto, se puede decir que nació en Bucaramanga en 1909. Desde temprana edad inició su encuentro con las artes, realizó estudios y fue becado para estudiar en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá (1928 – 1935). En búsqueda de la maestría (1935 – 1941) partió hacia Europa y se inscribió en la Academia de San Fernando, Madrid; frecuentó el círculo de Bellas Artes, conoció museos y lugares históricos por varias ciudades de Europa. En 1942, de regreso en Colombia, ejerció como docente en Medellín, Bogotá y Bucaramanga. Murió en Bucaramanga el 10 de mayo de 1996. (Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga, 2011b)

Conclusiones

Los parques ubicados en el centro de Bucaramanga, vistos como conjunto de espacio público, permiten identificar que durante la primera mitad del siglo XX el crecimiento urbano de una parte de la población de Bucaramanga se redirigió hacia el sector oriental de la urbe. Un testimonio de este proceso son los parques que hicieron parte de la presente propuesta, los cuales dejan entrever la intencionalidad que existió al crear cada uno de ellos, la relación con plazas que ya existían, pero que desde principios de siglo XX cambiaron sus formas a parques, y por ende los usos del espacio se modificaron.

La representación de los próceres de la independencia en cada uno de los parques, salvo la del parque de los Niños, respondió a una narrativa propia de la época, en la cual la historia estaba ligada a los “prohombres”, y sobre ellos recayó el interés de las élites políticas y la sociedad de la época. Cabe señalar que el parque Antonia Santos es, quizás, el único parque de la ciudad que le rinde tributo a una figura femenina en Bucaramanga.

En la conmemoración de los 400 años de Bucaramanga, resulta pertinente buscar alternativas que permitan que los ciudadanos se acerquen y conozcan su historia a partir del uso de herramientas que consigan captar su atención, inculcar el interés por la historia del municipio y la preservación de los lugares que materializan la memoria de los habitantes.

Referencias

- Acosta Lozano, S., Sierra, S. Á. y Perdomo, R. (2011). *Patrimonio arquitectónico del centro de Bucaramanga* [Tesis de pregrado, Universidad Industrial de Santander]
- Ardila, E. K. (2019a, 7 de julio). Bucaramanga del ayer: ¡Así se veía el Parque García Rovira! *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/bucaramanga-del-ayer-asi-se-veia-el-parque-garcia-rovira-BB1157131>
- Ardila, E. K. (2019b, 4 de octubre). De visita por mi barrio: hoy, Bolívar. *Vanguardia*. <https://www.vanguardia.com/area-metropolitana/bucaramanga/de-visita-por-mi-barrio-hoy-bolivar-GL1508383>
- Borja, J. y Muxí, Z. (2001). *El espacio público, ciudad y ciudadanía*. Diputación de Barcelona.
- Espinel, J. F. (2009). Adiós a las plazas. *Revista Santander*, (4).
- Ferreira, J. (2008, 22 de diciembre). *Bucaramanga, historia que sigue en construcción*. UNAB Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes. <https://unab.edu.co/bucaramanga-historia-que-sigue-en-construccion/>
- Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga. (2011a, 13 de junio). *Monumentos en espacio público de Bucaramanga*. Monumentos Bucaramanga. <http://monumentosbucaramanga.blogspot.com/2011/09/antonia-santos.html>
- Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga. (2011b). *Monumentos en espacio público de Bucaramanga - Bolívar*. Monumentos Bucaramanga. http://monumentosbucaramanga.blogspot.com/2011/09/codigo-asignado-en-la-entidad-custodia_07.html
- Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga. (2011c). *Monumentos en espacio público de Bucaramanga- Santander*. Monumentos Bucaramanga. <http://monumentosbucaramanga.blogspot.com/2011/09/francisco-de-paula-santander.html>
- Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga. (2011d). *Monumentos en espacio público de Bucaramanga-Turbay*. Monumentos Bu-

caramanga <http://monumentosbucaramanga.blogspot.com/2011/09/gabriel-turbay.html>

Instituto Municipal de Cultura y Turismo Bucaramanga. (2011e). *Monumentos en espacio público de Bucaramanga-Turbay*. Monumentos Bucaramanga <http://monumentosbucaramanga.blogspot.com/2011/09/galan-comunero.html>

Martínez, S. (2009). El imaginario civilista en los parques del centro de Bucaramanga. *Revista Santander*, (4), 44–65.

Niño, T. C. (2017, 6 de diciembre). El primer parque de Bucaramanga, un homenaje a José Custodio Cayetano García Rovira. *Periódico 15*. <https://www.periodico15.com/el-primer-parque-de-bucaramanga-un-homenaje-jose-custodio-cayetano-garcia-rovira/>

Reyes Rodríguez, M. (2009). El parque de los Niños - un verdadero bosque natural para Bucaramanga. *Revista Santander*, (4), 66–79.

Samacá Alonso, G. y Calderón Patiño, S. (2014). El Centro de Historia de Santander y la gestión de la memoria regional entre 1934 y 1944: Conmemoraciones centenarias de Eloy Valenzuela, Solón Wilches y Vicente Azuero. *Historia y Memoria*, (9), 119-160.

Valderrama Benítez, E. (1947). *Real de Minas de Bucaramanga*. El Libro Total. <https://www.llibrototal.com/ltotal/>.

Virviescas Gómez, P. (2022, 1 de julio). Del grito victorioso de «¡Firmes Cachirí!» a la caída estrepitosa de un mito santandereano. *Periódico 15*. <https://www.periodico15.com/del-grito-victorioso-firmes-cachiri-la-caida-estrepitosa-mito-santandereano/>.

Casas bumanguesas: la arquitectura de la ciudad como fuente de archivo vivo

Liliana Rueda Cáceres
liliana.rueda@ustabuca.edu.co
Arquitecta Universidad Santo Tomás,
Magíster en Historia UIS
Doctora en Historia UIS



Casa en el barrio Cabecera del Llano-Urbanas. Fotografía de la autora, 2012

Introducción

Los archivos son el tema relevante detrás de toda investigación. Sin embargo, estos no siempre se revelan explícitamente a los lectores. Están ahí, detrás de la narrativa, sosteniendo el entramado, pero no necesariamente salen a flote de manera directa para el lector.

Pues bien, gracias a la invitación de la UIS para participar en la Cátedra Low Maus en diciembre de 2021, se dio la oportunidad de presentar y hacer explícita esa dimensión de la investigación que llevó a la publicación del libro *En cuerpo y alma*.²⁵ Investigación, debo decirlo, empírica, realizada entre 2004 y 2005, y que fue la razón para que yo realizara entre 2009 y 2012 la Maestría en Historia en la UIS y que hoy haya finalizado el Doctorado en Historia de la UIS.

La investigación fue gestada en la entonces Editorial UNAB. Era claro que debía derivar en un libro, y se definió su enfoque en medio de conversaciones con Rymel Serrano, escritor y director de la editorial; Ricardo Alipio Vargas, artista santandereano; y quien escribe, Liliana Rueda; diálogos que versaron sobre el patrimonio construido de la ciudad y su transformación en el tiempo y que se decantaron en la posible pérdida de la poética de uno de sus elementos principales: la casa.

Saúl Meza se unió al equipo por su conocimiento de la historia fotográfica de la ciudad, porque cuenta con un archivo de esta, y porque, asumo yo, estos son los tipos de trabajos seductores en los que se emprende un recorrido que alimenta no solo el cuerpo sino el alma, como el título del libro; además, claro, porque su ojo y sensibilidad está entrenado para ello: capturar imágenes. Se unió también al equipo el escritor y fotógrafo Carlos Arnulfo Arias, quien junto a Rymel Serrano haría una selección y curaduría sobre textos poéticos elaborados por autores santandereanos que tratan sobre la casa, textos que acompañan de manera paralela, o mejor, entrelazada, la narrativa del proceso cronológico de la casa bumanguesa.

Así, la investigación se planteó para desarrollarla en cuatro niveles a partir del objeto mismo de la indagación y como parte de un trabajo en equipo multidisciplinario en el que se debía definir:

25 Rueda Cáceres, L. (2006). *En cuerpo y alma: casas bumanguesas 1778-1966*. Editorial UNAB.

- Cuáles eran las casas que se encontraban en pie y se podrían considerar representantes con valor arquitectónico, espacial y poético de diferentes momentos históricos en el desarrollo de la ciudad. Para esto se requería determinar una cronología: ¿Cuándo nace la ciudad y con ella sus casas? ¿Cuáles son las transformaciones visibles de esas casas a lo largo del tiempo? Así quedó claro que se requería desplegar una logística que permitiera, una vez seleccionadas las épocas y las casas, visitarlas, fotografiarlas y dialogar con sus dueños.
- Cuáles eran las casas que ya no se encontraban en pie, que pudieran señalar también algún momento histórico específico, y que los descendientes de sus propietarios tuvieran archivos fotográficos de estas.
- Cuál es el contexto urbano que la fuente bibliográfica secundaria existente sobre la ciudad permite observar; cómo es su desarrollo en el tiempo y qué pistas podría dar la fuente bibliográfica secundaria sobre las casas de la ciudad o sus propietarios.
- Cuál ha sido la visión poética de autores preferiblemente santandereanos sobre la casa.

Teniendo esta estructura de preguntas definida, se hacía necesario determinar la cronología. Resultaba claro que la fuente secundaria que se había previsualizado, muy rica y existente sobre Bucaramanga, no daba necesariamente la pauta para definir o enmarcar una cronología de las casas bumanguesas debido a sus diferentes enfoques, diversos y polifacéticos. Se hacía necesario encontrar un marco que se alejara un poco más de la ciudad y permitiera ver su desarrollo con una óptica más objetiva. Se pudo localizar esa fuente bibliográfica que se encontraba por fuera del municipio, y recogía información clave en el ámbito nacional en el contexto de la arquitectura: las historias de la arquitectura en Colombia. En el momento de realizar la investigación, estas historias eran realmente pocas, pero producidas por urbanistas y arquitectos historiadores colombianos rigurosos y serios que han

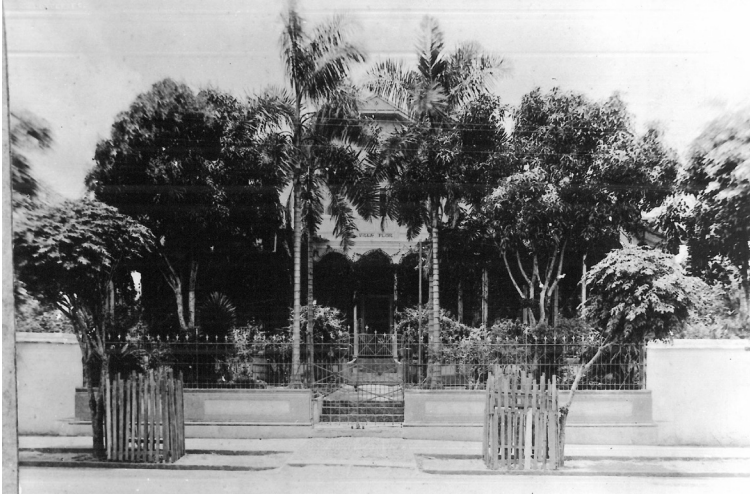
formado generaciones importantes de arquitectos, de urbanistas, y, especialmente, de investigadores: Silvia Arango, Alberto Corradine, Lorenzo Fonseca y Alberto Saldarriaga, todos ellos arquitectos investigadores, y Jacques Aprile-Gnisset, urbanista e investigador.

Silvia Arango señala cómo Santander “[vio] aumentar claramente su población a finales del siglo XVIII [configurándose como] una zona que desarrolló industrias artesanales y cultivos de minifundios donde la prosperidad económica se distribuyó más equitativamente entre toda la población” (Arango, 1989). Situación que no era precisamente la de Bucaramanga, que para 1752 “era un sitio miserable compuesto de cuatro ranchos de indios alrededor de una laguna, cuya cuenca existe sembrada de guineos” (Ancízar, 1853, p. 396), y no sería sino hasta 1778 cuando se realizó oficialmente el trazado oficial de la nueva población de Bucaramanga. Este es el contexto que dio origen al desarrollo de la ciudad que, en el tiempo, ha visto nacer y caer muchas de sus casas.

Los tiempos y las casas

De la revisión de las cronologías planteadas por estos autores, se definieron cinco tipos de casas que se caracterizarían más adelante por la connotación poética que se consideró correspondiente a cada periodo establecido. Los tiempos se dividieron así:

- La casa del siglo XIX
- La casa republicana
- La casa neocolonial
- La casa moderna
- La casa de medio claustro



Villa Flor en el barrio Alarcón, s.f. Fuente: Archivo de Saúl Meza.

Las casas estudiadas fueron aquellas que se encontraban en pie y excepcionalmente continúan siendo un referente urbano por su valor histórico y/o arquitectónico para sus habitantes; y las casas que, aunque ya no estuvieran en pie, igualmente fueron en su momento un referente urbano histórico y/o arquitectónico y contaron con archivos fotográficos, bien fuera propiedad de los descendientes de sus propietarios o por otro tipo de archivo. Las casas fueron las siguientes, definidas con su respectiva connotación poética:

- La casa del siglo XIX o la fuerza de lo básico
Casa Mutis
Casa de Bolívar
- La casa republicana o de la fragilidad de los sueños
Casa Lubinus
Casa Wessel
Casa Harker
- La casa neocolonial o la búsqueda de identidad
Casa Streithorst

- Villa Elvira
- Casa Helga
- Casa Acevedo
- Casa González Aranda
- Casa en el Barrio Popular Modelo
- La casa moderna o el artefacto arquitectónico
 - Casa Clausen Ogliastri
 - Casa Tristancho
 - Casa Trujillo
 - Casa Cartagena
 - Casa Rueda²⁶
- La casa de medio claustro o casa común a la memoria

Los nombres que sus propietarios les dieron a sus casas, o los nombres con que los habitantes las reconocían, o los que la investigación les asignó, son los que de manera sutil van hilando una historia de una ciudad que se desenvuelve en el tiempo, transformándose y consolidándose en sus formas y espacios.

26 Cabe señalar que la casa Rueda se incluyó por petición expresa del editor, Rymel Serrano.



Casa en el barrio Bolívar, s.f. Fotografía de la autora.

El contexto urbano

Si los arquitectos y urbanistas facilitaron el marco general de la periodización, las investigaciones desarrolladas sobre el ámbito local por historiadores, sociólogos y economistas, entre otros, fueron las que permitieron visibilizar el día a día de la transformación de la ciudad. *Las Crónicas de Bucaramanga* de José Joaquín García, publicadas en 1896, obviamente fueron una rica fuente de consulta obligada para la investigación. La *Monografía de Bucaramanga* de Ana Francisca Barón, publicada en 1923; *Quince minutos de intermedio* de Juan Cristóbal Martínez, publicado en 1935; el *Libro Olímpico de Bucaramanga* de Carlos Albarracín, publicado en 1941, que incluía *Historias de Bucaramanga* de José Fulgencio Gutiérrez; *Real de Minas de Bucaramanga* de Ernesto Valderrama, publicado en 1948; *El cronicón solariego* de Enrique Otero, publicado en 1972; de Roberto Harker ...*Y sucedió en Bucaramanga*, publicado en 1977; *La casa del diablo. Los Puyana, tenencia de tierras y acumulación de capital en Santander* de Emilio

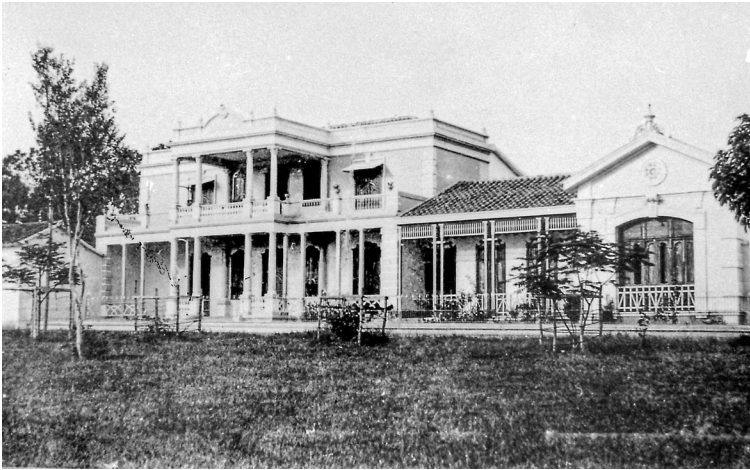
Arenas, publicado en 1982; *Bucaramanga en vísperas de dos siglos* de Libardo León, también publicado en 1984; *Bucaramanga, historias de 75 años* de Susana Valdivieso, publicado en 1992, y *La provincia de Soto. Orígenes de sus poblamientos urbanos* de Armando Martínez y Amado Guerrero, publicado en 1995, son las publicaciones que han ido consolidando un estado del arte diverso y polifacético sobre el desarrollo de Bucaramanga en un período de casi 100 años, 1896 a 1995. Resalta que en esta selección solo dos autoras sean mujeres, situación que para la década actual vale la pena verificar. Esta fue parte de la bibliografía revisada como fuente secundaria para la investigación que desde sus diferentes visiones aportó información para construir el entramado de la narración.

Igualmente, cabe señalar la importancia del archivo de historia urbana que se ha venido consolidando en la Escuela de Historia de la UIS, a partir del cual se han realizado investigaciones de pregrado que han recogido y organizado información clave sobre el proceso urbano de Bucaramanga, que se convirtieron en un material de bastante utilidad para la investigación: *Historia de la erección de la parroquia de Bucaramanga y del crecimiento de su población, 1778-1923* de Álvaro Acevedo y César González (1993); Carlos Espinosa con el *Crecimiento urbanístico de Bucaramanga, 1850-1900* (1996); Néstor Rueda y Jaime Álvarez, con *Estructura urbana de Bucaramanga, 1901-1930* (1999); Oscar Mora, con *La élite de Bucaramanga en la segunda mitad del siglo XIX* (s.f.). La investigación de Alba Cecilia Gómez, *La minería en la provincia de Pamplona, 1551-1635* (1999) y *Antecedentes y orígenes de la Compañía del Acueducto de Bucaramanga*, de Myriam Ardila (1999). En general, seis proyectos de pregrado que denotan el interés en desarrollar historia urbana en la década de los noventa.

También fueron importantes por sus aportes los proyectos de grado en modalidad investigación de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Santo Tomás: *Desarrollo urbano y arquitectónico del primer siglo de Bucaramanga, 1778-1878*, de Carlos Ernesto Durán (1985) y *Bucaramanga, Ciudad de los Parques*, de Martha Amaya, Lucía Arámbula y Jaqueline Carrillo (1982).

El contexto poético y los archivos

Los textos seleccionados para acompañar de manera entrelazada la narrativa de las casas bumanguesas, donde la voz femenina es la predominante, fueron *Bucaramanga hacia 1875*, de José Joaquín García; *Añoranza*, de Helga García de Bodmer; *Futuro*, de Carmen de Gómez Mejía; *Regreso*, de María Ofelia Villamizar y *Yo construí esta casa*, de Rosalina Barón Wilches.



Casa Wessel frente al Parque Antonia Santos, s.f.
Fuente: Archivo de Saúl Meza.

Cabe señalar que la arquitectura es siempre un referente que permanece en la memoria de sus habitantes y suele transmitirse su recuerdo de manera oral cuando empieza a desaparecer físicamente el objeto arquitectónico del contexto. En casos afortunados se guardan registros, fotográficos o planimétricos o ambos, por parte de sus propietarios o por parte de fotógrafos, o bien sea en archivos notariales (planos) de la ciudad o particulares (los arquitectos u oficinas de arquitectura). En el caso particular de Bucaramanga, la ciudad cuenta con una interesante cantidad de archivos de fotógrafos y son más raros los archivos de las oficinas de los arquitectos diseñadores.

Así, para la investigación los archivos personales y/o familiares fueron trascendentales: generosamente los arquitectos Carlos Ernesto Durán, Guillermo Vargas, la familia Lubinus, la familia Sorzano, el artista Ezequiel Alarcón, Juan Federico Streithorst, Roberto Cadena, Lucila González, y el archivo fotográfico de Saul Meza aportaron las imágenes que van informando las transiciones en la arquitectura de las casas bumanguesas.

El archivo del Concejo Municipal de Bucaramanga permitió corroborar información relacionada con las décadas de los años cuarenta y sesenta del siglo XX; así como el archivo de *Vanguardia Liberal*, revisado para la década de los años cuarenta especialmente.

El libro

Así, la estructura del libro, que se planteó pluridimensional, generó las líneas internas de la investigación: la narrativa lineal del proceso de la casa que se iba transformando en el tiempo se iría entrelazando con la narrativa puntual de textos poéticos sobre la casa, que son intemporales.

Hoy es significativo observar que el noventa por ciento de las casas visitadas en el trabajo de campo realizado para esta investigación ya no se encuentran en pie, y por eso se hace necesario hablar en pasado. El registro fotográfico realizado, y el mismo libro, se convierte así en un nuevo archivo de consulta para futuros lectores de la ciudad interesados en el tema de la casa, ese “lugar común creado a imagen y semejanza del cosmos con el fin de alojar lo humano”, como señala Rueda (2005, p. 9): “[ese] lugar imaginario a donde ingresamos cada vez que queremos trascender lo que ahora somos para inventarnos de otro modo, para acceder a lo que todavía no hemos sido” (Rueda, 2005, p. 9).

Para terminar, la reflexión que quiero hacer tiene que ver con el hecho de dar importancia al tema de los archivos, no solo los existentes, sino aquellos que se crean a partir de nuevas investigaciones que se propongan, que recojan, organicen y “produzcan” información.

Es que queramos o no, debemos ser conscientes de que no podemos congelar la ciudad, porque esta es un “ente vivo” y en tanto está viva debe transformarse continuamente sobre sí misma, pero bien vale la pena dejar registros claros de su proceso, de sus propuestas y de sus transformaciones, que permitan conocerla y comprenderla a través de las investigaciones que se hagan desde la historia, desde la historia urbana y desde la arquitectura, porque esta, la arquitectura, es el escenario artificioso de la vida y la vida es algo que nos compete a todos.



Lámpara, 2012. Fotografía de la autora.

Referencias

Fuentes primarias

Las casas visitadas en trabajo de campo.

Archivo *Vanguardia Liberal*.

Archivo del Concejo de Bucaramanga.

Ancízar, M. (1853). *Peregrinación de Alpha*. Imprenta de Echeverría Hermanos.

Bibliografía

- Acevedo, Á. y González, C. (1993). *Historia de la erección de la parroquia de Bucaramanga y del crecimiento de su población, 1778-1923* [Trabajo de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- Albarracín, C. (1941). *Libro Olímpico de Bucaramanga*. Carlos Albarracín editor propietario.
- Amaya, M., Arámbula, L. y Carrillo, J. (1982). Bucaramanga, Ciudad de los Parques [Trabajo de pregrado, Universidad Santo Tomás].
- Arango, S. (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Ardila, M. (1999). *Antecedentes y orígenes de la Compañía del Acueducto de Bucaramanga* [Trabajo de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- Arenas, E. (1982). *La casa del diablo. Los Puyana, tenencia de tierras y acumulación de capital en Santander*. Urbanas.
- Barón, A. F. (1923). Monografía de Bucaramanga. *La escuela primaria*, (1486), 559-576.
- Durán, C. E. (1985). *Desarrollo urbano y arquitectónico del primer siglo de Bucaramanga, 1778-1878* [Trabajo de pregrado, Universidad Santo Tomás].
- Espinosa, C. (1996). *Crecimiento urbanístico de Bucaramanga, 1850-1900* [Trabajo de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- García, J. J. (1896). *Crónicas de Bucaramanga*. Alcaldía de Bucaramanga, Instituto Municipal de Cultura, (Sic) Editorial.
- Gómez, A. C. (1999). *La minería en la provincia de Pamplona, 1551-1635* [Trabajo de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- Gutiérrez, J. F. (1941). Historias de Bucaramanga. En C. Albarracín. (Ed.), *Libro Olímpico de Bucaramanga* (páginas 25-62). Carlos Albarracín editor propietario.

- Harker, R. (1977). *...Y sucedió en Bucaramanga*. Academia de Historia de Santander.
- León, L. (1980). *Bucaramanga en vísperas de dos siglos*. Contraloría General de la República.
- Martínez, A. y Guerrero, A. (1995). *La provincia de Soto. Orígenes de sus poblamientos urbanos*. Universidad Industrial de Santander, Escuela de Historia.
- Martínez, J. C. (1935). *Quince minutos de intermedio*. Editorial La Cabaña.
- Mora, O. (s.f.). La élite de Bucaramanga en la segunda mitad del siglo XIX [Trabajo de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- Otero, E. (1972). *El cronicón solariego*. Cámara de Comercio.
- Rueda Cáceres, L. (2005). *En Cuerpo y alma. Casas bumanguesas 1778-1966*. UNAB.
- Rueda, N. y Álvarez, J. (1999). *Estructura urbana de Bucaramanga, 1901-1930* [Trabajo de pregrado, Universidad Industrial de Santander].
- Valderrama, E. (1948). *Real de Minas de Bucaramanga*. Imprenta del Departamento.
- Valdivieso, S. (1992). *Bucaramanga, historias de 75 años*. Cámara de Comercio.

La representación literaria de Bucaramanga a través de la narrativa novelística de Elisa Mújica

Angie Daniela Ortega Rey
angie2188207@correo.uis.edu.co
Filósofa y Magíster en Historia UIS
Candidata a doctora en Historia UIS

La literatura escrita y consumida por la población santandereana, durante buena parte del siglo XX, puede ser percibida como una literatura preocupada por los temas universales que llamaban la atención de la mayoría de personas letradas de su época, pero también por problemas y estereotipos sociales y culturales de orden regional que, de una u otra forma, representan el acontecer histórico en el que los autores formaron sus primeras impresiones literarias, como se puede observar en los artículos de la *Revista Santander*, que circuló entre 1945-1967 de forma discontinua (Ortega Rey, Villabona Ardila y Acevedo Tarazona, 2019).

Si bien la mayoría de escritores nacidos en tierras santandereanas concibieron y publicaron sus obras fuera del departamento, e incluso, del país, es posible observar que Bucaramanga, en tanto representación literaria, se encuentra esparcida en distintas narrativas que han tomado la figura de la ciudad como fuente de inspiración, o espacio ficcional, para el desarrollo de distintas tramas narrativas. Las transformaciones del entorno geográfico, los cambios urbanos, las manifestaciones culturales y, sobre todo, la remembranza de la cotidianidad de sus habitantes son algunos aspectos que los escritores de la región han retomado en el amplio espectro de manifestaciones escriturales que compone lo que se ha denominado literatura regional. Llámese poesía, novela o cuento.

Aunque el hecho de nacer en determinado espacio geográfico no condiciona necesariamente pensar, escribir y recordar en los términos de las tradiciones o las características comunes de ese lugar, es importante señalar que Bucaramanga, junto con los rasgos de su cultura y las particularidades de sus habitantes, se encuentra

representada en la literatura, no desde una unidad temática o discursiva, sino desde una nostalgia atomizada que exalta la belleza del paisaje bumangués y sus cualidades más notables en términos sociales y arquitectónicos. Si bien la literatura que identifica a la ciudad, en un inicio, estuvo influenciada por la narrativa histórica que predominó hasta mediados del siglo XX y tomó a las guerras como eje principal de los relatos, la producción narrativa de autores de ficción como Tomás Vargas Osorio, Jesús Zárate Moreno y Pedro Gómez Valderrama, quienes no hicieron parte de una cohesión de escritores o una tradición continuada de una generación a otra, se ha convertido en la más visible materialización de una imagen literaria de Bucaramanga y, en general, de Santander y su cultura.

Por el lado femenino han sido pocas las escritoras, reconocidas en el ámbito nacional, que se han dado a la tarea de plasmar una representación del entorno bumangués y su cotidianidad. No obstante, resulta importante mencionar a estudiosas como Virginia Gutiérrez y Aida Martínez que, desde un ámbito muy diferente a la literatura, intentaron rescatar la mirada femenina de una realidad que con el tiempo pasaría a definir muchos de los estereotipos de la ciudad. Ellas pusieron énfasis en temas relacionados con la historia social de las mujeres, la familia, el machismo en la región, la moralidad o la violencia. Ya desde la ficción y la poesía, autoras como Elisa Mújica, Carmen Ortiz y Silvia Galvis también se encargaron de configurar distintas representaciones que permiten vislumbrar una mirada femenina de la ciudad durante el siglo XX.

De estas autoras, la que más se enfoca en retratar el paisaje urbano bumangués, sobre todo en un periodo histórico bastante complicado para las mujeres, es Elisa Mújica, una novelista casi olvidada por la tradición literaria nacional y bastante desconocida en Bucaramanga, a pesar de haber nacido aquí. Su obra abarca varios géneros narrativos como la novela, el cuento, el ensayo y la crónica; por ello, se le reconoce como una escritora de gran prestigio en el ambiente cultural colombiano de mediados del siglo XX.

Pese a esto, hoy sus escritos permanecen casi inéditos, no solo por la falta de lectores, sino por la imposibilidad de encontrar

su obra impresa. Solo hasta hace unos pocos años se ha venido rescatando su aporte al panorama de las letras colombianas y a la mirada femenina desde la cual logró crear una representación de la mujer colombiana junto a todas las transformaciones sociales y materiales producidas por el proceso de modernización por el que atravesó el país y la región.

Mújica nació el 21 de enero de 1916, fecha que puede ser constatada en su partida de bautizo expedida el 2 de julio del mismo año en la Parroquia San Laureano de Bucaramanga. Su casa ubicada en el barrio Payacuá, al igual que las demás viviendas de la época, era de construcción artesanal, y como la recuerda la misma autora, tenía

[...] un patio de ladrillos, cuatro enormes tinajas esquineras para recoger el agua llovida, matas de helechos, crotos y brisas del Rhin —así llamábamos a una especie de enredadera muy fina— y, en el centro, un gran rosal bola de nieve con ramaje de intrincado diseño (Mújica, 1982, p. 38).

Fue la tercera e inesperada hija de un matrimonio entrado en años que luchaba por mantener a flote su frágil economía. El padre, Luis F. Mujica, quien era veterano de la Guerra de los Mil Días y un hombre de tradición conservadora, trabajaba como empleado en la gobernación de Santander, mientras que la madre, Elisa Velásquez, como era común en la región, dedicaba todo su tiempo al trabajo doméstico. Su condición de hija menor la convirtió rápidamente en la niña mimada de unos padres mayores que hicieron todo lo posible por brindarle una buena educación, oportunidad que no habían tenido sus hermanas debido a la consensuada tradición santandereana de asegurar a las mujeres jóvenes un pronto matrimonio que les permitiera tener un porvenir confortable y cumplir con su labor reproductiva.

Elisa aprendió a leer desde los cuatro años con la ayuda de su padre, pues sintió una marcada vocación hacia las letras demasiado pronto, cuestión que la convirtió en una insaciable devoradora de libros hasta el fin de sus días (Calero de Konietzko, 1984). Entre sus primeras lecturas figuran sobre todo cuentos; sin embargo, ni

su corta edad ni el lugar en el que vivía fueron un impedimento para acercarse a autoras de gran renombre nacional como Soledad Acosta de Samper, quien atrapó su atención a los siete años con el texto *Conversaciones y lecturas* (Mújica, 1982). Cabe mencionar que cuando Elisa alcanzó la edad de ocho años, ya había forjado buena parte de sus gustos literarios, los cuales seguiría alimentando con los grandes cambios que la vida tenía preparada para ella fuera de su natal Bucaramanga, ciudad de la que tuvo que partir a esa corta edad (Mújica, 2008), pero que siempre llevó consigo en sus recuerdos y en las páginas de las novelas que escribió.

Buena parte de la obra novelística de Elisa intenta rescatar la imagen del espacio que fue Bucaramanga a inicios del siglo pasado, por aquel entonces todavía una pequeña ciudad de provincia rodeada por grandes extensiones de árboles, verdes llanuras y una variedad de barrios nuevos que dejaban a la vista un naciente impulso de urbanización (Barón, 1923). Las calles se confundían con el entorno rural, casi invariable, que desde el siglo XIX había dado forma a la vida cotidiana de los habitantes de la capital santandereana, ambiente que Mújica describiría así en su primera novela titulada *Los dos tiempos* (1949):

Es una tierra arrugada, rota en partes, que unas veces se empina demasiado y otras cae bruscamente. Los campesinos tienen que dedicársele en alma y cuerpo porque no se muestra fácil como las campiñas planas y feraces que responden al menor intento. Pero da tabaco y cacao, caña de azúcar y piñas, y desde lejos la anuncian sus fragancias. La vegetación húmeda, unida por bejucos que se enlazan de rama en rama, va presentando claros y al fin apenas quedan grupos aislados de árboles, matorrales y enredaderas de flores rojas y amarillas, en la entrada del valle. De cuando en cuando, bañadas por el sol que hace brotar chispas del suelo, aparecen casitas encaladas y de techo pajizo, rodeadas de corral para gallinas o palomar, algunas con portal y tienda para que los viajeros prueben una totuma de guarapo y lícen su cigarro. A poco no se ven tan solitarias, sino que vienen muchas a darles la mano, recordando filas de colegialas vestidas de blanco que se extendieran en distintas direcciones. Llevan

tejas en lugar de paja, ventanas con barrotes pintados de verde y zaguán de frescura, y se asoman a calles empedradas, con bordes de yerba (Mújica, p. 9).

La segunda novela de Elisa Mújica, que se llama igual que su personaje principal: *Catalina* (1963), narra la realidad cotidiana de una ciudad en reconstrucción desde la mirada de una mujer bumanguesa ligada a la imagen tradicional de madre y esposa, aunque perteneciente a una clase social acomodada y, por ende, con algunos beneficios educativos frente a la mayoría de las mujeres de su generación. En este sentido, el acontecer de la novela se enmarca en una tradición aparentemente inmodificable y que se perpetúa de generación en generación gracias a los distintos prejuicios instaurados tanto por mandatos religiosos como por la cultura eminentemente patriarcal que caracterizaba a Santander en aquel momento, tal como se puede ver en el siguiente apartado:

Igual que las que tomaban el velo religioso a los quince, a los diez y ocho años, impulsadas por un misticismo en que resolvían los sobresaltos de la adolescencia, las restantes iban al matrimonio ilusionadas por la aureola fugitiva del amor. Una simpatía nacida al calor de una contradanza o una mazurca o en la camaradería de un paseo a los alrededores del río, iniciaba el romance. Luego venían las visitas, que la novia recibía posesionada de su papel y rígidamente guardada por los parientes. ¡Por qué cambios bruscos e incomprensibles pasaba entonces, del éxtasis a la tristeza, de la paz al desasosiego, de la noche a la claridad! El casorio se celebraba con rapidez. La muchacha, fajando a los hermanos o en los juegos de las muñecas, había adivinado su destino. En muchos casos la proximidad de dos seres jóvenes y sanos significaba la ayuda mutua y la felicidad. En los demás no ocurría lo mismo y la mujer descubría que había sido despojada a cambio de ninguna recompensa. Las palabras pronunciadas sin encontrar eco, los gestos ignorados de ternura, los esfuerzos de acercamiento contestados con indiferencia, se quebraban al fin. Un silencio sobre lo que valía la pena, sobre lo que importaba, en definitiva, caía para siempre entre ambos. La

esposa acogía los rumores de las aventuras galantes de él, sus derroches y placeres, procurando devolver las ofensas con la gama de pequeñas venganzas de los débiles, o bien, ocultando la desgarradura bajo un manto pétreo, como si se hubiera convertido en estatua. No profundizaba si se justificaba permanecer junto a aquel hombre, y se aferraba a los hijos, síntesis de todos sus afectos. La hora de la rebeldía no había sonado y de la aceptación inalterable del destino manaba una especie de paz, que poco a poco la reconciliaba consigo misma y le permitía sobrellevar la carga (Mújica, 1963, p. 25-26).

Este ambiente, sumado a la experiencia que significó la Guerra de los Mil Días para la población, evidencia la disímil situación de hombres y mujeres frente al conflicto bélico, pues, por un lado, ellos se encontraron en los campos de batalla, donde estrecharon lazos y amistades nacidas del peligro o de la inclinación política, pero también arriesgaron sus vidas por un ideal en el que creían fervientemente. Mientras tanto, las mujeres vivieron el drama del hambre y el dolor de la pérdida sin importar el partido al que pertenecían, como se ilustra en el siguiente apartado:

Para las mujeres aquello era distinto. Junto a la casa donde conducían el marido agonizante, podía habitar la esposa del que lo hubiera herido. Pero por encima del encono y deseo de mirar humillados a los contrarios, cada una adivinaba lo que ocurría en el alma de las demás y sabía que un sufrimiento igual las hermanaba. A las que pertenecían al mismo partido, les bastaba para entenderse un guiño o un imperceptible cambio de voz. Cuando alguna conseguía una carga de panela o de plátano o un campesino se presentaba con carbón, lo que era más raro, inmediatamente se oía decir: - Hay que repartirlo con las hijas de Máximo y con misia Barbarita, pues a los pobres hace seis meses que no les giran un centavo de las pagas (Mújica, 1963, p. 23).

En este sentido, se alcanza a notar que, aunque la coyuntura de la guerra afectó en muchos sentidos la cotidianidad de la ciudad y las funciones de sus habitantes dentro de las nuevas dinámicas de supervivencia que planteó el conflicto, las mujeres continuaron

atadas a un devenir doméstico durante y después de la guerra, tal como lo señala la siguiente cita:

Mientras los hombres caían heridos y morían en el cerro, las señoras y señoritas de Bucaramanga, desde las ventanas de las casas y armadas con anteojos de larga vista, los contemplábamos. Se perfilaban las siluetas de las mujeres que se acercaban a los heridos, llevando cantimploras de agua fresca. Sus figuras eran diminutas y negras, pero brillaban como si las rodeara un halo sobre el fondo de humo y montaña. El ruido de los cañones se había vuelto tan natural que, cuando cesó por fin, nos volvimos a mirar unos a otros como si nos buscáramos (Mújica, 1963, p. 26).

La cultura fuertemente controlada por la autoridad masculina, el drama de conseguir un esposo en medio de una sociedad destruida por la guerra y la violencia que posteriormente se desata por cuenta de la compleja situación económica que se afronta durante la posguerra también son narradas desde el foco de la protagonista que, al igual que los demás bumangueses, mira con recelo la llegada de la modernidad a través de los extranjeros en busca de las nuevas oportunidades económicas. En palabras de Catalina:

Nuestra ciudad pequeña y blanca, recogida entre las palmeras, encerraba un enigma. Hacía bastantes años unos exsoldados que vivían como bandidos, en las montañas, de improviso y como en un espasmo cayeron sobre la ciudad. Desde los días de la guerra habían abandonado para siempre el deseo de comprender a la gente. Únicamente querían librarse de ella. Durante tres días nadie se atrevió a salir de su casa. Los bandidos fueron los amos. Tenían el propósito de exterminar a todos los extranjeros residentes en Bucaramanga. Asesinaron a los alemanes frente a sus almacenes, y dejaron los cadáveres clavados al pie de las puertas. Después huyeron y se regaron de nuevo por el monte. Cuando el cónsul de Alemania presentó la reclamación ante el Gobierno de Bogotá, este dispuso que una comisión de desagravio formada por notables se dirigiera al Consulado, desplegada la bandera de Colombia, mientras la banda tocaba el himno nacional. Así fue preciso hacerlo.

Según la protagonista de *Catalina*, en Bucaramanga nunca pasaba nada, los pocos libros de literatura o filosofía que enviaban desde la capital se demoraban meses en llegar, y lo mismo sucedía con la moda femenina o las nuevas diversiones juveniles, que muchas veces eran vistas con malos ojos por los mayores. Con el paso de los años y con el advenimiento del proceso de modernización, la ciudad empezó a modificar muchos aspectos de su entorno social sin dejar de lado las viejas costumbres de provincia, como comenta Mújica en una entrevista:

Bucaramanga seguía siendo entonces una pequeña ciudad en la que todos nos conocíamos y nos teníamos confianza. Las chicharras cantaban al mediodía en los árboles de mango del parque de Santander, y colgaban pomarrosas doradas del parque de los niños (Calero de Konietzko, 1984, p. 67).

En medio de este escenario, los primeros indicios de modernidad empezaban a transformar la ciudad de la mano de adelantos tecnológicos que hacían más comfortable la vida de los bumangueses. Uno de ellos fue la construcción del servicio de acueducto que se inauguró el 29 de abril de 1916 con la puesta en funcionamiento de los primeros tanques, filtros y desarenadores que lograron proveer a la ciudad cerca de cinco mil litros de agua potable al día (Barón, 1923). La luz eléctrica, que había sido instalada por primera vez en agosto de 1891, amplió su cobertura con la inauguración de una nueva planta de energía, construida por los hermanos Mariano y Eugenio Penagos en Floridablanca, la cual también proveía de energía a los municipios de Girón y Lebrija (Barón, 1923).

La incursión del automóvil, la instalación de redes de telefonía y, además, la formación de una incipiente industria tabacalera (Rueda y Álvarez, 2012), en medio del considerable crecimiento poblacional que experimentó la ciudad durante las primeras décadas del siglo XX con el inicio de un proceso migratorio que atrajo nueva población en busca de mejores condiciones de vida (Valdivieso Canal, 1993), dieron paso a la concepción de una ciudad mucho más moderna y, con ello, a la idea de la vida

urbana. Mientras tanto, la economía local continuaba aferrada al café; aunque ya el occidente colombiano empezaba a ejercer un liderazgo contundente en materia de productividad, el grano no dejó de ser parte esencial de la actividad comercial de la ciudad, incluso cuando era evidente que el peso económico recaía en mayor medida sobre la industria cigarrera, que por entonces representaba buena parte de la producción general del departamento y era el medio por el cual miles de bumangueses subsistían debido a la alta demanda de mano de obra que fábricas y fabriquines requerían.

El aporte económico de la pequeña base artesanal y de servicios que abastecía a la ciudad con productos básicos de diversa naturaleza no debe desestimarse, pues también constituyó una parte importante del medio comercial de la época. Aunado a esto, es importante señalar que durante estos años la ciudad ya contaba con ocho imprentas que prestaban un servicio regular al público y más tarde editarían periódicos de gran importancia para el departamento como *Vanguardia Liberal*, *El Deber*, *La Playa*, *Labores* y *La Escuela Primaria* (Barón, 1923). En este ambiente de aparente progreso, el panorama urbano comenzó a dinamizarse y la ciudad a expandirse para suplir los requerimientos del proceso transformador que se evidenció, no solo con la edificación de nuevos barrios y viviendas, sino también con la ampliación del comercio y la construcción de nuevas rutas de transporte.

Sin duda, con el pasar de los años, esta representación de ciudad se ha modificado de forma abismal. Como menciona Elisa Mújica, el presente de Bucaramanga ya no brota armónicamente del pasado. Grandes rascacielos, largas carreteras, urbanizaciones, centros comerciales y un sin fin más de modificaciones urbanas han transformado tanto a los habitantes de la ciudad como a la literatura que brota de la experiencia de habitarla. Pese a esto, hay aspectos que no se modifican con tanta facilidad, y este es el carácter que define a los bumangueses, como afirmó recientemente la poeta santandereana Luz Helena Cordero: “Dicen que nos parecemos al paisaje, somos toscos y fuertes. Pero dentro de la nuez llevamos la ternura” (Cordero, 2019).

Referencias

- Barón, A. F. (1923). Monografía del municipio de Bucaramanga. *Escuela Primaria*, (1486), 561-576.
- Calero de Konietzko, A. (1984). Entrevista con Elisa Mújica. *La Cábala*, (6, 20-23).
- Cordero, L. H. (2019). Las ocasiones #2 - Luz Helena Cordero Villamizar. *Revista Haroldo*. <https://revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=350>
- Mújica, E. (2008). *Diario 1968-1971*. Planeta
- Mújica, E. (1949). *Los dos tiempos*. Editorial Iqueima.
- Mújica, E. (1963). *Catalina*. Aguilar.
- Mújica, E. (1982). La mujer y la alegría: Discurso de posesión como miembro correspondiente de la Academia Colombiana. *Boletín de la Academia Colombiana*. 32 (136), 69-80.
- Pérez Pinzón, L. R. (2018). Literatura santandereana. Visibilidad, concepciones y evocaciones. *Estudios de Literatura Colombiana*, (43), 137-154. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n43a08>
- Pérez Pinzón, L. R. (2017). Turismo literario, ambientes históricos y “santandereanidad”: representaciones narrativas sobre el territorio santandereano. *Cuadernos de Geografía*, 26(2), 133-151.
- Ortega Rey, A, Villabona Ardila, J., y Acevedo Tarazona, Á. (2019). El sentimiento de la posguerra: la *Revista de Santander* y el existencialismo, 1945-1967. *Estudios de Literatura Colombiana*, (45), 49-66. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n45a03>
- Rueda, N. y Álvarez, J. (2012). *Historia urbana de Bucaramanga 1900-1930*. Universidad Industrial de Santander.
- Valdivieso Canal, S. (1993). *Bucaramanga, Historias de setenta y cinco años*. Cámara de Comercio de Bucaramanga.